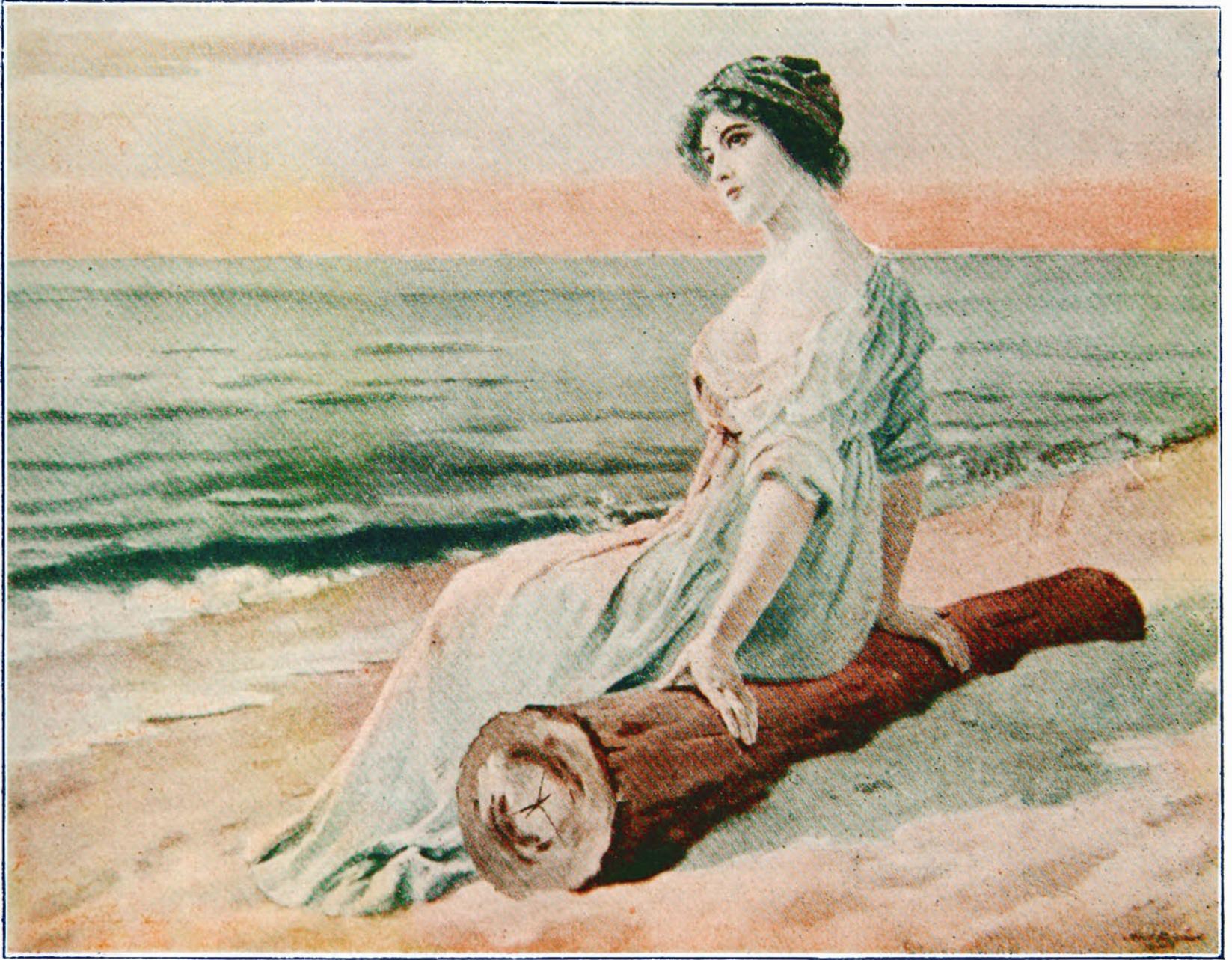


Juan Latorre

ESTUDIOS



CONTEMPLACIÓN, Por Abel Boye

Paris

AGOSTO DE 1929

50 céntimos

Libros que pueden adquirirse por nuestro conducto

Obras selectas, especialmente recomendables, editadas por ESTUDIOS

A los corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 25 por 100 de descuento



Embriología, por el Dr. Isaac Puente.—Es un libro de divulgación y de estudio; es un libro útil, trascendental, importantísimo. Todos deberían conocer estas enseñanzas que el Dr. Puente expone en su valiosa obra como una ofrenda a la cultura del pueblo, dedicándolas a la juventud estudiosa que aspira a un mañana mejor. Recomendad la lectura de este hermoso libro a todos los jóvenes para que se capaciten y se eduquen; a todos los hombres amantes de la educación. Forma un elegante volumen impreso en papel pluma, con dos láminas explicativas tiradas a dos tintas, y con una preciosa portada de *Shum* a cuatro tintas, 3'50 ptas.; lujosamente encuadernado en tela y oro, 5.

El veneno malito, por el Dr. F. Elosu.—La mejor y más contundente obra escrita contra el alcohol, contra el abominable narcótico de la civilización y el progreso. El dar a conocer este utilísimo librito es hacer un bien a la especie humana; es combatir eficazmente al más horrible de los vicios.—Precio, 1 pta.

Libertad sexual de las mujeres, por Julio R. Barcos.—No es un libro procaz y obsceno; al contrario, es un alto exponente de la moral racional y lógica, que otorga a la mujer el derecho de decidir su corazón de acuerdo con sus propios impulsos. He aquí algunos de los muchos comentarios que ha merecido esta excepcional obra: «La completa franqueza con que Julio R. Barcos trata de las cuestiones del sexo, es el verdadero camino de iluminación para el amor» (S. Ramón y Cajal).—«Julio R. Barcos ha dado forma latente y viva a los sentimientos que palpitan en el fondo de nuestra especie, pero que nadie hasta ahora se había atrevido a decir, porque una de las bellas cualidades del hombre es la hipocresía para consigo mismo. Aun hoy es posible que nos esforcemos por no comprender tan axiomáticas verdades» (Antonio Zozaya).—«Barcos ha dado en esta obra, que me parece la mejor de cuantas se han escrito en lo que va de siglo, el verdadero carácter a la cuestión sexual: el que determina la propia naturaleza» (V. Biasco Ibáñez).—Precio, 5 pesetas.—(Agotado.)

Los esclavos, por Han Ryner.—Hermoso cuadro dramático filosófico en el que su autor, a quien con merecida justicia se le llama en Francia *el príncipe de los novelistas*, revela sus excepcionales cualidades escénicas.—Precio, 0'50 pesetas.

La educación sexual y la diferenciación sexual, por el Dr. Gregorio Marañón.—Sensacional estudio que descubre la magnitud de uno de los más trascendentales problemas de orden biológico. El merecido prestigio científico de su autor es garantía de la utilidad y el valor indiscutible de este librito.—(Agotado.)

La filosofía de Ibsen, por Han Ryner.—Este es un magnífico y muy interesante estudio acerca del teatro ibseniano, en el que Han Ryner pone de relieve la transcendencia filosófica y social del mismo.—Precio, 0'25 ptas.

La tragedia de la emancipación femenina, por Emma Goldmann.—Se adivina, a través de sus páginas, las bellas cualidades de la compañera ideal, inteligente y sencilla, amorosa y maternal, que adornan a su autora. Su trabajo tiene el doble valor de la sencillez en la expresión y de un elevado y recto criterio, poco común entre los de su sexo.—Precio, 0'20 pesetas.

Estudios sobre el amor, por José Ingenieros.—*Cómo nace el amor.*—*El delito de Besar.*—*La reconquista del derecho de amar.*—Es éste un precioso librito en que el genial Ingenieros define como nadie el derecho de amar libre y voluntariamente, sin restricciones ni convencionalismos. La pluma de este gran escritor deleita con la descripción de los sentimientos y los afectos que embargan al corazón humano.—Precio, 0'75 pesetas.

¿Maravilloso el instinto de los insectos?—Interesantísima polémica acerca de las teorías del gran entomólogo J. H. Fabre, en la que intervienen los sabios franceses Han Ryner, Augusto Forel, Andrés Loru-lot, y los doctores Herrera, Proschowski y Javorski.—Precio, 0'30 ptas.

El A. B. C. de la Puericultura Moderna, por el Dr. Marcel Prunier.—El Dr. Marcel Prunier viene a prestar un inmenso beneficio a la humanidad, a la vez que realiza uno de los más hermosos servicios a la especie humana. Cuando se reflexiona sobre las aterradoras cifras de la mortalidad infantil, en gran parte debida a la carencia y al desconocimiento de los cuidados precisos, se comprende cuán útil e indispensable es este libro en todos los hogares.—Precio, 1 peseta.

Maternología y Puericultura, por Margarita Nelken.—De interés y utilidad indiscutible para todas las mujeres es este trabajo, en el que su ilustre autora expone los peligros de la ignorancia en que se mantiene a la joven destinada a ser madre.—Precio, 0'25 ptas.

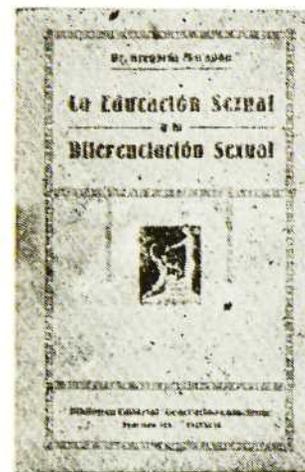
Amor y matrimonio, por Emma Goldman.—Este librito es un grito de sinceridad nacido del corazón de una mujer que antepone la honradez y la nobleza de sus sentimientos a toda otra conveniencia hipócrita. La pluma fácil de esta eximia escritora ha sabido desentrañar admirablemente en estas páginas todo lo absurdo y trivial de la educación de la mujer y lo falso de su concepto moral de la vida, mostrando a la vez su alma femenina limpia y pura, su espíritu abnegado y decidido y, sin embargo, tan candoroso y sensible. Es un excelente trabajo que debieran leer todas las mujeres.—Precio, 0'50 ptas.

La muñeca, por F. Caro Crespo.—Drama moderno de enorme pasión e interés, en tres actos.—Es en esta obra en la que se advierten los progresos que su malogrado autor había llegado a adquirir en la técnica teatral y en el valor literario.—Forma un elegante tomo de más de 100 páginas.—Precio, 1'50 ptas.

La virginidad estancada, por Hope Clare.—Una mujer que expone al mundo su corazón, lacerado por la incomprensión y el fanatismo de los hombres; tal es el hermoso librito, pequeño en volumen, pero grande por las verdades que encierra.—Precio, 0'25 ptas.



comentarios que ha merecido esta excepcional obra: «La completa franqueza con que Julio R. Barcos trata de las cuestiones del sexo, es el verdadero camino de iluminación para el amor» (S. Ramón y Cajal).—«Julio R. Barcos ha dado forma latente y viva a los sentimientos que palpitan en el fondo de nuestra especie, pero que nadie hasta ahora se había atrevido a decir, porque una de las bellas cualidades del hombre es la hipocresía para consigo mismo. Aun hoy es posible que nos esforcemos por no comprender tan axiomáticas verdades» (Antonio Zozaya).—«Barcos ha dado en esta obra, que me parece la mejor de cuantas se han escrito en lo que va de siglo, el verdadero carácter a la cuestión sexual: el que determina la propia naturaleza» (V. Biasco Ibáñez).—Precio, 5 pesetas.—(Agotado.)



Se adivina, a través de sus páginas, las bellas cualidades de la compañera ideal, inteligente y sencilla, amorosa y maternal, que adornan a su autora. Su trabajo tiene el doble valor de la sencillez en la expresión y de un elevado y recto criterio, poco común entre los de su sexo.—Precio, 0'20 pesetas.



De interés y utilidad indiscutible para todas las mujeres es este trabajo, en el que su ilustre autora expone los peligros de la ignorancia en que se mantiene a la joven destinada a ser madre.—Precio, 0'25 ptas.



LA BABEL IDEOLÓGICA

Si damos en pasar revista, desde una posición imparcial y serena, al campo de las ideas político-sociales, echamos de ver una tal variedad y un tal desconcierto en los diversos programas y tendencias, que no hay ánimo para tomarlo en serio. El sector obrero, el de más capacidad evolutiva, el que encierra más posibilidades de progreso, por su juventud y por carecer de intereses creados, es un hervidero de ideales, pero de ideales en pugna, de sectarismos cerriles, encontrados, que hacen imposible todo intento de acuerdo, de frente único. No obstante, tomados separadamente, todos coinciden en su necesidad, y hasta en su urgencia; pero todos también echan la culpa al vecino. Nunca dió mejor cosecha una siembra de discordias.

El mal no está sólo en los farsantes, en los vividores, en los insinceros, frutos del espíritu egoísta de la época. Está sobre todo, y, principalmente, en el fanatismo, en la cerrazón mental, en el modo de pensar autista. Vamos a explicarnos. Dos psiquiatras, a cual más notable, Bleuler y Kraestmer, tienden a incluir a los hombres, desde el punto de vista psíquico, en dos grupos: el de los sintonizados y el de los esquizoides. La realidad es posible que no corresponda enteramente a esta división; pero, prácticamente, puede ser admitida. Los sintonizados son los que están a tono con el ambiente; pueden encontrar en la realidad satisfacción a sus deseos o aspiraciones. Los esquizoides tienden a meterse en sí mismos, y a buscar interiormente la satisfacción de sus anhelos; para ello se valen de ensoñaciones, de ilusiones, y del dócil corcel de la fantasía.

Los esquizoides son, sin duda, los innovadores, los oteadores del porvenir, los vigías del progreso, los padres de Utopía. Pero los sintonizados son los que hacen posible, en la práctica, la realización de la Idea. Unos y otros se compensan, se complementan. Los mejor equilibrados son quienes están amasados con ambas tendencias psicológicas. No hay por qué deplorar la existencia de ninguna de estas dos modalidades del espíritu humano. Pero puestos al servicio del sectarismo, resultan más retardatarios los esquizoides que los sintonizados.

El esquizoide se satisface con planear y conjeturar las posibilidades de su utopía. El sintonizado aspira a hacerla carne, a darla entrada en la vida real, no en la imaginaria. El esquizoide es candidato al sectarismo. El sintonizado tiene más probabilidades de ser ecléctico. Lo que no quiere decir que deban serlo inexorablemente. Y el esquizoide, metido a sectario de cualquier idea, tendrá, al lado del defecto garrafal de su intransigencia, la preocupación de planear en su fantasía la realización de su utopía, desechando deliberadamente todo aquello que la hace irrealizable, esto es, engañándose sin querer y sin saberlo, pensando de modo autístico.

El esquizoide es candidato al sectarismo, porque tiene tendencia a desdeñar las objeciones del enemigo, los obstáculos de la realidad, y toda razón que no venga de sus camaradas. No leerá otra cosa que las publicaciones de su tendencia; se dejará sugestionar por las fantasías de sus compañeros; se encerrará en su ideario, igual que dentro de sí mismo. No faltarán libros que estimulen su afán de satisfaccio-

nes falsas. Ni tardará en admitir que su tendencia monopoliza la verdad, la bondad y la sinceridad, no quedando para los demás más que los defectos, todos los defectos y vicios humanos.

El sintonizado puede ser un retardatario por su mejor adaptación al ambiente; pero es difícil que llegue al sectarismo, y que no sienta la asfixia de los ambientes enrarecidos y estrechos.

Estos dos tipos psíquicos son difícilmente modificables, puesto que son congénitos y hereditarios, dependientes de la textura del individuo. Una autoeducación puede contrarrestarlos: quien se sabe su flaqueza, está a un paso de dominarla.

El sectarismo es, por lo tanto, una tendencia esquizoide. Traduce una inclinación a pagarse de satisfacciones interiores, a huir de lo que nos rodea. Esta cizaña, que ha sembrado el odio y la desunión entre los hermanos de esclavitud, entre los azotados por la misma iniquidad, permite seguir tejiendo proyectos para el futuro, continuar edificando cábalas y resolviendo con la fantasía todos los problemas que hoy existen, y que, más que atenuarse, se agudizan y enconan, por el abandono y desunión de quienes los sufren. El sectario tiene bastante con historiar las gestas del pasado, con tejer nuevos sueños para el futuro.

El sectarismo ha hecho fracasar todos los ideales redentores. Les ha incapacitado para unirse cuando se trataba de defender intereses comunes. Antes que perder la integridad del programa, han preferido abandonar las conquistas tan penosamente logradas.

¿Dónde está la verdad? En todas partes y en ninguna. La verdad es una abstracción, que no tiene más que una existencia relativa. La Ciencia nos enseña a desconfiar de ella. Pero la evidencia de su engaño la tuve un día que vi pintar un paisaje de nieve. Yo tenía por inconcuso y axiomático que la nieve era blanca. Hubiera llamado necio a quien se atreviera a negármelo. La nieve era la blancura impoluta, al decir de los poetas. Pues bien, el pintor, para representar aquella blancura que hería la vista, mezcló y ensució el blanco con otros colores: con azul, con amarillo, con rojo, con siena... Ni en donde más limpia aparecía, dejó de manchar el color blanco. Y, no obstante, la impresión de realidad era exacta. Era copia fiel de lo que veían los ojos.

La verdad no es privativa de nadie. Está allí donde late un afán de progreso, allí donde surge un inconformismo con lo existente; allí donde nace un ansia de perfectibilidad, o un propósito científico de experimentar nuevas formas de convivencia humana. Yo abro mis brazos fraternales a todos cuantos comulguen en un deseo férvido de mejorar el barro humano, en el individuo y en la colectividad. No me importa dónde estén ni cómo se llamen. Sólo les exijo sinceridad. Y al hablar así, creo interpretar el sentir ecléctico que inspiró e inspira a ESTUDIOS.

ISAAC PUENTE



ESTUDIOS

REVISTA ECLECTICA MENSUAL

PRECIOS DE SUSCRIPCION

PAGO ANTICIPADO

Para España, Portugal y América: Un año
(12 números) 6'50

Para los demás países: Un año (12 números) 8'00

*Incluido el número Almanaque de 1.º de año.
La suscripción puede empezarse en cualquier mes.*

Número suelto, 50 céntimos

A corresponsales y libreros el 20 % de descuento, libre de gastos de envío.

Se desean corresponsales.

Toda correspondencia, giros, etc., dirijanse al Administrador: J. Juan Pastor. — Apartado 158.—VALENCIA (España).



Higiene del Matrimonio

por el Dr. F. Montau

Obra magna y única en su género, de alta erudición y de prácticos consejos, que la hace insustituible en toda biblioteca y necesaria en todo hogar. En ella se compendian nociones útiles generalmente ignoradas, se dan preceptos importantísimos para la conservación de la salud y se dictan reglas provechosas para la felicidad doméstica, la crianza, educación e higiene de la familia. Última edición revisada y puesta en armonía con los recientes adelantos de la ciencia.—Ilustrada con numerosos grabados, y primorosamente encuadrada en tela. Precio, 7 pesetas.—Pedidos a esta Administración.



Las dos caras de la estinge



Al amigo Delaville.

Agradezco tus impresiones carcelarias, con-
doliéndome de tu desgracia al experimentarlas,
y haciendo votos por que, cuando esto leas, no
conserves más que un recuerdo lejano de las
mismas. Tus líneas cordiales son, más que una
rectificación, un complemento de mis impresio-
nes de espectador. Complemento obligado y
necesario para una cabal información. Actor
y espectador difieren siempre en sus puntos de
vista; difieren, pero no disienten. En ésta, como
en otras cuestiones, no tenemos que esforzar-
nos mucho para estar de acuerdo.

La lectura de la preciosa novela de Magre,
Rejas adentro, me ha hecho sentir vivamente
esa impresión de tu artículo. El crudo verismo
de esta novela, de claro acento ruso, me ha
permitido percibir la realidad de la emoción de
cosa vivida. Esperemos que las aptitudes litera-
rias que en ella nos muestra, logren madurez
en otras producciones, para bien de nuestras
convicciones.

La cárcel, indudablemente, difiere del penal.
En aquélla existe mayor promiscuidad; lo tran-
sitorio e incierto de la estancia, es causa de
que la suciedad y los parásitos vayan en au-
mento. Su tormento es de una tonalidad más
viva, tiene un *tempo* más acelerado. El sufrimien-
to debe ser más concentrado. Mayor la
inquietud y más destacada la incertidumbre. El
penal atormenta de un modo más diluído y
espaciado. La ansiedad con que se cuentan los
días debe hacer el tiempo de una lentitud des-
esperante. Lentitud de carreta de bueyes dando
la vuelta al mundo.

El penal del Dueso, único que conozco
como visitante, es de lo modelo en condicio-
nes higiénicas; pero en los penales tiene menos
razón de existir la suciedad y el parasitismo.

Pero tanto el penal como la cárcel, tienen
dos caras. Una, para quien la sufre, ceñuda e
inhóspita, atormentadora y cruel. Otra, para
quien va de visitante, de la que se ha quitado
lo espantable, y que se ha procurado hacer
simpática con una sonrisa forzada.

Y tanto entre quienes aislan sus paredes,
como entre los que se acercan curiosos como
espectadores, el penal y la cárcel, presentan
también dos distintos aspectos. Como los mo-
ralistas y reformadores que creen en la eficacia
del castigo sobre la conducta del hombre, exis-
ten reclusos conscientes de su delincuencia, que
esperan salir purificados de la pena que sufren
como merecida y justa. Para éstos la cárcel
tiene una significación bien distinta que para
los que dudan de todo: de la maldad humana,
de la infalibilidad de la justicia, de lo educador
del castigo, de su responsabilidad, y de la ca-
pacidad comprensiva y regeneradora del per-
sonal a quien hoy se confía la ardua misión de
corregir al delincuente.

Y para quienes van a ella por el delito de
pensar, aunque la cárcel fuera jaula de oro,
con toda suerte de comodidades y distraccio-
nes, siempre resultaría odiosa.

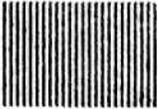
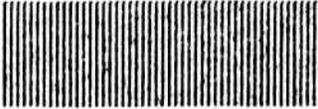
Entre el público existe un desconocimiento
grande de lo que es la cárcel, y una más gran-
de despreocupación por lo que representa, sig-
nifica y produce. Por lo que me han asegurado
personas que han debido visitarla circunstan-
cialmente, se la teme más antes que después de
conocerla. Este detalle, que se lo he oído
recientemente a un notable penalista, debiera
bastar a desengañar a quienes aun confían en
la ejemplaridad de su terror.

Sólo el castigo que se acepta como mereci-
do y justo, puede tener eficacia regeneradora
en la conducta. Convengamos en que esta
circunstancia debe concurrir bien raras
veces.

Gracias por los versos añorantes y nostál-
gicos de libertad que tu amigo me envía por
tu conducto. Esperemos que no tarde en llegar
para Shum el día anhelado de su liberación, y
que éste amanezca también pronto para cuan-
tos están allí, víctimas de una justicia que tiene
un exacto parecido con la venganza orga-
nizada.

Cordialmente tuyo,

UN MÉDICO RURAL


Autores y Libros

WEDEKIND

Las obras de Wedekind traducidas al castellano — por cierto que algunas de ellas con mucho primor — no han gozado de gran fortuna, ni de crítica ni de lectura. Naturalmente, siendo obras de categoría, sus lectores han sido muy escasos.

Tampoco se han llegado a representar—se trata de obras teatrales—. Habría sido un escándalo. Imperando en los escenarios españoles la mediocridad más desesperante, la visita de una obra de calidad no está permitida. En un ambiente así, hay que darle la enhorabuena al autor con rango suficiente para estar, con derecho, fuera de él.

Las críticas—de loa y de combate—que fuera de España se han hecho de las obras de Wedekind son numerosas, sagaces y sugestivas. Imposible añadir nada a esos juicios, desparrramados en sinnúmero de revistas de la más varia significación. Solamente trato, por tanto, de ofrecer al lector despierto algunas indicaciones sobre este raro y extraordinario escritor, sin duda uno de los más interesantes de nuestra época. Tan parco es nuestro tiempo en hombres raros y valiosos, que, cuando surge alguno, con ímpetu, todos cuantos elogios se hagan de él serán pocos. Y es un caso en que vale más pecar por exceso que por mezquindad.

Trazar el elogio adecuado de Wedekind no es tarea fácil. Son muchos los matices de su personalidad. Y todos significativos en grado extremo. Cada cual a su modo, ciertamente. Pero formando un conjunto, en última instancia, sobremanera admirable, rico en vitalidad. Los diferentes matices no son otra cosa que las direcciones contrarias que ésta toma al expandirse.

Wedekind es uno de los escritores que, en el porvenir, más ha de ocupar a los historiadores del movimiento literario contemporáneo. Pocos alcanzan tan destacado lugar en las nuevas rutas de la creación artística. Figura principal de lo que se ha llamado—quizá impropia-

mente—*impresionismo*, ha hecho, en las normas de esta escuela, fugaz como todas, obras de vida perenne. Claro es que esta vida perduradera no se la deben al impresionismo, sino, al contrario, a haberse salido del marco impresionista. Con normas de la escuela, pero fuera de ella, puesto que toda escuela es limitación, ha volado libremente, hasta abarcar modos de expresión novísimos, de una justeza concreta y de una belleza ponderada, trabajada, lograda indudablemente con ahincado esfuerzo, pero el cual no se advierte de tan certero que es.

Aunque no hubiesen tenido sus obras este mérito singular, el más alto de todos, como impresionistas solamente, en lo que tienen de tales, ya son de rango y categoría votados para la pervivencia. Especialmente, si se cotejan con otros frutos del impresionismo, que hacen recordar las obras más malas que se han escrito en todos los tiempos.

Tanto cuando se atiene a esa norma literaria como cuando crea una para su uso particular—la diferencia entre una y otra manera puede señalarse fácilmente en todos sus escritos—, Wedekind arremete, con ímpetu primitivo, es decir, encantador, contra todas las cosas caducas, hiriéndolas, certeramente, la mayoría de las veces. Y es gozoso ver la delicia con que rompe, de modo estrepitoso, los estrechos moldes en que su espíritu revolucionario no cabe. Se le oye entonces reír, con risa sana, oportuna, densa en calor humano.

Sin duda, este aspecto de luchador contra lo viejo es de los más característicos de Wedekind. Pocos hombres pueden comparársele en este particular. Ha hecho una gran revolución en el arte. Otros escritores, grandes como él, emprendían la misma tarea, al propio tiempo, en los lugares más diversos y lejanos. Respondían a una necesidad universalmente sentida. Es éste un fenómeno que se repite frecuentemente. Autores que no tienen entre sí ninguna relación, ni influencia, adoptan una misma actitud

señera. Actitud que es anticipación de nuevos tiempos. Serán estos nuevos tiempos mejores o peores, pero distintos. Las señales no mienten.

De todos los grandes escritores que se apresuraron—cada uno como si estuviera solo—a dar noticia de las palpitaciones de lo que iba a nacer, trabajando de paso para hundir lo que amenazaba ruína, ninguno realizó su tarea con tanta fe, constancia y entusiasmo como Wedekind. Fué incansable. No le arredró tener que luchar, en su alrededor, contra todo y contra todos. Rara cualidad en nuestros días, cuando la mayoría de los hombres son fáciles al acomodamiento.

Llevaba en lo más íntimo de sí mismo un revolucionario impenitente, que le habría reprochado, como un crimen, cualquier concesión hecha a las fuerzas enemigas. Mas no había temor de que Wedekind cayera en esta falta. Precisamente gustaba, como de un placer exquisito, de la lucha. De no haber tenido enemigos, su vida le habría parecido sin objeto. Había nacido para luchar, para gozar en la lucha; para gozar, si no de la victoria, de la satisfacción extraordinaria de no dejarse derrotar. No abundan los caracteres así. No abundan las almas tan bien templadas.

Por otra parte, Wedekind ha sido uno de los hombres que en los últimos treinta años ha dicho más cosas nuevas. Sus obras dramáticas—en el aspecto de dramaturgo fué en el que más amplamente desarrolló su actividad—son venero inagotable de novedad, de originalidad, de saltos en el vacío, buscando asidero para observaciones que nunca se habían formulado con tamaña exigencia de comprobación. Observaciones atravesadas de impaciencia por que se trabajara en buscar la parte de verdad—no teórica, no práctica—artística, humana, que en lo más escondido de ellas hubiera.

Asistir a la representación de cualquiera de sus obras—señaladamente para los acostumbrados al teatro ñoño de los autores españoles más favorecidos por el público; o del teatro francés más popular, en el que solamente se explota el adulterio, con una continuidad que raya ya en estupidez; o del teatro rígido de tesis, tan falto de matices, tan ayuno de esencia verdaderamente dramática, es decir, humana—debe ser una sorpresa anonadadora. Todas las normas se han dejado de lado, como si no

existieran; todas las convenciones han sido olvidadas, con evidente y justificado desdén; todas las fórmulas, ya gastadas y sobadas, se han desterrado, expresamente, por inservibles. Y sólo aparece la vida, desnuda, sin falso pudor ni falsas conveniencias, sin hipocresía, pura y límpida, como acabada de nacer. Pero no la vida, sin dinamismo, de las gentes quietas. La vida de estas gentes no tiene ningún interés. Si no hay, entre las personas que nos rodean, un choque dramático, su vida no logra interesarnos, y asistimos a su desarrollo con cabal indiferencia. Este choque dramático, necesario para hacer la vida interesante, Wedekind lo lleva al escenario con un arte novísimo, singular, extraordinario, y de manera impresionante, no por buscada de modo artificial, sino por acumulación de minuciosas observaciones que están preñadas de lo elemental humano.

Si para el espectador que gusta de aquellos engendros teatrales mencionados esto debe ser, después de la sorpresa, desilusión, para el más atento será, pasada la sorpresa, manadero permanente de gozo inefable y sin medida. Le ganará la emoción, una emoción plena, total, hondísima, semejante a la del autor, que se siente palpar en todas las frases, acendrada y estremecida. Ahí está, para no dejarme mentir, *Despertar de Primavera*, tragedia infantil, que es una de las obras más humanas que se han escrito en nuestro tiempo.

DIONYSIOS



A todos nuestros corresponsales de América y Francia les advertimos que pueden efectuar sus pagos por medio del Giro Postal Internacional. Es ésta la más práctica, rápida y económica forma de enviar dinero.

Los giros diríjense siempre de la siguiente forma:

Sr. D. J. Juan Pastor

Apartado 158

VALENCIA

La Muñeca

Drama en tres actos, por F. CARO CRESPO.
Forma un elegante tomo de más de cien páginas.
Precio, 1'50 ptas. Pedidos a esta Administración.

Un proceso a la libertad de enseñanza

El proceso de Dayton, en América, que tratamos de recordar en su quinto aniversario los simpatizantes del darwinismo, representa una modalidad inquisitorial, un atentado contemporáneo a las libertades humanas.

Del triunfo de las teorías transformistas sobre los sectarismos calvinistas que asolan el país del sarcasmo—por lo mismo que se dice país de la libertad—, dependían los nuevos caminos que exige recorrer la enseñanza para su perfeccionamiento y racionalización. Con el atropello habido con el profesor Scopes, todo ha quedado en el mismo, triste, estado de cosas, en lo que afecta a la libertad de enseñanza, problema éste, de cuya grata solución depende el porvenir de los hombres y la realidad de su mejoramiento.

El *epílogo* ha sido digno de un sector de los enemigos del saber, de los émulos de aquel reformador enjuto e histérico que se llamó Calvino, y secundariamente de la intransigencia de un pueblo necio influido por las creencias.

Ayer, decíamos: «¡País de la libertad!... La libertad—no siendo nacida en el evolucionismo ético humano—sin selección consciente de programas y finalidades de todas las creencias e ideas en general, es algo incoloro que se presenta propiciatorio para que en sus abstracciones medien los fatalismos y se cometan atentados a la razón, lo que es latente obstáculo para el desarrollo de toda idea noble y de toda ciencia clarividente.»

Hoy, exclamamos: ¡Cuán amarga es la verdad de los hechos realizados! ¡Supera al cálculo hecho! ¡Qué vergüenza!... La fuerza, que por serla ante la universal expectación, se arroja, desafiando la indignación de las conciencias sanas, sobre su rival y lo amordaza de forma encanallada para que no esponga verdades, para que no use la catapulta que derriba airosa el armatoste social, esa fuerza no hace sino provocar efervescencias en los espíritus pasivos y acumular abrojos dificultadores de su paso maldecido.

Nuestro optimismo por el triunfo de la Ciencia, ha perdido un combate más con la reacción. Casi lo preveníamos cuando veíamos el

enorme desarrollo de la enseñanza laica y racionalista en Norteamérica, pareciendo empujar al protestantismo sectario, al coloso del dogma evangélico, que devoró también hombres y absorbió el espíritu de pueblos, a una batalla decisiva. El uno usaba las armas de la razón, de la ética, del mejoramiento humano por la instrucción; el otro... el otro nos consta, tristemente, las armas que esgrimía, de menos potencia indudablemente, y por tanto, desleales.

Quien subsistió en estado preponderante, bebiendo sangre, que dijo Balzac, al perecer no iba a prodigar caricias a sus debedores, porque el don de perdonar no es don que tenga el fanatismo, que sabemos.

Con todo, este proceso no desmentirá el experimentalismo y la humana intención de los investigadores del origen del hombre. Han pasado cinco años y nos sentimos orgullosos de los movimientos y del incremento que va adquiriendo el transformismo, como factor de racionalismo humano, por su humilde objetividad que nos hará más sencillos y mejores. Aplíquese en los programas pedagógicos superiores, que tanto beneficiará a la cultura; han sido vertidas a todos los idiomas las teorías expuestas por Darwin, Vogt, Husley, Lamark, etcétera; han sido descubiertos nuevos importantes fósiles que vinieron a cubrir vacíos probables que faltaba llenar, para decir la última palabra en las tesis darwinianas y se han realizado expediciones científicas, a fin de dilucidar la proximidad filogénica antropomorfo-humana con resultados curiosísimos y satisfactorios.

Seguimos en nuestro optimismo, pues. El ridículo gesto del pueblo del Estado de la Tennessee citado, nos merecería más comentario ciertamente que el que señaláramos la paradoja que existe entre dos sentimientos dispares. No es lo mismo que la libertad esté entronizada oficialmente, que los corazones la entroniquen conscientes de su significado y excelencias...

Nos ratificamos. La Ciencia tiene el apoyo de los siglos y éstos son, para la religión, su tumba inexorable. Este será el verdadero final a este proceso, que pondrá la Historia.

LEON SUTIL



Letras de América



Es preciso superarse

“Al principio creí que el mundo era belleza; desperté a la vida, y vi que era deber.” Así habla, por boca de Kant, la teología de los tiempos modernos.

¿Hasta qué punto es aceptable este principio?

Donde la inmensa mayoría ve signos de una majestad metafísica—trasunto de un falso subjetivismo, que, lejos de la realidad primordial de las cosas, exalta la imaginación, haciendo hablar apriorística y dogmáticamente—, sólo veo signos interrogativos: teoremas cuyos enunciados aun no hemos logrado formular.

Me cautiva, sin embargo, la formidable lógica de Schopenhauer, el verdadero antípoda de mi espíritu.

En armonía con él, creo que “si la vida es una guerra sin tregua ni cuartel”, donde el hombre lucha, no sólo contra los azares de la fortuna, sino contra las violentas opresiones de los hombres, en regímenes sociales que, como los de hoy, tienen por base la prehistórica ley de la fuerza, el mundo, más *deber* o *belleza*—dos cosas que sólo han servido, tomadas en principio, para perpetuar una humanidad de esclavos y de místicos—, debe ser la tierra de promisión para los que acometan y realicen su conquista con las varoniles audacias y las armas del guerrero en las manos.

Sí; no puede ser sino el patrimonio exclusivo de los fuertes; es decir, de los de estirpe realmente prometeana, los superiorizados por la magnanimidad y el heroísmo.

Ellos supervivirán en sus hijos, puesto que cumplen la Gran Ley; son los representantes de la virilidad y la entereza de la raza; han impreso de algún modo el sello de su característica personal en el libro de los destinos humanos, y han surcado el mundo con la huella de su planta omnipotente, haciéndolo su reino, su propiedad, su poder.

¿Para qué las migajas de un amor sin nervio, de una compasión sin energía, de una caridad sin fuego?

* *

El mundo, repito, no es sino la tierra de conquista, digna de sus audaces conquistadores.

Han concluído con las candideces de la ignorancia, los tiempos de la piedad; y era nada más que sarcástica impostura el reino de los *pobres de espíritu*.

Ya el hombre que es capaz de preguntarse: “¿Cómo he de emplear la vida?”, no elevará los ojos y el corazón en el vacío de los espacios siderales, sino que se palpará, primeramente, el casco y la coraza, examinará luego su armadura, y se creará un héroe, o no servirá para escudero.

Pero para ser conquistador de los bienes del mundo, preciso es haber conquistado antes los bienes de la vida, la salud de la inteligencia, la pureza de las pasiones.

Se ha de poseer en este sentido, así en el campo del pensamiento como en el de la acción, la idiosincrasia de los césares y la inquebrantabilidad de los semidioses, así lleven el nombre de Hércules o Prometeo, Homero o Alejandro, Zoroastro o Buda, Mahoma o Platón, Jesús o Nietzsche; el de cualquiera de los héroes del mito, hecho hombre, o el de cualquiera de los genios de la humanidad, hecho símbolo, desde que proyecta, a través de los siglos y las civilizaciones, su sombra inmensa, su augusta silueta de inmortales.

Y he aquí una zona moral, cifrada al menos en la verdad psicológica, acaso a la que se refería el mismo Nietzsche, al hablarnos de la *voluntad de dominar*. Ella nos redimirá de nuestras costumbres y nuestras concepciones de esclavos.

¿Y sabéis cuáles armas se necesitan para obtener sobre nosotros y los demás el anhelado triunfo? La acción, la virtud y la verdad. Parecerá paradójico, pero el mundo y la vida se conquistan con el sacrificio, con la inteligencia y el corazón: ambos no son sino la propiedad de los mártires, los sabios y los poetas.

JULIO R. BARCOS



SIN TÍTULO



Ni soy el que adora, ni la causa
soy de la adoración. Yo soy libre.

J. Krishnamurti

He aquí un concepto de la libertad, que pocos podrán ostentar en la actualidad. Es tan fácil seguir las doctrinas ajenas, que la inmensa mayoría no vacila en tomar las ideas hechas. Es tan satisfactorio para la vanidad humana erigirse en ídolo, que cuesta menos todavía encumbrarse él mismo al altar de la adoración.

La mayor parte de los adictos a cualquiera idealidad lo son siguiendo los caminos trazados por otros, a quienes consideran superiores a ellos; convertidos en ídolos, tienen que ser infalibles, como si sus manifestaciones no estuvieran sujetas a error, como todo lo humano. En cambio, los más de los que se creen inspiradores y directores de la humanidad, actúan de narcisos con demasiada frecuencia.

El hombre que aspira a seguir el camino ascendente, está sujeto a las consiguientes mudanzas que ocasiona el reconocimiento de los errores de que todos estamos llenos. ¿Quién firmaría otra vez muchos de sus escritos de veinte años? Seguramente, el concepto formado de una infinidad de cosas nos parecería a la edad madura tan erróneo y pueril, que nos haría burlarnos de nosotros mismos, y, como consecuencia, rechazarlo, tanto siendo nuestro como si fuese ajeno.

Así como se renueva nuestro físico, y procuramos que nuestra transformación sea en beneficio de la constitución de nuestro organismo, de la misma manera, las ideas se aquilatan y purifican, encontrando cada día algo que eliminar de ellas, producto de nuestros propios prejuicios, y algo que añadir, producto de la evolución y perfeccionamiento que todo sufre.

Yo soy libre. ¿Quién podrá decir esto en la actualidad? El hombre ha hecho de la liber-

tad una palabra vana y sin sentido, desde su primer vagido hasta su desaparición de la vida activa y pensante, es esclavo de todos y de sí mismo; inútil es que quiera romper la tela de araña que él mismo tejió para envolverse; está bien aprisionado en ella, y no puede pensar, sentir, amar, ni querer una cosa que no esté sancionada dentro de la malla que a todos nos envuelve. De vez en cuando, muchos se cansan de tan incómoda postura, y lanzan el grito de *Yo soy libre*, y quieren vivir con arreglo a este deseo de libertad; pero la aplastante realidad les advierte a cada instante, que para realizar ese sueño, es preciso deshacer y rehacer muchas cosas.

¡Qué fácil sería la libertad, si todos pudiéramos decir, con verdad, que ni adoramos ni somos causa de adoración; si nuestra individualidad, libre, pudiera desligarse de cuanto le rodea, y se elevara por las regiones del bien y la justicia, libre del lastre de nuestros propios defectos!

Es tan frágil y quebradiza la línea divisoria del bien y el mal; es tan elástica y flexible la verdad y la mentira, que ya dijo el poeta, que dependía del color del cristal con que se la miraba.

Camina la humanidad a ciegas, dando tropezones, y creándose ella misma obstáculos para su marcha, y tan acostumbrada está a ellos, que cuando quiere derribarlos, vacila y cae, como niño recién nacido.

Así como afirmó Faure, con mucha razón, que, en tanto hubiese un solo desgraciado, la humanidad era imperfecta, de la misma manera podemos decir que, en tanto la libertad no sea patrimonio de todos, no puede ser de nadie.

Gota a gota se forman los mares; grano a grano se forman los montes, y la vida colectiva se forma de las acciones de todos sus componentes, y mal puede ser perfecta, en íntegra libertad, cuando son imperfectas y esclavas las

unidades que dicha colectividad componen.

Gotas de agua integran la torrencera desbordada, que arrasa y destruye las tierras de labor; todas ellas contribuyen a la labor destructora, y ninguna puede alabarse de ser independiente de las demás; sus propiedades físicas marchan al unísono, y en determinado momento, es arrastrada, por la fuerza, a convertirse, de arroyuelo manso, vivificador y fecundante, en alud destructor.

Más consciente el hombre de sus actos, y más apto para regularizarlos, opone a la fuerza ciega de las circunstancias, creadas por la inconsciencia colectiva, fuerzas individuales aisladas, que pretenden modificarlas, consiguiendo, con tenacidad, y muchas veces a costa de

grandes sacrificios, introducir mejoras en la vida colectiva, y hacer cambiar el concepto que de determinados actos se tiene.

Pero ser libre, en el sentido de la personal e íntegra libertad que corresponde al hombre, sólo podrá decirse cuando la humanidad dé a la palabra libertad su verdadero significado; cuando desaparezca del léxico la voz que la simboliza, para refugiarse en la mente y en el corazón del hombre, comprendiendo y amando su verdadero significado; cuando haya desaparecido el obstáculo principal que se opone a su desarrollo: la ignorancia.

Hasta entonces el hombre no podrá decir con verdad: *Yo soy libre.*

ANTONIA MAYMÓN



GACETILLA



En su interesantísimo libro *Lujo y Capitalismo*, tan pleno de nuevos puntos de vista, intercala Werner Sombart una anécdota sobremanera curiosa, referida por Gregorovio.

Las cortesanas, generadoras del lujo, son, según el autor, las madres del capitalismo moderno. Al hablar de una de éstas, la célebre Imperio, cita las palabras de Gregorovio, que dicen:

“Esparcíanse en sus aposentos con tal profusión y lujo los tapices, los cuadros, los vasos, las chucherías, los libros selectos, los ricos muebles, que en cierta ocasión un embajador español escupió al rostro de un criado por no encontrar otro espacio libre donde hacer esta necesidad.”

¡Buena señal de los tiempos! Si el criado no planteó en seguida al embajador un conflicto insoluble, merecía que le escupieran de otro modo y no es digno de ninguna defensa. Pero el rango del embajador no era en manera alguna superior al del criado. Sin duda se trataría de uno de esos hombres a quienes llaman nobles. Mas sentir necesidad de escupir en tales aposentos, y hacerlo como lo hizo, le acusa de carecer en absoluto de nobleza.

Probablemente, su gesto le pareció signo evidente de su altura y de la bajeza del criado.

En realidad, le colocó más bajo que el criado, si ya no lo estaba, y aun suponiendo a éste en la extrema bajeza.

* * *

Al propio tiempo que ese gran libro de Sombart, traducido y publicado de un modo espléndido, he leído otro del que no quiero acordarme. Gran tema. Hondura entrañable y trágica. Menosprecio de la gentuza que se cobija al amparo de las ideas radicales. Pero todo esto horrorosamente maltratado en castellano. Hasta tal punto, que en muchas ocasiones el tema parece baladí; lo trágico, superficial, y el menosprecio, elogio.

Quiero decir, con palabras de un clásico—Cristóbal Suárez de Figueroa—, el juicio que me merecen semejantes traducciones:

“Para el acierto de las traducciones, sería menester heredase el traductor (siendo posible) hasta las ideas y espíritu del autor que traduce. Sobre todo, se ha de poner cuidado en la elección de palabras, buscando las frases propias que tengan mayor energía y parentesco con las extrañas, porque la alteza y énfasis de los conceptos no se deslustre y pierda mucho de su decoro. Pocos supieron acudir a esta obligación, supuesto que pareció cumplían sólo con

darse a entender de cualquier modo que fuese. Así, por este descuido (no sé si diga incapacidad), sacaron a luz traducciones tan flojas por una parte y por otra tan duras, que es imposible dejarlas de poner debajo los pies, con particular menosprecio de sus dueños."

* * *

La nueva definición del escéptico que, con singular agudeza, ha puesto en circulación uno de nuestros más grandes escritores, está llamada a tener fortuna y a generar crecida prole de ideas vivaces y certeras.

El escéptico, en efecto, no es hombre que no crea en nada. Ciertamente, no cree en ninguna cosa particular, pero es porque cree en muchas cosas a la vez, contradictorias y en perpetua lucha. Todas las mentes abiertas son escépticas. El escepticismo es sentido crítico alerta, turbulento oleaje que aparta con ademán seguro todo amago de limitación.

* * *

Viajando por Europa, un íntimo amigo mío, fué en más de una circunstancia la atracción de sus compañeros de viaje. Sin proponérselo. Sólo por ser español. Muchos se extrañaban de que no se pareciera a los tipos de pandereta. Era, sin duda, un español raro. ¡Hasta se vestía como cualquier europeo!

Una vez, en un tren que se dirigía a París, salió a relucir Carmen, las mujeres bravías, la navaja en la liga, y otra multitud de cosas semejantes. Mi amigo, siguiendo la broma, salió del departamento, se colocó en la liga un cor-taplumas que llevaba, y, poco después, de nuevo ya al lado de sus compañeros, se levantó el pantalón, con un objeto justificado, y lo sacó lentamente, para que todos le viesen.

Asombro general. Risas contenidas. Alborozo. Un periodista que iba en el departamento, echó mano a su bloc y a su estilográfica, y se puso a escribir. "En España—escribió, entre otras cosas—, no sólo las mujeres llevan la navaja en la liga. También la llevan los hombres. Puedo dar fe de ello. Lo he visto con mis propios ojos."

Es posible que publicara lo que tan palpablemente había visto. Los periodistas no tienen ninguna obligación de percibir la ironía. Se atienen a los hechos. Mucho más si son evidentes.

Refiriéndome este suceso, y otros, me decía mi amigo al regresar de su viaje:

"No tengo ninguna confianza en el porvenir inmediato de Europa. Todo eso de la mucha cultura es una leyenda. Así como nosotros, los españoles, somos, en general, huecos, los franceses son superficiales; los ingleses, torpes; los holandeses, burdos; los alemanes, bastos; los italianos, charlatanes; los belgas, escandalosos; los suizos, insignificantes; los escandinavos, sentimentales; los griegos, mentirosos; los austriacos, frívolos; los poloneses, ruidosos; los búlgaros, yugoeslavos, húngaros, rumanos y checoslovacos, de cada cosa de esas un poco."

JULIO BARCO



ACABA DE APARECER

ANISSIA

Por León Tolstoi

La histórica narración de Anissia, la campesina rusa que apura hasta las heces toda la amargura de una vida llena de sufrimientos físicos y morales, atrae al lector desde las primeras líneas, haciéndole vivir horas de intensa emoción y de angustia. Mucho tiempo después de haber cerrado esta obra, se siente vibrar todavía el alma bajo la impresión de la trágica realidad que en ella se ofrece con toda su sangrante y cruel desnudez, que hace imposible leerla sin sentirse profundamente conmovido.

Con ser mucha la fantasía del genial escritor, que en este caso sólo ha vestido con su ropaje literario, pulcro y ameno, el relato de una existencia azarosa, no hubiera podido, según él mismo afirma, superar en emoción e interés la novela palpitante, vívida de Anissia, llena de amargos sinsabores que revelan, desde el punto de vista psicológico y social, cuán absurdos y crueles eran las costumbres y los prejuicios de la vieja Rusia.

Un libro que una vez leído guardará en sus páginas el corazón del lector, pues ninguna otra novela podría tener tan poderoso atractivo, tanta penetración, tanta realidad.

De esta obra, jamás publicada en español hasta ahora, se ha hecho una reducida tirada para satisfacer las ansias de los lectores de ESTUDIOS, que vieron interrumpida, contra nuestro deseo, su publicación en las páginas de esta Revista.

Precio, 4 pesetas. - A corresponsales y suscriptores, el 25 por 100 de descuento.

Pídala hoy mismo, antes que se agote la edición.

Este número ha sido revisado por la censura

Los Héroes del Progreso

BENJAMÍN FRANKLIN

Inventor del pararrayos



En el estudio de la Historia se destacan principalmente los hechos de los héroes guerreros, abultando muchas veces sus hazañas para exaltar en las mentes infantiles la adoración a estos nombres que a través del tiempo nos hablan de hechos y hazañas singulares que, no obstante, juzgadas con sereno juicio, no podrían siempre ser tildadas de gloriosas.

En cambio, hay multitud de héroes cuyos hechos no son tan difundidos precisamente porque éstos no llevaron arma alguna, y sus conquistas, que no traen en su recuerdo el opio de las hazañas bélicas, no son tan conocidas como debieran serlo, en bien de la felicidad y el progreso del mundo.

A reparar en parte este olvido y a exaltar en lo justo la memoria siempre bienhechora de estas vidas singulares, tienden las siguientes líneas, que en cada número de ESTUDIOS rememorarán la silueta de uno de estos grandes hombres que dieron lo mejor de su vida y de su prodigiosa inteligencia por la conquista del Progreso y la Felicidad Universal.

En estas siluetas no se hará mención únicamente a sus triunfos, a sus conquistas. Se estudiarán sus vidas, sus luchas, sus costumbres, sus desengaños, sus contrariedades, que fueron siempre espinas dolorosas en el arduo batallar, y que forjaron el temple excepcional con que vencieron, para que sirvan de ejemplo y bienhechora emulación, pues todos los sublimes gestos de la Historia despiertan íntimos deseos que deben aprovecharse.

Ninguna escuela de altos estudios, ninguna Universidad, puede ostentar el honor de haber formado a Benjamín Franklin; ningún bienhechor ni personalidad preeminente puede jactarse de haberle ayudado; con su propio cerebro y sus manos se abrió el camino. En Boston, donde nació el 17 de Abril de 1706, asistió a la escuela desde los ocho a los diez años, donde aprendió a leer y a escribir y los principios más elementales de la aritmética. No pasaron de ahí los estudios; el muchacho tuvo que abandonar la escuela para ayudar a su padre, que era jabonero.

Dijo un sabio: "Enseña a los niños las letras, que ellos aprenderán por sí solos lo demás, si a ello se sienten inclinados". Benjamín tuvo esta inclinación. Una sed inagotable de saber distinguió su infancia.

La afición al estudio era tradicional en la familia. El padre de Benjamín era hombre de talento, muy aficionado al dibujo y a la música, muy bien visto por sus conciudadanos, como persona inteligente y honrada.

Este buen hombre procuraba además distraer de vez en cuando a su hijo de los trabajos de su oficio y de la lectura de libros. Benjamín gobernaba con gran destreza una barca en el puerto de Boston, junto con otros niños de su edad, y era maestro consumado en la natación. Llegó un día en que a Benjamín le pareció que debía tomarse la vida en serio. El oficio de jabonero no le gustaba: el mar le atraía, en cambio, pero como quiera que el hermano mayor, que tenía las mismas aficiones, se había embarcado ya para lejanas tierras, para no volver, el padre determinó ocupar a Benjamín de otra manera. Al fin convinieron padre e hijo en que éste, que tenía entonces doce años de edad, se ocupara en casa de su hermano Jaime, el cual había montado una imprenta en la ciudad.

Este fué un paso afortunado que colocó al muchacho en una situación de vida que le ponía en relación con sus intereses preferidos: el estudio y la lectura. Por todos los medios posibles se procuró libros, principalmente relacio-

nes de viajes, obras de poesía y escritos filosóficos.

Muchachos que tengan afición a los libros hay muchos, pero pocos que estén dispuestos a hacer para obtener libros los sacrificios que Franklin realizó. Rara vez se nota entre ellos la seriedad y energía que desplegó Franklin para instruirse. Tenía Benjamín un compañero de su misma edad, con el cual discutía sobre toda clase de materias. En una intrincada discusión acerca de la educación de las mujeres y su disposición al estudio, parecía como si su compañero llevara ventaja a causa de su facilidad de palabra, y como Benjamín esperaba poder explicarse mejor con la pluma, escribió un breve tratado acerca de la cuestión. El padre de Franklin leyó las razones aportadas por los dos compañeros y falló que las del compañero de su hijo eran las mejores. Esto fué suficiente para que Benjamín emprendiera un ejercicio metódico para mejorar su estilo. Utilizó como base un tomo de la revista inglesa *Spectator*, leyó los artículos que contenía y anotó los pensamientos principales. Al cabo de algún tiempo probó de remedar los artículos y comparó después su estilo y su vocabulario con los originales. Se convenció bien pronto de que volvía con demasiada frecuencia a las mismas expresiones. Entonces tomó el partido de poner los pensamientos en verso, a fin de que la rima le trajera a la memoria vocablos que de otra manera no se le habrían ocurrido. A veces dificultaba todavía más su labor, barajando las anotaciones tomadas, para ejercitarse en hallar de nuevo la sucesión original de los pensamientos. Con estos ejercicios echó las bases del estilo claro y expresivo que más tarde le distinguió en todos sus trabajos literarios.

Pronto tuvo Franklin ocasión de emplear sus facultades de escritor. Su hermano Jaime comenzó a publicar un periódico, *El Correo de Nueva Inglaterra*. Era un periódico de rabiosa oposición, que atacaba a los pastores protestantes y al gobierno de las colonias, en artículos irónicos. Boston, bajo su capa del puritanismo más estricto, ocultaba una fuerte corriente de oposición; varios individuos, sobre todo médicos jóvenes, enviaron anónimos que se publicaron en el nuevo periódico. Sus burlas eran, a los ojos de la mayoría, irresistibles; y Benjamín tuvo buen trabajo en correr por todas

partes en busca de suscriptores. Era una de sus faenas favoritas.

También el muchacho intentó escribir en el nuevo periódico. Una mañana, el redactor halló sobre su mesa un artículo anónimo. El y su consejero lo leyeron, hallándolo excelente, y, con inmenso asombro de los dos, descubrieron que el autor era su aprendiz.

Después de todo un año de paciencia, las autoridades la perdieron por fin, y decidieron vengarse del redactor. Este fué encerrado en la cárcel; prometió corregirse, le pusieron en libertad... y el periódico continuó con sus burlas, más sangrientas que nunca. A consecuencia de esto, perdió el redactor los derechos de editar el periódico, y entonces los amigos del *Correo* acordaron que siguiera publicándose éste bajo la dirección de Benjamín Franklin. Su hermano le hizo socio de la casa; el tiempo de aprendizaje había pasado, y, con ello, el muchacho impresor había subido a la categoría de publicista. Dirigió el periódico de acuerdo con el primer espíritu en que se inspiró; escribió escritos satíricos, y el *Correo* se propagó con más extensión que nunca.

Sin embargo, dificultades particulares terminaron pronto con aquellas actividades. Jaime se volvió celoso al notar las cualidades de su hermano, al que había tomado como aprendiz, y no echó de ver la falta que le hacía. Benjamín, por su parte, era terco y se irritaba con facilidad, y no dejaba de comprender su superioridad sobre Jaime. En cierta ocasión en que Jaime se atrevió a levantar la mano contra Benjamín, que tenía ya diez y siete años, sacudió éste el polvo de sus zapatos y se decidió a abrirse camino él solo, dirigiéndose por de pronto a Nueva York.

En aquellos tiempos, la hoy gigantesca ciudad no contaba más que 8.000 habitantes y tenía una sola imprenta. No fué posible hallar allí trabajo, y Benjamín tuvo que proseguir su camino hasta Filadelfia. Después de un viaje por mar, colmado de aventuras y angustias, y después de andar diez millas a pie, entró un domingo, por la mañana, en Filadelfia, sucio, desarrapado y muerto de sueño. Pocos días después halló trabajo y se prometió con la hija de su hospedero.

En casa de Franklin descubrieron, mientras tanto, el paradero del muchacho; le escribieron,

y Benjamín contestó. Su carta fué a parar casualmente en manos del gobernador de Pensylvania, Guillermo Keith, el cual trabó amistad con Franklin y le prometió enviarle a Londres, para que, por su propia cuenta, comprara tipos de imprenta y demás material y para que al mismo tiempo trabara relaciones comerciales. Mostró para el muchacho una amistad poco corriente; le invitaba a menudo a comer, y tenía para él toda clase de atenciones.

Esta amistad tuvo un triste fin. Cuando Franklin, después de un tempestuoso viaje, llegó a Londres, descubrió que en la documentación del buque no había para él ni cartas de recomendación ni letras para cobrar dinero, como se le había prometido. El gobernador le había abandonado, sin más ni más, a su propia suerte. Todas aquellas brillantes perspectivas se habían reducido a un sueño.

Un año y medio permaneció Franklin en Londres, y en muchos sentidos fué para él provechosísima aquella estancia en la capital de la metrópoli. Trabó amistad con gente de todas las condiciones sociales, y amplió mucho su conocimiento de los hombres; adelantó en la técnica de su profesión; pero la relajada moral de Londres no fué nada buena para la formación de su carácter. Pasando el tiempo, no obstante, se reformó. Un anciano comerciante, que le había conocido en su viaje a Londres, y que había seguido sus pasos en la capital, le ofreció un puesto en su negocio de Filadelfia, y Franklin, que estaba cansado de la vida de la gran ciudad, regresó con alegría a Norteamérica. Esto fué en 1726.

Su actividad en el negocio de su anciano protector no duró mucho tiempo. El principal de la casa murió, y Franklin volvió a su primera profesión. Pocos años más tarde formó Benjamín compañía con otro impresor y publicaron un periódico: *La Gaceta de Pensylvania*. El periódico estaba mucho mejor impreso e ilustrado de lo que la gente estaba acostumbrada a ver, y además era de más extenso contenido y más ameno. Publicaba juiciosos artículos acerca de los asuntos interiores de la ciudad y de la colonia, anécdotas interesantes, poesías morales y cuentos amenos. Como es natural, una gran parte de todo el contenido de la *Gaceta* se debía a la pluma de Franklin y lleva el sello de su buen humor.

En 1748, cedió Franklin su negocio en buenas condiciones. Se había hecho rico y no pensaba más que en emplear el tiempo en trabajos científicos. Dos años antes, una coincidencia le había llevado al estudio de la electricidad; y esta fuerza natural, potente y misteriosa, le atrajo cada vez con mayor fuerza.

La invención de la botella de Leyden, en 1745, había conmovido fuertemente los centros científicos de Europa. El informe sobre la formidable sacudida eléctrica que Cunaeus y el profesor Muschenbroek, de Leyden, habían experimentado por la electricidad acumulada en la botella, fué estudiado con avidez, renovándose y ampliándose los ensayos.

La Biblioteca de Filadelfia tenía en Londres un agente, el cual mandaba los libros nuevos que iban apareciendo en Europa. En el envío que hizo en 1746, incluyó uno de los tubos de cristal que se usaban para la producción de electricidad, frotándolo con un trozo de tela o de piel. Pocas semanas antes de que llegara la caja, Franklin había visto, en casa de un conocido suyo de Boston, una serie de experimentos eléctricos efectuados con ayuda de un tubo semejante, y quedó asombrado e interesado, ya que era algo completamente nuevo y desconocido para él. Junto con el tubo de cristal recibió Franklin una descripción de la botella de Leyden, y apenas estuvo la botella desembalada, cuando Franklin comenzó ya los experimentos. Se encargaron otros tubos semejantes a la fábrica de cristal de Filadelfia, y Franklin y sus compañeros se entretenían realizando continuos experimentos. "Jamás hasta entonces— escribe el mismo Franklin—estudio alguno había atraído tan enteramente mi interés ni había ocupado tanto mis esfuerzos."

Los trabajos de Franklin para hallar una explicación clara de la materia sobre la cual hablaba y escribía, hizo que estableciera una teoría relativa a los fenómenos eléctricos. Se figuró que todos los objetos contenían cierta cantidad de una materia especial eléctrica, la cual, con el frotamiento, podía pasar de un objeto a otro. El objeto que de esta manera recibía un exceso de electricidad, era, según lo llamó él, "eléctrico positivo"; el que daba una parte de su electricidad normal, era "eléctrico negativo". La teoría de Franklin dió la primera explicación utilizable sobre los ensayos genera-

les, y desde entonces se han conservado las denominaciones de positivo y negativo aplicándolas a los dos estados eléctricos. En nuestros días, la teoría de Franklin gana de nuevo muchos adeptos. Entre los físicos de su tiempo, su sencilla explicación de la botella de Leyden se impuso en todas partes.

En una serie de cartas dirigidas a Collinson, exponía Franklin el progreso que él y sus amigos hacían en la nueva ciencia. Desde el invierno de 1748, dirigió su atención, de una manera cada vez más firme y seria, a los fenómenos naturales—relámpago y trueno—, de los cuales sospechaba que debían estar en relación con la electricidad, y en julio de 1750 resumió la explicación de los experimentos realizados, en una carta que dirigió a Collinson.

En esa carta parangonaba todas las semejanzas que había observado entre el rayo y la centella eléctrica. "Los dos son replandecientes—decía—y los dos tienen el mismo color. Su dirección es quebrada y su movimiento rápido. Son conducidos por los metales, producen ruido al originarse, atraviesan el agua y el hielo, dividen los cuerpos, matan a los animales, funden metales, incendian los materiales combustibles y derriten el azufre. Falta tan sólo un punto de semejanza: la electricidad es atraída por las puntas, pero no sabemos si ocurre lo mismo con el rayo. Es muy verosímil que ocurra así; ¿por qué no probarlo?"

Proponía la realización de semejante ensayo, que había de coronar la serie de pruebas que demuestran que el rayo es una actividad eléctrica. Quería que se levantara una barra de metal aislado, de 20 a 30 pies de elevación, en lo alto de una torre elevada. Para averiguar si una nube tempestuosa que pasara electrificaba la barra, no había más que aplicar a ésta una conducción de metal, cogida por un mango de cera, en cuyo caso se producirían chispas.

En la misma carta proponía Franklin el empleo del pararrayos. Franklin había logrado descargar un gran cilindro eléctrico, acercando hasta un par de pulgadas de distancia una barra de metal puntiaguda. De este experimento sacó la consecuencia de que se podían proteger las casas, las iglesias y buques de la furia de los rayos, colocando en sus partes más elevadas barras de hierro puntiagudas, que había derivar por medio de alambres hasta la

tierra o el agua. "Probablemente—escribía—, estas barras puntiagudas arrancarán de las nubes el fuego eléctrico, antes de que se acerque tanto, que produzca una catástrofe, y de esta manera nos protegerá de espantosas desgracias." Sin duda alguna, Franklin quería probar por sí mismo si su teoría acerca del fuego del rayo era acertada. Pero no halló ocasión de probarlo. En aquellos tiempos, ni en Filadelfia ni en toda Pensylvania había torre alguna que pudiera servir para el experimento que había propuesto, y los hombres de ciencia de Inglaterra no demostraron prisa ninguna. La Real Sociedad Científica de Inglaterra conocía las cartas de Franklin acerca de los experimentos suyos propios y los de sus amigos; pero le pareció ridícula la idea, y no se atrevió a exponerla a sus miembros. Sin embargo, la carta de 1750, que Collinson hizo publicar en un corto escrito, mereció en Inglaterra la debida atención, pero en mucho mayor grado en Francia. Luis XV mandó ejecutar en su propia presencia una serie de los experimentos de que Franklin daba cuenta, y en un escrito que dirigió a la Real Sociedad de Londres, expresó su profunda admiración por el talento y ciencia de Franklin. Los sabios franceses D'Alibard, Buffon y De Lor realizaron el experimento que Franklin había propuesto para demostrar que el rayo era una descarga eléctrica. No se valieron de ninguna torre elevadísima, sino que se contentaron con colocar barras de hierro, largas y aisladas, en puntos más o menos elevados, y durante las tempestades lograron producir las centellas, tal como Franklin había previsto. La carta de Collinson se tradujo y se publicó en alemán, italiano y latín, y entonces, en todos los países, realizaron los hombres de ciencia el experimento de "arrancar fuego de las nubes". El profesor Richman, de San Petersburgo, perdió la vida en una descarga eléctrica excesivamente poderosa, y el nombre de Franklin se hizo famoso en todos los círculos culturales de Europa.

El experimento de D'Alibard se verificó el 10 de mayo de 1752. Antes de que las noticias de este experimento llegasen a América, Franklin había ideado un nuevo método de realizar el experimento, sin necesidad de torre ni de barras de hierro.

Por la tarde de un día de junio de 1752,

Franklin y su hijo, que contaba entonces veintidós años, salieron a un erial cercano a su morada, situada en los arrabales de Filadelfia, e hicieron remontar una cometa en el momento en que pasaba una tormenta. La cometa estaba hecha de una tela de seda fijada sobre una cruz de madera ligera, y tenía un alambre largo y puntiagudo en la parte superior. El cordel de la cometa era de la clase corriente, pero el trozo inferior era de seda aislante. En el extremo del cordel, donde se unía con el cordón de seda, había atado Franklin una llave. Temiendo Franklin que su experimento fracasara, había salido sólo con su hijo, sin otro testigo, y se elevó la cometa en el mayor secreto. En el erial había un viejo corral, donde se metió el hijo de Franklin, que sostenía la cometa, para estar protegido de la lluvia, cosa necesaria para que el cordón de seda no se humedeciera. Pasó buen rato sin que se notaran huellas de efectos eléctricos, a pesar de que una nube muy cargada pasó sobre el cometa, y Franklin comenzó a dudar del resultado de su experimento. Pero, de repente, vió que las hebras sueltas del cordel de cáñamo se enderezaban, como se erizan los pelos de una persona que se halla sobre un taburete aislado, electrificado. Probó de acercar a la llave el nudillo de un dedo: se produjo una chispa, después otra, y, finalmente, tantas cuantas quiso. A medida que el cordel de cáñamo fué empapándose del agua que caía, y, por lo tanto, se hacía mejor conductor, el efecto fué mucho más patente. Se cargó con la electricidad de la llave una botella de Leyden, la cual dió a Franklin y a su hijo una tremenda sacudida, con lo cual quedó plenamente demostrado que las nubes tempestuosas estaban cargadas de la misma misteriosa energía que aparecía al frotar el tubo de cristal con un trapo de lana.

Infatigablemente prosiguió Franklin sus observaciones y experimentos. Ocupóse en muy diversas ramas de la ciencia, y en todas ellas realizó descubrimientos de mayor o menor importancia, que ayudaron a abrir el camino de inventos posteriores. Una actividad semejante, es casi incomprensible hoy día. A medida que las ciencias han sido especializadas y que el material en cada una de ellas ha crecido tanto, exigen una aplicación tan grande, que el que quiere llegar a algún resultado práctico,

debe encerrarse en un campo reducido. Pero en tiempos de Franklin la tierra estaba todavía virgen para los que querían profundizar en las fuerzas de la Naturaleza. En todas las ciencias había que establecer experimentos sencillos y fundamentales. Y en esto fué Franklin un maestro. Con medios sencillísimos supo exponer hechos que hasta entonces habían parecido incomprensibles.

Escribía, por ejemplo, en una de sus cartas, dirigida a una señora joven, interesada por el progreso de la ciencia, acerca de un ensayo sobre la propiedad de los distintos colores a absorber la luz del sol: "Del muestrario de un mercero tomé una serie de trozos de tela burda de distintos colores. Los había negros, azul celeste, verdes, de púrpura, encarnados, amarillos, blancos y otros colores o matices. Los coloqué todos sobre la nieve, en una clara mañana de sol. A las pocas horas, el negro, que era el que recibía mayor calor del sol, se había hundido tanto en la nieve, que quedó oculto a los rayos del sol; el azul oscuro había descendido poco menos; el azul celeste, no tan abajo como el oscuro; los demás colores, menos, y el blanco había quedado sobre la superficie de la nieve y no se había hundido para nada. ¿No nos enseña este experimento que no es tan práctico llevar vestidos negros como llevarlos blancos, donde el clima es caluroso y donde luce mucho el sol?" Y de esta manera sacaba una serie de consecuencias de sus observaciones, hechos que hoy día son del dominio común, pero que en aquellos tiempos eran descubrimientos.

En la misma época en que Franklin realizaba sus experimentos acerca de la naturaleza del rayo, fué elegido para formar parte de la Asamblea legislativa de Pennsylvania y del Consejo comunal. Al mismo tiempo fué nombrado juez de paz, y el gobierno inglés le nombró director de Correos de todas las colonias norteamericanas. Franklin se resistió mucho a aceptar tantas obligaciones, pero no era posible prescindir de su actividad y de su talento.

Las colonias se hallaban en aquel tiempo en una posición difícil. Los franceses intentaban llevar siempre sus posesiones más adelante, a lo largo del Misisipí, y amenazaban cortar el camino a las colonias inglesas en su desarrollo hacia el interior. Las consecuencias de esto fueron una serie de combates entre Inglaterra y

Francia, que terminaron en la última guerra colonial de 1755-1763. Inglaterra enviaba tropas regulares para la defensa de sus colonias; pero éstas apenas bastaban para defender las fronteras ante los ataques de los indios. En esto halló Franklin un nuevo campo para su actividad. Organizó un ejército de paisanos; buscó los medios para su armamento, y fué finalmente nombrado jefe de un cuerpo de quinientos hombres, que debían emprender una expedición contra los indios. Franklin se dió a resolver nuevos problemas, como el de organizar los servicios de descubierta, trazar planos de marcha y estudiar los mejores métodos para proteger a un campamento de los ataques del enemigo. Tuvo la satisfacción de ver cómo también en este campo de su actividad crecía su fama, y, después de dos meses de luchas con el enemigo, él y sus tropas volvieron cargados de laureles.

Mientras se desarrollaba esta guerra, se pusieron en pugna la Asamblea legislativa de Pennsylvania y el gobernador. Este había sido nombrado por los grandes propietarios de tierras, descendientes de Guillermo Penn, que había fundado la colonia. La mayor parte del suelo de la colonia estaba en sus manos. Vivían en Londres; estaban alejados de los intereses de los colonizadores, y sostenían que sus tierras no podían ser gravadas con impuestos. No tenían en esto razón alguna, ya que los mayores gastos eran los causados para la defensa—incluso de las tierras de los propietarios—, y en 1757, Franklin fué enviado a Londres, como agente de Pennsylvania, para resolver el asunto.

Franklin permaneció en Inglaterra por espacio de cinco años, que supo aprovechar a maravilla. Filadelfia, en aquellos tiempos, no era más que un pueblo apartado en un rincón del mundo, mientras Londres era el centro de la vida espiritual europea. Franklin entró en Londres en un círculo de gente intelectual y científica, entre la cual pudo satisfacer su interés por la ciencia, que era lo que más quería. El gobierno británico resolvió de tal manera el asunto que había llevado a Franklin a Londres, que los propietarios tuvieron que sujetarse a pagar los tributos.

Dos años hacía tan sólo que estaba de vuelta, cuando tuvo que ponerse nuevamente en camino. El gobernador, instruido por los pro-

pietarios que habían sido vencidos, interpretó la decisión del gobierno de la metrópoli a su manera, y entre los hombres más notables de Pennsylvania creció el deseo de hacerse independientes de los herederos de Guillermo Penn, para ponerse bajo el gobierno directo de la corona inglesa, como ocurría en las demás colonias. Para lograr sus objetivos, enviaron en 1764 a Franklin a Londres, donde el inventor permaneció por espacio de diez años, los más notables y fructíferos de su vida, durante los cuales se produjeron los acontecimientos que separaron a Inglaterra de sus colonias americanas.

La guerra colonial había dado a Inglaterra el dominio del Canadá francés, asegurando al mismo tiempo a las colonias de todo ataque por parte de Francia. Sin embargo, las luchas habían costado a Inglaterra sumas enormes, y el gobierno concibió el proyecto de hacer pagar a las colonias parte de esos dispendios, por medio de una tributación. Hasta entonces, Inglaterra se había contentado con sacar provecho de sus colonias por medio de la industria y el comercio.

Casualmente, cuando Pennsylvania envió a su agente a Londres para que la colonia fuera convertida en provincia gobernada por el rey, se publicó la primera noticia acerca del impuesto con que la metrópoli gravaba a sus colonias norteamericanas. El plan que había llevado a Franklin a Londres tuvo que ser abandonado; su tarea fué más bien la de defender a sus compatriotas de los ataques del gobierno.

Franklin no pudo impedir que se impusiera la contribución. "Es como si nos hubiéramos empeñado en que el sol descendiera", escribía. Por lo demás, opinaba Franklin que la nueva ley no era tan mala como pretendían muchos; recomendó a uno de sus amigos para el cargo de administrador del impuesto en Filadelfia, y envió una partida de papel sellado al que se había encargado de la librería suya, cuando se retiró. Sin embargo, en las colonias la nueva ley produjo violentas revueltas. La población se negó a hacer uso del papel sellado, y en Filadelfia el populacho asaltó la casa del administrador del impuesto. Franklin fué acusado por sus enemigos, en la Asamblea legislativa, de estar a sueldo del gobierno. Su misma casa de

Filadelfia fué amenazada por el pueblo exasperado, y su esposa, que no estaba dispuesta a abandonarla, se pasó muchas noches velando con el fusil en la mano. Cuando Franklin se dió cuenta de que sus compatriotas de ninguna manera querían aceptar la nueva ley, abrazó resueltamente su causa y tomó parte enérgica en la agitación.

La tormenta pasó esta vez sin descargar sus iras. El gobierno inglés se resignó a levantar el impuesto, más que por nada, porque los comerciantes ingleses se quejaban de que las colonias iban rompiendo con ellos toda clase de relaciones. Mas esto no fué más que una tregua, no una paz. En principio, el gobierno no quería abandonar el derecho de imponer tributos a sus colonias. Se impusieron derechos de aduanas sobre una larga serie de artículos de primera necesidad. La población contestó con la decisión unánime de no comprar más géneros ingleses. El gobierno envió buques de guerra y tropas a Boston. El 5 de septiembre de 1774 se reunió el primer Congreso norteamericano en Filadelfia, y en abril de 1775 ocurrió el primer encuentro sangriento entre los colonizadores y las tropas del gobierno, junto a Lexington.

Mientras se desarrollaban todos estos acontecimientos, Franklin trabajaba en Londres por la causa de las colonias. Sus numerosas relaciones con personalidades de relieve le dieron motivo a realizar una agitación enérgica, muy personal, e influyó en la opinión con artículos que publicaba en los periódicos. Sin embargo, su objeto estaba muy lejos de la independencia de las colonias; quería más bien que éstas formaran cuerpos bien organizados dentro del Estado inglés. Sus mayores esperanzas estaban cifradas en un cambio de ministerio.

Franklin no se había dado cuenta de cómo había crecido en su país el movimiento contra Inglaterra, de suerte que sus seguridades acerca del deseo que tenían las colonias de paz y reconciliación, eran recibidas con incrédulas sonrisas. Como es natural, se colocó en situaciones muy difíciles. Los conservadores veían en él al jefe de la rebelión, y a los agitadores de las colonias no les parecía Franklin suficientemente radical. Con todo, la mayoría depositaban en él su confianza, por lo cual, poco a poco, varios de los Estados fueron nombrándole agente suyo.

Después que sus esfuerzos para lograr una reconciliación hubieron fracasado totalmente, se decidió Franklin a regresar a su país natal, y lo hizo a tiempo. Poco después de su partida llegaron las noticias del combate de Lexington, y el gobierno, que sólo esperaba una excusa para apoderarse de su persona, no habría dudado esta vez en hacerlo.

Con profunda pena abandonó Franklin la capital de Inglaterra, con todas las amistades que allí había cultivado. Políticos, hombres de ciencia y los individuos de la más rancia nobleza inglesa codiciaban su compañía. Su ocupación pública le dejaba tiempo suficiente para dedicarse a sus trabajos científicos, y el simple relato de todas sus investigaciones sobre nuevas teorías en todos los campos, desde el origen del reuma a la velocidad de los distintos barcos de vela, llenaría una obra. Sus facultades científicas no dejaron de ser puestas en práctica. Tuvo que dirigir la colocación del pararrayos en la cúpula de San Pablo, de Londres, y en los polvorines del gobierno, dando instrucciones sobre un sistema de ventilación que había de renovar la atmósfera en el edificio del Parlamento. En todo momento tenía presente cuanto podía ser de utilidad para su patria. Envío a América magníficos regalos en libros e instrumentos científicos, y apoyaba a los jóvenes norteamericanos que iban a Londres para estudiar. Con el fin de fomentar en las colonias una nueva industria, realizó un extenso trabajo para introducir el cultivo del gusano de seda en Norteamérica, y tuvo la satisfacción de regalar a la reina tela de fabricación norteamericana para confeccionarse un vestido.

Llegado a su patria, Franklin abandonó los restos de conservadurismo que le quedaban y comenzó una enérgica campaña contra Inglaterra. Fué elegido diputado, y asistió a la sesión del Congreso en la cual se aprobó la famosa declaración de independencia, el 4 de julio de 1776.

Las fuerzas de aquel anciano de setenta años se aprovechaban hasta lo último. Desde las seis de la mañana hasta las cuatro de la tarde trabajaba en el Congreso o en otras asambleas, cuando no estaba de viaje para organizar la resistencia o con otras misiones, como la que le llevó al Canadá para intentar sublevar aquel país contra Inglaterra, lo cual estuvo a punto

de costarle la vida. Y, finalmente, el Congreso le eligió embajador en Francia, para que, junto con otros dos enviados, buscara allí apoyo para los Estados Unidos que se acababan de fundar. Cuando Franklin supo que le habían elegido para tal cargo, dijo: "Soy viejo y no sirvo ya para nada: pero puedo decir, como los comerciantes con los saldos que les quedan: Deme usted lo que quiera por ellos." ¡Y le quedaban todavía quince turbulentos años de trabajos!

El Congreso no podía hacer mejor elección. El nombre de Franklin era conocido y estimado en todas partes. El hombre que había dominado el relámpago, podía estar seguro de un buen recibimiento. El que le tributaron sobrepasó, empero, todos sus cálculos.

El incienso que se prodigó a Franklin no le subió a éste a la cabeza, y en sus cartas particulares se reía de las exageraciones de los franceses y de su inclinación a las expresiones fuertes. Pero la popularidad le sirvió de mucho para procurar a sus compatriotas el apoyo de Francia. Esta nación había perdido el Canadá, y quería vengarse de Inglaterra. Desde el comienzo de la rebelión, el gobierno francés apoyó secretamente a los Estados Unidos con armas y pertrechos de guerra; pero oficialmente estaba a la expectativa.

El 3 de diciembre de 1777 fué un día memorable para Franklin. Los tres enviados norteamericanos estaban reunidos en su casa, cuando entró un joven llamado Austin, al cual había enviado el Congreso norteamericano como correo a Francia. Los tres se levantaron presurosos para saber qué había ocurrido. Se había propalado el rumor de que Filadelfia había sido tomada, y se temía que fuera verdad.

—¿Es verdad que Filadelfia ha sido tomada?—preguntó Franklin presurosamente.

—Sí—contestó Austin.

El anciano investigador se retorció las manos y entró con honda tristeza en su habitación.

—Pero traigo noticias de mayor importancia —dijo Austin—. ¡El general Burgoyne y todo su ejército están prisioneros!

Austin cuenta que Franklin estuvo meditando por buen rato, como soñando, y de repente exclamó:

—¡Ah, Mr. Austin, qué buenas noticias nos ha traído usted!

Todas las vacilaciones de Francia terminaron al fin. Dos meses más tarde estaba confirmado el tratado de alianza con los Estados americanos. Fué el momento decisivo de la guerra, a pesar de que la suerte de los combates fué muy variada al año siguiente, y de que el auxilio de los franceses no fué tan grande como los americanos habían esperado.

El 3 de septiembre de 1783 se confirmó la independencia de los Estados Unidos, en la paz de París; pero hasta julio de 1785 no pudo regresar Franklin a su patria, ocupado como estaba en obtener empréstitos para consolidar la independencia.

Inmediatamente después de su llegada, fué nombrado Franklin gobernador de Pensylvania, y en 1787 fué miembro de la comisión que dió a los Estados Unidos una Constitución definitiva.

La esposa de Franklin había fallecido durante la estancia del inventor en Londres; a su vuelta de Francia, vivió el inventor en casa de su hija. En los dos o tres últimos años tuvo que guardar cama casi continuamente, y sufrió muchísimo; pero, a pesar de todo, conservó su despejo y buen humor; conversaba con sus amigos y con las numerosas personalidades que acudían a visitarle de todos los puntos del país, como en peregrinación, y desde su cama intervenía en todos los graves problemas que se ponían entonces a debate. Era presidente de una sociedad que trabajaba para proteger a los esclavos negros, y en calidad de tal, envió ruegos al Congreso, sobre la supresión de la esclavitud y del comercio de esclavos. Y como quiera que cierto diputado defendiera la esclavitud, alegando que no solamente estaba permitida, sino ordenada en la Biblia, escribió contra él Franklin, tres semanas antes de su muerte, una de sus más punzantes sátiras.

Sin embargo, en los últimos días se sintió tan cansado y atormentado por los achaques, que deseó la muerte. Su única diversión era ver cómo jugaban sus seis nietos alrededor de su cama.

El 17 de abril de 1790, una aguda afección pulmonar acabó con la vida de Franklin. Más de veinte mil personas acompañaron su cadáver a la sepultura, y el Congreso ordenó que en toda la Unión se guardara luto durante todo un mes.

Para una antología de temas pedagógicos

Reformas en la educación

Una modificación introducida hace poco tiempo en el programa de los colegios franceses suscitó un remolino multicolor de comentarios. Se trataba de imponer a las nuevas generaciones de una nación que hasta ahora puso su orgullo en ignorar la geografía, la tarea elemental de comenzar a deletrearla. Y no nos explicamos la emoción que provocó el asunto.

La medida resulta naturalmente un progreso apreciable. Conviene preparar a los hombres para vivir en el planeta. Pero si, desde el punto de vista de lo que no queremos es feliz, comparada con lo que perseguimos, resulta insuficiente.

No es un detalle más o menos absurdo dentro del sistema lo que urge modificar, sino las bases mismas de la enseñanza.

El pensamiento moderno, parcialmente liberado, ha alcanzado en ciertas esferas una altivez independiente que se acerca mucho al ideal, pero en otras continúa siendo prisionero de pasados siglos. Y lo más curioso es que las peores limitaciones y las barreras más duras están acumuladas precisamente en el dintel de la vida, como si se quisiera descorazonar y matar por atrofia o por inacción la independencia de los que nacen.

.....
 Cuando el niño sale a la vida lleno de curiosidades; cuando todo en la Naturaleza le arranca interrogaciones llenas de originalidad y de audacia; cuando pide que se le explique la lluvia, el fuego y el secreto de la locomotora; cuando nos pregunta cómo crecen los árboles, cómo se hace el pan, y de qué abismos surge el globo rojo del sol, ¿qué es lo que hacemos con él? ¿Resolvemos sus dudas? ¿Le ayudamos a deletrear las cosas? Jamás. Lejos de hablarle de lo que le interesa, le obligamos a repetir vaciedades que no agitan nada en su espíritu. Le compramos un cuaderno, le sentamos en un banco duro ante una mesa muy alta y le obligamos a escribir cien veces en letras gordas:

“Bonaparte fué a Egipto.” ¿Que el niño se distrae y comienza a hacer fantasías en el papel? Falta grave. ¿Que sigue el vuelo de los pájaros que saltan en los árboles del jardín? Falta grave. ¿Que pregunta por qué no se encienden también las estrellas de día? Falta grave. La severidad de la educación está ahí para recordarle su deber. Todas las curiosidades son devaneos; lo que importa es que Bonaparte haya ido a Egipto... En vano ensaya el infante toda su voluntad, con esa premura dócil y blanda de los adolescentes. La frase no lo cautiva y su atención vuelve a desviarse, a pesar suyo. Pero el educador insiste. Aunque el niño no sabe todavía nada de nada, es necesario que aprenda a escribir. ¿A escribir? ¿Para qué, si no tiene ideas, ni conocimientos, ni emociones? La escritura es un instrumento para expresar lo que vemos o lo que pensamos. Si no comprende ni piensa nada, de qué le servirá escribir? No importa. Nuestros didácticos se apresuran a construir primero el puente; el río vendrá después. De todo lo cual resulta que el niño, para instruirse, tiene que aprovechar los entreactos de la educación y procurarse ideas de contrabando, recogidas al azar, con todas las salpicaduras del arroyo. El maestro sólo está ahí para imponer a la redonda una bella letra uniforme, con perfiles académicos. En cuanto a pensar, eso no tiene importancia. Sin embargo, insistiréis, ¿qué traducirá el niño en su escritura? Tranquilizaos. Para utilizar su destreza manual, se le enseñará más tarde todo lo que no tiene aplicación en la vida. Sabrá lo que es un subjuntivo y un pluscuamperfecto; sabrá extraer la raíz cúbica de un número; sabrá cuántos hombres murieron en la batalla de Salamina, y hasta sabrá hacer citas en mal latín. Pero ¿quién le enseñará a raciocinar, a vivir, a comprender el mundo en que se desarrolla? ¿Quién pondrá a su alcance una síntesis de la Naturaleza y de las costumbres, para que él saque de allí su existencia personal? Nadie. Eso

lo ha de aprender solo y a hurtadillas. Lo que urge es recordar fechas y nombres. "Aníbal nació 247 años antes de Jesucristo", "Luis IX desembarcó en 1250 en Palestina." Lo de saber qué fue lo que representó Aníbal en la antigüedad, y qué causas hicieron posible el advenimiento de un monarca como Luis IX, se queda para cuando, despertado de su sueño dogmático por algún

accidente de la existencia, se entregue a hacer investigaciones personales. Y eso sólo ocurre por casualidad. Porque, desde el principio hasta el fin, la escuela se ha aplicado a adormecer su iniciativa, a no despertar en él una sola idea, una sola vislumbre, un solo rayo. La consigna fué siempre: desdeñar la personalidad y ocuparse sólo del fonógrafo.

MANUEL UGARTE



Las Musas

O C A S O



I

Como un interrogante o una esfinge,
la mirada perdida
en el misterio de la gran llanura,
altanero y sombrío,
está el gaucho dorado
sobre el potro bravío.

La bárbara figura
se destaca atrevida,
sirviéndole de marco majestuoso
el azul esplendente de la altura
y el verde de la pampa victoriosa.

—¿Dónde está mi camino?—
parece preguntar con la mirada—;
¿dónde la huella? ¿dónde el derrotero?
¿Es un héroe o es un loco
este altivo guerrero,
de la noche de América triunfante,
parado frente a frente del Destino,
como una esfinge o un interrogante?

—¿El pueblo que ha contado con mi brazo,
me arroja de mi seno como escoria
—¡resaca de la mar, barro de río!—,
después que con mi brazo hizo la historia?
Y la férrea figura,
curtida, de los soles, el semblante,
y el alma de amargura,
con gesto de amenaza,
deja de ser esfinge,
para ser la Sibila de su raza.

II

Odio y resignación llevo escondidos
en los hondos repliegues de mi alma,
y hay rencor en mi acento.
porque sufra el desprecio del hermano.

¡El mismo a quien mi aliento,
en la ruda contienda,
ayudó a libertar de su tirano!

En cruz los brazos, la mirada al viento,
con la actitud del fuerte,
que nada busca ya, que nada espera,
porque todo lo tuvo y lo dió todo,
marcho solo y triunfante,
llevando por bandera
mi dolor arrogante.

¡Mi dolor, que es mi fuerza y es mi escudo;
mi dolor, que es mi cumbre y es mi gloria!
¡Dolor que está en mi frente,
grabado por el sol de la victoria!
¡Cúbranse de vergüenza
todos los que han querido
colocar bajo el taco de sus botas,
como a un Puma dormido,
el orgullo del gaucho americano!
¡Libre soy, libre he sido,
libre debo morir!...

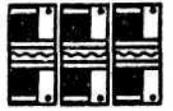
En el desierto,
se hizo débil la voz como un gemido.
¡Cerró el gaucho los ojos,
y, en su propio caballo, quedó muerto!

ALBERTO GHIRALDO



Osario de la Historia

La leyenda de Osiris



Rusumiendo los elementos variados con los que se ha formado el Osiris primitivo, comprueba Moret que esta divinidad egípcia acaba por encarnar el poder universal de la fecundación. Es en esta bella leyenda donde más patente se nos ha hecho la verdad de la insólita definición que el maestro Ortega y Gasset da de la Historia: *La Historia es la segunda vista que nos hace ver la razón de la aparente sinrazón.*

La leyenda de Osiris se enjalona en tres episodios culminantes, que son:

- I. La vida.
- II. La muerte.
- III. La resurrección.

La vida.—Vemos ya a Osiris formando parte de las dinastías divinas del Egipto legendario en la primera Enéada, llamada la *Gran Enéada de Heliópolis*, en la que Ra (el Sol) engendra la primera pareja de soberanos divinos, Shu (el Aire) y su esposa Tefnet, los cuales engendran, a su vez, la segunda pareja real divina, Geb (la Tierra) y su consorte Nut (el Cielo). De este tronco reproductor descienden dos parejas más, que completan la primera dinastía divina egípcia: Osiris con Isis y Seth con Neftis. Osiris, pues, es un gran rey divino que hereda de Geb la soberanía del globo terráqueo.

La misión de Osiris en la tierra, es una suprema misión de amor y de paz, de cultura y de progreso. El enseña a los hombres el cultivo de los campos—este gran adelanto suprimió la antropofagia—, dándoles a conocer, entre otras plantas útiles, el trigo, la cebada y la vid. Es, pues, el inventor del pan, del vino y de la cerveza, elementos básicos en la alimentación del pueblo egípcio. El da también sabias leyes a los hombres y les muestra el culto a las divinidades. Se posesiona del alto Egipto; descubre minas de oro y cobre, cuyo beneficio reveló a los egipcios, naciendo así la industria de los

metales. Con el tiempo, realiza la penetración pacífica en los pueblos todos de la tierra, llevando por doquier los beneficios de la civilización.

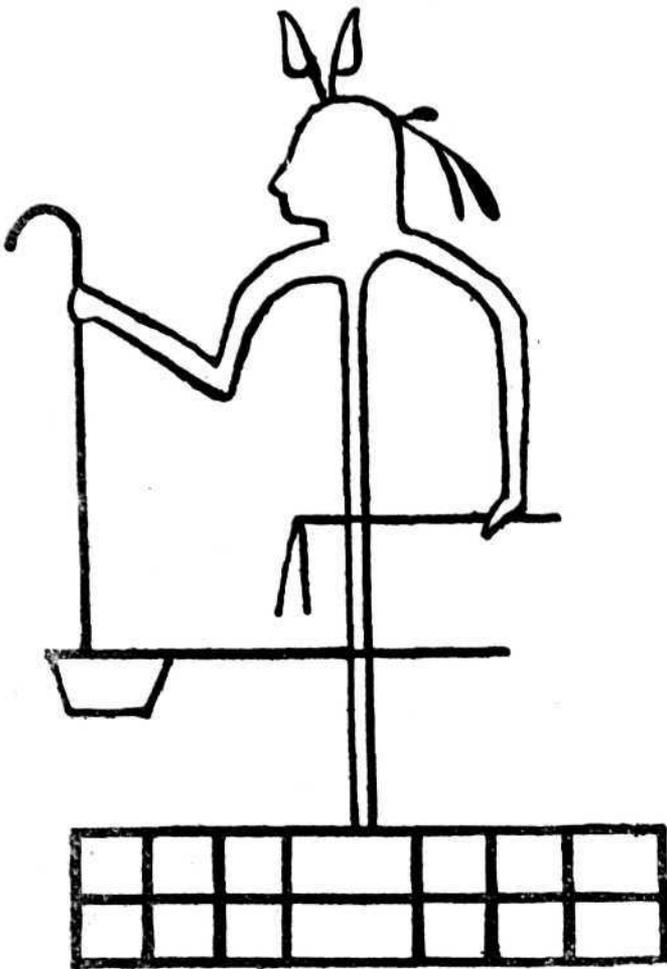
En esta obra constructiva de amor y de cultura, tiene Osiris como inseparable colaboradora a su esposa Isis, que, con sus hechizos, realiza la mitad casi de las invenciones agrícolas que se atribuyen a Osiris. Reina experta y hábil, inspira códigos y leyes y gobierna personalmente el Egipto, mientras su esposo explora el mundo y lo conquista. Vese aquí el papel que la mujer ejerce en la iniciación y adiestramiento de la vida social.

Por otra parte, Thot, el dios de la sabiduría, inventa las letras y las artes, que embellecen las costumbres humanas, y pone al servicio de Osiris sus dotes de administrador recto y sabio: es el gran consejero áulico y el escriba sagrado del reino. Finalmente, dos deidades bélicas acompañan a Osiris en sus exploraciones y conquistas: Anubis (un perro-dios) y Upuat (un lobo-dios), aliados de Osiris, según los textos egipcios; hijos de Osiris, según Diodoro.

El egiptólogo Moret dice que en las invenciones agrícolas de Osiris se reconoce fácilmente el beneficio tradicional que un dios agrario dispensa a sus adoradores. En cuanto a los restantes rasgos, opina que deben proceder de Anzti, ya que únicamente después de su fusión con el *protector* del Delta oriental se nos presenta Osiris como rey, con las insignias del mando. Así, Osiris preside la gran federación y los dioses locales colaboran en su obra.

Anzti es tal vez la más antigua efigie de jefe humano que nos ha transmitido la historia de Egipto. Por su aspecto, Anzti parece muy anterior a los reyes finitas: su cuerpo, sus atributos, su actitud de mando, todo indica que es un héroe humano divinizado. En su breve silueta se expresa el nombre mismo que se le daba: el *protector* o el *pastor de pueblos*, que dirigía

a los hombres de su reino, lo mismo que conducía sus rebaños, con el cayado y el látigo.



Anzti sobre su nomo.

La muerte.—Osiris tiene como terrible rival a su propio hermano Tifón (Seth), que, en el año 28 de su vida (o de su reinado), le asesina, ayudado por setenta y dos conjurados, trágico suceso que tiene lugar en el mes de noviembre. Seth se vale para ello de la siguiente estrategia: invita, en broma, a Osiris para que se tumbe a la larga en un cofre, y así que lo hace, el cofre es cerrado y arrojado al Nilo, donde Osiris pereció ahogado, y su cadáver, a impulso de la corriente, llega hasta el mar. Isis le busca sin desmayo, hasta encontrarle en la costa de Byblos, y, en un ataúd, lleva su cuerpo a Buto. Pero ocurre que Seth, cazando por la noche a la luz de la luna, divisa el ataúd, se adueña de él, y corta en numerosos pedazos el cuerpo de Osiris, y los distribuye entre sus cómplices, con el fin de comprometerlos a todos en el crimen y asegurarse defensores.

La leyenda, dice Moret, no da ninguna explicación del odio de Seth contra su hermano Osiris. Pero este asesinato se explicaba sin comentario, por ser una fatalidad inevitable y

renovada cada año. Plutarco describe con acierto la fechoría de Seth como un fenómeno de la Naturaleza. Seth se opone fatalmente a Osiris: ¿acaso no son el desierto rojo y árido y el viento tempestuoso y desecador, en su acción conjunta, el enemigo nato del agua fecundante y de la vegetación, ornamentos de la tierra negra? Todo lo que es creación y beneficio procede de Osiris; todo lo que es destrucción y perversidad dimana de Seth. La rivalidad de los dos hermanos es la de dos dioses cósmicos, universales. La fecha tradicional de la muerte de Osiris corresponde al momento fatídico en que el Nilo decrece, el viento del desierto empieza a soplar, los árboles se despojan de sus hojas, mientras la espiga de trigo, cortada por la hoz, trillada en la era o pateada, se desmenuza en granos, a los que la tierra va a dar sepultura. Según Diodoro, en la época de la recolección, las primeras espigas se dan en ofrenda, y los campesinos egipcios trillan invocando a Isis: el desmenuzamiento del trigo provoca los lamentos de la diosa ante el cuerpo desmembrado de su esposo.

Parece ser que el rey sirio observó este milagro: El arbusto de la costa siria—la Erica—con que Isis recubre el cadáver de Osiris, crece y tan desmesuradamente, se hace tan grande y fuerte, que abraza el ataúd y lo recubre por completo con su follaje. Esto visto por el rey, mandó sacar una columna de aquel tronco, para sostener el techo de su palacio. El Zed, este tronco de árbol sirio desprovisto de ramas, que constituye el emblema de Osiris, recuerda el episodio ocurrido en Byblos. Por fortuna, añade Moret, un sepulcro de la dinastía XVIII nos ha conservado un cuadro pintoresco y evocador de la erección del Zed por el rey Amenofis III, con ocasión de la fiesta *Sed*, que es una *osirificación* del rey.

El rey mismo, ayudado por algunos oficiales de su corte, tira de las cuerdas para poner en pie



Zed, fetiche de un dios-árbol y forma primitiva de Osiris.

el Zed, que yace en el suelo, echado sobre un costado, como Osiris muerto.

La resurrección.—Después de la muerte de Osiris, Isis desempeña el primer papel en la leyenda. Ella es la que hace del dios del agua y de la vegetación, inmovilizado por la muerte, un dios resucitado. El descuartizamiento del cadáver de Osiris, hace que ella, doliente y desesperada, busque los pedazos macabros hasta dar con todos, excepto el órgano generador, devorado por el pez oxirrinco. Según va encontrando los pedazos del muerto amado, le da sepultura en el mismo lugar del sagrado hallazgo, razón por la cual se encuentran en Egipto tantas sepulturas de Osiris.

Pero todavía se esperaba más de la ciencia de Isis. La muerte debe ser vencida. Isis, gran hechicera, "inventó el remedio que da la eternidad", y llamó de nuevo a Osiris a la vida. ¿Cómo? Isis y sus aliados (Toht, Anubis y Nef-tis) reúnen los miembros dispersos, ponen al abrigo de la corrupción la materia perecedera, y con ella hace un cuerpo eterno (el *zet*, esto es, la *primera momia*), en que Osiris revivirá para siempre. Sin embargo, esta nueva vida es la de un soberano que se retira del mundo, la de un héroe divinizado, que deja la dirección de los asuntos a su hijo Horus, a quien su padre transmite el poder real, si bien Osiris continúa como protector divino de su raza.

Osiris, pues, renace como el grano que, enterrado en noviembre, brota del suelo en primavera; como el árbol que echa ramas nuevas; como el Nilo, al que la crecida anual despierta de su muerte aparente. El "viejo dios" de los agricultores deja cada año el puesto a un vástago vivaz: éste da nueva vida al antepasado, pero no se confunde con él. De esta manera, en el mito osiriano, al dios muerto, llamado a una vida sobrehumana, sucede el hijo lleno de savia nueva y de fuerza vital (Moret).

Es la eterna lección de la vida, que se repite en todos los pueblos primitivos: el Osiris egipcio tiene su equivalente en el Dummuzi de los sumerios, en el Adonis de los sirios, en el Dioniso de los griegos... Más tarde, como escribe Luis de Zulueta, Jesús, haciendo de sí mismo la Santa Víctima, no hace sino dar al viejo símbolo un sentido más profundo, más interno, más ideal. *Quien ama su alma, la perderá*, afir-

ma el Evangelio; esto es, el sacrificio es la condición de toda obra duradera. ¿Por qué en la primavera los campos se cubren de un lozano verdor? Porque allá bajo la tierra, la semilla escondida, silenciosamente, supo morir para después resucitar. Esta es la enseñanza de la Naturaleza, que Jesús convirtió en parábola del espíritu. *Hay que renacer de nuevo; por la muerte a la vida; por el dolor al amor; por la cruz a la luz: el mérito de las almas se mide por su capacidad de sacrificio.*

El poeta supo encerrar en la fórmula suprema de un dístico feliz esta luminosa enseñanza, cuando dijo con fervorosa inspiración:

*Hay que vivir la vida de tal suerte,
que la vida no acabe con la muerte.*

LUIS HUERTA



Se ha puesto a la venta

REJAS ADENTRO

Formidable novela social y psicológica
de

RAMÓN MAGRE

Un tomo de 208 páginas, con cubierta a tres tintas, **2 pesetas.**

Pedidos mayores de dos ejemplares, el 25 por 100 de descuento.

EDITORIAL VÉRTICE

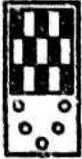
Entenza, 98. — BARCELONA

Se sirven ejemplares por mediación de ESTUDIOS, Apartado 158, Valencia.

Toda la correspondencia, giros, certificados, valores, etc., diríjense de la siguiente forma:

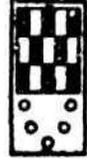
Sr. D. J. Juan Pastor

Apartado 158. — VALENCIA



Oteando en la Historia

La Arquitectura y la Imprenta



Uno de los deseos que más inquietan al espíritu humano es el de materializar las creencias, las ilusiones y las ideas.

Desde los más remotos tiempos, desde su infancia primitiva, la Humanidad, en todas las latitudes terráneas, viene, a través de formas mil, plasmando, materializando y exponiendo sus inquietudes espirituales.

Desde las inexpresivas y rudimentarias pinturas del troglodita, encontradas en cavernas prehistóricas por exploradores y geólogos, y catalogadas por la Arqueología, en que se esbozan siluetas de animales contemporáneos del hombre de aquellas remotas épocas, hasta un lienzo de Rafael, una escultura de Miguel Ángel o un cuadro de Velázquez, el hombre ha pugnado siempre por plasmar, en forma indeleble y en duradera materia, sus creencias, sus ilusiones, sus inquietudes espirituales y sus múltiples ideas. Y en este saludable y constante esfuerzo de la criatura humana por expansionar en el arte su inquieto espíritu, ha operado en todo tiempo y toda manifestación el loable deseo de eternizar la obra.

Así, la materia más propia, por sus condiciones de solidez y duración, donde grabar pudiera el hombre sus inquietudes espirituales con tendencia a eternizarse, antes de generalizarse el uso de los metales para las obras de arte, fué la piedra.

Es la piedra el documento prehistórico e histórico más patente, más indeleble y más elocuente que escribir pudiera el ser humano. Ninguna cronología supera, ni en extensión, ni en exactitud, ni en belleza, a la que la piedra ofrece.

Desde el hacha de sílex, herramienta primitiva, pasando por el dolmen o el cromlec celtas, la pagoda de Eklinga, el Rhamseion de Egipto o el templo de Salomón, hasta la romana catedral, existe una vasta y enorme crónica del humano pensamiento, categórica y maravillosamente compaginada.

Luego, viene la decadencia plasmada en la arquitectura románica al soplo del Cristianismo, formando una nueva Roma sobre las ruinas de la Roma antigua que yace derruida alrededor del Capitolio.

Aquí se halla el ocaso de una civilización y el oriente de otra. Es el eterno declinar y renacer del espíritu de las colectividades humanas. Aunque, esta criatura arquitectónica que renace, es endeble, raquítica y de muy pocas calorías.

Mas como quiera que ello sea, presentando, ora más virtud y más pujanza, ora menos, el espíritu humano a través de las épocas, siempre resultará incólume e intangible la crónica de la inmensa historia escrita por las generaciones en el gran libro de piedra. Cada inclinación temperamental, cada estado sentimental, religioso y moral de las colectividades humanas, en todas las latitudes del terráqueo páramo tiene, o ha tenido, su genuína representación en los monumentos y catedrales, esto es: en las sólidas y extensas páginas del pétreo e inmenso libro.

Primero fueron fragmentos de roca, que al natural eran colocados en determinados sitios, los que representaban el estado de alma de los seres. Después era una piedra puesta en pie, esbozada ya en determinada forma, la que simbolizaba la inquietud humana. Luego el dolmen, el cromlec, el túmulo o el galgal. Más tarde, los jeroglíficos grabados en las caras de la caliza o del granito, de monumentos o iglesias rudimentarias, expresaban ya una psicología más complicada, compuesta y enigmática. Al jeroglífico sucedió el símbolo, tomando posesión de las fachadas y altares de edificios sagrados; y a éste siguió la copia de la Naturaleza y del ser humano, eternizados en bellas y memorables esculturas.

La Arquitectura, como las lenguas, se ha formado poco a poco, partiendo del garabato inexpresivo, pasando por el alfabeto, la forma-

ción de sílabas y de palabras y la articulación de éstas, hasta llegar a una sintaxis capaz de expresar la mayor parte de situaciones espirituales, para culminar más tarde en inmensa y variadísima fonética, y en sutil y rica literatura.

* * *

La Humanidad, en arte como en todo, en su eterno andar a través de las edades, parte de la Naturaleza con su instinto, para volver, con su inteligencia, a la misma.

Así, partiendo nuestro antepasado troglodita de los groseros dibujos que tratan de reproducir a sus contemporáneos animales y de la piedra al natural o sin labrar, pasa por estados de confusa situación espiritual, representada por jeroglíficos y símbolos, para volver a la Naturaleza claramente asimilada y conquistada.

Mientras el hombre primitivo trata de reproducir los animales y la flora silvestre o reproducirse a sí mismo con sus rudimentarias pinturas o esculturas, está todavía en el seno de su madre la Naturaleza, pero cuando se extravía con los jeroglíficos y los mitos debido a sus confusos sentimientos religiosos se ha salido de ella y vuelve a encontrarla reproduciendo paisajes, con el humano retrato, con la Venus de Milo o la escultura anatómica.

Considerada la Arquitectura en su aspecto general a través de los tiempos, puede decirse que, del fanatismo ignorante, hijo del miedo primitivo del hombre a los elementos naturales, cuya filiación desconoce en absoluto, representado por la simple piedra puesta en pie, por los jeroglíficos y los mitos, pasa por las licenciosas esculturas de las no menos licenciosas aristo- cracias antiguas, egipcias, griegas y romanas, prendidas en paredes y fachadas de soberbios templos y palacios, haciendo luego estación larga en la Edad Media, cuyo estilo románico representa, sin ambages, la unidad papal, la firmeza y el dogmático absolutismo de Gregorio VII.

Del estilo románico se pasa al gótico, mediante los procedimientos constructivos de la escuela románica borgoñona, perfeccionados por los cistercienses, cuyo espíritu racionalista y ecléctico prepara y llama al Renacimiento, que, aunque débil y enclenque, como dije antes, no deja de ser, por eso, un medio práctico de estudio y libre examen.

Hasta este momento histórico el hombre no se había asomado todavía a su interior; había sólo mirado a su exterior, y por eso levantó tantos templos a múltiples divinidades discordantes, y aun contradictorias entre sí, ignorándose a sí mismo, sin tener apenas conciencia de su existencia espiritual y moral.

El libro de piedra, con ser tan expresivo, extenso y elocuente, no adoctrinó bastante al hombre.

* * *

Otro libro hacía falta, y lo encontró el hombre con el papel y la tinta.

El laudable acontecimiento de Maguncia, que significa el nacimiento de Gutenberg, que, ya que no fué el inventor de la imprenta, como se cree comúnmente, porque ya existía antes de su nacimiento, perfeccionó la prensa y el sistema de impresión, y dió, con ello, lugar a que la Humanidad pudiera hacer aventajado uso, en beneficio de la ciencia y la cultura en general, de tan maravilloso invento.

Y al enormemente costoso y caro libro de piedra, que necesitó, a veces, años, y aun siglos, para componer algunas páginas, con fabuloso consumo de millones monetarios, ha sustituido el frágil, ligero y fluídico libro de papel y tinta. Y este libro de papel, mucho más fácil de entender y asimilar que el granítico libro, empuja insistentemente al hombre a inclinarse hacia sí mismo para mirarse en su interior, y de esta sana visión resultará, a la postre, una aproximación incesante y ascendente de la criatura humana y la noble y acogedora Naturaleza.

Para saber, pues, que el camino que conduce directamente a la Naturaleza está emprendido y que por él camina el hombre a pasos agigantados, basta observar cómo son los edificios modernos de abundantes en soberbios ventanales por los que entra a pródigos raudales el aire higiénico y el sol vivificador.

Al boato ornamental de la arquitectura antigua de angostos interiores se opone, con ventaja manifiesta, la sencilla, graciosa e higiénica arquitectura moderna, como a la antigua literatura mitológica, épica, caballeresca y altisonante, la reemplaza la literatura humanizada, sencilla, generalizadora y psicológica.

La imprenta, con el inconmensurable curso de la infinidad, magnitud y rapidez de

los medios de comunicación y difusión, ha realizado el milagro de que el hombre se haya hallado a sí propio, llevando a la arquitectura desde un orden puramente mitológico y contemplativo hasta el dominio humano, social y

práctico de la profilaxis, la higiene y la salud sin menoscabo del arte que cada día plasma, en mayor grado y mejor fidelidad en todas sus modalidades, a la Naturaleza circundante y a la criatura humana.

RAMÓN VAQUER



MUNDOLOGÍA



Un aparato para calcular la hora de cualquier lugar del globo

Se da con frecuencia que los periódicos anuncian hechos sobrevenidos en alejados puntos del globo, indicando la hora del lugar en que han ocurrido, y para encontrar la hora de París, por ejemplo, correspondiente al momento hay que efectuar un cálculo basado en la combinación de los horarios.

Los aficionados de la radio también tienen interés en poder transformar los horarios de los conciertos de los países extranjeros para las estaciones que no se hallan comprendidas en los periódicos especiales al objeto de saber la hora precisa de las emisiones. Para los marinos, los navegantes, aviadores, etcétera, el problema es idéntico.

He aquí, pues, un aparato que bajo la forma de un cilindro pequeño, que puede muy bien llevarse en el bolsillo, permite encontrar inmediatamente la solución de numerosas cuestiones de ese género. Se compone de una caja cilíndrica llevando las cifras de 1 a 24, representando las veinticuatro horas del día. Por otra parte, el tope lleva una graduación correspondiente a los veinticuatro apartados en que la superficie del globo terrestre ha sido divididas.

Se sabe que todas las localidades situadas en un mismo apartado tienen la misma hora y que de un apartado a otro la diferencia es de una hora.

Suponiendo, por ejemplo, que sean las seis de la mañana en París, se puede hallar rápidamente la hora que es al mismo tiempo en las otras localidades del globo. Para ello basta con girar el tope del aparato hasta colocar el apar-

tado en que se encuentra Francia, correspondiendo con la hora de que se trata de entre las graduaciones del cilindro se constata entonces que son las siete en Berlín, las ocho en Petrogrado, las quince en Tokio, las veintidós en San Francisco, etcétera.

Concerniente a los minutos puede hallarse automáticamente, puesto que si, por ejemplo, son las seis y veinte minutos en París, basta con añadir veinte minutos a las horas correspondientes indicadas para las otras localidades.

Además, se sabe que dirigiéndose hacia el este, o sea hacia el sol levante, se gana una hora por apartado, y que por consiguiente después de haber dado la vuelta al mundo se ha ganado un día en el calendario. El aparato de que hablamos permite el conocer ese avance por medio de una operación excesivamente simple. Nada más fácil, además, que tener en cuenta también la hora de verano, puesto que sólo se tiene que suprimir una hora de la hora inicial para recaer en el caso general. Del mismo modo se puede comprender por qué un telegrama expedido en Tokio un jueves a las seis de la mañana puede ser recibido en París en el miércoles a las veintidós, o sea antes de haber sido transmitido, aparentemente.

Como se ve, este aparato práctico tiene aplicaciones que pueden ser interesantes para todos.

Una ventaja para las dactilógrafas

Escribir a máquina durante todo un día de trabajo es una tarea mucho más pesada de lo que nos imaginamos. Inclínala sobre la máquina o sobre el documento de copia, la dacti-

lógrafa pronto se resiente de los dolores de la espalda. Generalmente, mal alumbrada, porque la lámpara, colocada al otro lado de la máquina, le envía directamente sus rayos, y para colmo, obligada a tener que fijarse constante y sucesivamente en el documento y la copia, la dactilógrafa termina a la larga por sufrir de los ojos. Es evidente que la rapidez del trabajo que hace tiene también que resentirse por las malas condiciones en que tiene que efectuarlo.

Se ha tratado, pues, de disminuir esta fatiga, y para ello se han imaginado dispositivos destinados a colocar el documento bien enfrente de la dactilo y en plena luz. Este que describimos a continuación es uno de ellos.

El aparato se compone de dos cuadros metálicos en ángulo recto. En el cuadro horizontal colócase la máquina de escribir; el vertical lleva un sistema de rodillo, utilizado para colocar la hoja de copia. La cabeza del porta copias siendo horizontal deja libre la abertura por la cual se introduce la hoja, y por medio de una ruleta se lleva la primera línea del texto hasta por encima de la placa que tapa esa abertura. Basta entonces con apoyar el borde de una palanca que se presenta precisamente al lado del resorte que marca los espacios para que el texto de copia se vaya presentando línea por línea.

Si se trata de un fragmento de estenógrafo se disponen algunas hojas en la misma forma que dejamos dicho, se levanta el porta copia y el fragmento se presenta exactamente por encima de la máquina. Se puede colocar también fácilmente un registro en el aparato.

Por fin, un brazo flexible soporta una lámpara horizontal, orientable a gusto de uno, de forma que la máquina y la copia se encuentren perfectamente alumbradas. Así, pues, no más fatiga inútil, no más tiempo perdido para leer el documento de copia, no más cansancio de la vista y, por consiguiente, mejores condiciones de trabajo y más rendimiento: tales son las ventajas de este aparato verdaderamente práctico.

Hacia la luz más económica

El ingeniero electricista señor A. Grebel, que es una autoridad reconocida en materia de alumbrado, ha hecho las siguientes mani-

festaciones que bien podrían servir de base para una renovación del alumbrado por oxidación (combustión):

«Los ingenieros del alumbrado aceptan con una resignación fácil, el entierro del alumbrado de gas o combustibles líquidos.

Yo no quiero hablar de la posibilidad de aumentar el rendimiento del alumbrado por incandescencia efectuando la combustión no por presión atmosférica con gas a base de presión, sino bajo algunas atmósferas con gas y aire comprimido. Esta solución de la que ya he hablado hace veinte años, actualmente es realizable, gracias a los progresos de la fabricación de vidrios, pero los gastos que requiere, no serían quizás recompensados con el aumento de la «eficiencia» (rendimiento luminoso).

Hace ya tiempo se sabe que los lampiros y algunos otros insectos emiten radiaciones que casi en su totalidad están comprendidas en los límites del espectro visible. Ahora se sabe que esta luz es producida por la oxidación de la secreción de algunas de sus glándulas. La materia constitutiva de ésta puede ser aislada y conservada después de la desecación sin que pierda sus propiedades hasta el cabo de un cierto lapso de tiempo.

Puede calcularse que:

Un mechero de incandescencia por gas, da 0'2 bujías-hora por caloría;

Una lámpara eléctrica de filamento metálico en atmósfera gaseosa, da 2'3 bujías-hora por un vatio-hora 16 o una caloría;

Un insecto luminiscente da unas 100 bujías-hora por caloría.

¡Luego existe en la Naturaleza un modo de producción de luz teniendo un rendimiento cinco veces mejor que el de la incandescencia Auer!

Si dispusiera del debido tiempo, habría de emprender el estudio químico-biológico de las secreciones fotógenas de los insectos y de la modalidad de oxidación de dichas secreciones.

Yo no quiero decir que oxidando muy lentamente y a baja temperatura, el gas de hulla o el gas de agua siguiendo un nuevo proceso, en lugar de hacerles sufrir una combustión ordinaria, se podría, con cuerpos selectivos, hacerles producir una luz fría. Esto sería una infantilidad. Pero la química bioló-

gica, en defecto de la química mineral, podría acaso darnos el medio de realizar fuentes de débil «brillantez» poderosas y económicas,

superiores a los arcos, a las lámparas de filamento incandescente y a los tubos de luminiscencia eléctrica.



La reforma sexual



Algunos lectores me piden detalles sobre la organización de la "Liga Mundial por la Reforma Sexual sobre una base científica", sobre las personalidades que la componen, su forma de actuación y los medios de que se vale para realizar su obra, y yo me he impuesto la tarea de satisfacer estas legítimas aspiraciones.

La "Liga Mundial por la Reforma Sexual" está presidida por los eminentes profesores señores Havelock (U. S. A.), Magnus Hirschfeld (Alemania) y Augusto Forel (Suiza). Su Secretario general es el doctor J. H. Leumbach, 39, Stockhohuage, de Copenhague (Dinamarca), a quien debe dirigirse toda la correspondencia.

Esta Liga cuenta al presente con la adhesión de gran número de sabios, escritores, políticos, artistas, etc., de entre los cuales revelaremos los nombres de Bernard Saw, Margaret Sauger, Olliver Baldwin, Fannie Hurts, doctor James Young, Frank Swinnerton, Sylvia Pankurst, doctor J. W. Robinson, profesor Julián Huxley, H. J. Wells, doctor Schmalhausen, profesor C. G. Seligman, doctor Abraham Stone, Upton Sinclair, J. B. Prietsley, Harold F. Rubinstein, profesor A. H. Gardiner, Gérard Gould, Lord Ivor Spencer Churchill, etc., etc. En el Comité Internacional figuran: por Francia, Víctor Margueritte, G. Hardy y Eugenio Humbert.

La Liga tiene corresponsales: en Alemania, a la doctora Helena Stocker; en Inglaterra, al doctor Norman Haire; en Bélgica, al doctor Fernando Mascaux; en España, al doctor Isaac Puente; en la India, R. D. Kervé; en Suiza, Henry Gachter, etc., etc.

Para facilitar la acción en los países de lengua francesa y permitir a todos los simpatizantes obrar eficazmente, Eugenio Humbert ha fundado, bajo la presidencia de honor del célebre escritor Víctor Margueritte, "Pro Amor", Liga de la Regeneración Humana", sección francesa de la Liga Mundial por la Reforma Sexual. El Comité director está así constituido: Presidente, doctor Pierre Vachet, profesor de la Escuela de Psicología; Secretario general, Eugene Humbert; Secretario adjunto, Alejandro Croix. El domicilio social de la Liga es: 27, rue de la Duée, París XX^e, a donde deberán dirigirse las adhesiones. El Tesorero es M. Pierre

Rognard, 1, rue Nicolo, París XVII^e. La cotización anual es de 12 francos.

"Pro Amor" se propone emprender una vasta campaña de propaganda en periódicos y folletos, conferencias, y la fundación de grupos de adherentes en las provincias y las colonias. Tan pronto como sus recursos lo permitan, la Liga publicará un boletín, que tendrá a sus miembros al corriente de los trabajos en ejecución, de las iniciativas y proyectos de propaganda. Se encaminan los esfuerzos a la creación de una editorial.

Que todo hombre o mujer que reconozca la utilidad de la acción en pro de la reforma sexual, encaminada a libertar al hombre y a la mujer del contrato hoy impuesto por el oscurantismo y la autoridad, envíen cuanto antes su adhesión y recomienden a sus amigos hagan lo propio. Se ha abierto una suscripción, y en ella se recibirá con gratitud todo óbolo, de cualquier importancia que sea. De la ayuda que a esta iniciativa presten todos los simpatizantes dependerá la robustez de la Liga "Pro Amor", y que tengan realidad nuestros esfuerzos, a la par que se activará la difusión de las teorías preconizadas por la Liga Mundial por la Reforma Sexual sobre una base científica. Hacemos una apremiante llamada a todos en este sentido.

Tenemos ya recibidas vivas y calurosas adhesiones de escritores y hombres públicos que se interesan por nuestro movimiento.

Aumenta sin cesar la cifra de las enfermedades venéreas; la espantosa mortalidad infantil, que sangra a nuestro país; el abandonamiento de niños; los abortos, cada día más numerosos; la multiplicidad de atentados perpetrados por las anormalidades sexuales; la frecuencia de dramas pasionales; la desviación exacerbada y delincuencia de los instintos, demuestran elocuentemente la imperiosa y urgente necesidad de una educación sexual sistemática y racional en Francia, desligada de toda vana hipocresía y de todo prejuicio homicida. Sobre este punto, de importancia fundamental, nos encontramos muy atrás con respecto a otras naciones, principalmente Alemania e Inglaterra, pues en estos dos países el azote sifilítico y la mortalidad infantil están casi conjurados.

El doctor Pierre Vachet, que a su talento elocuente une la excelencia de una argumentación substancial emanada de curiosas observaciones personales, ha dado en estos últimos dos meses una serie de conferencias sobre la educación sexual bajo la protección de *Vivre Integrament*, la muy interesante revista naturalista, fundada por M. K. de Mongeot.

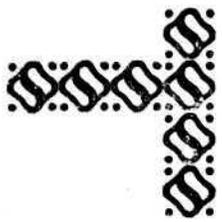
En el curso de estas conferencias el orador abordó francamente los más graves y delicados problemas. Demostró el interés capital que tiene para los niños una instrucción progresiva y simultánea de los fenómenos de la generación y de la evolución del instinto sexual sin el socorro pueril de cuentos desusados. Pintó luego las consecuencias que para los adultos tiene el desconocimiento de las cosas del amor y de la sexualidad, normalmente, y dentro de

una exposición clara y precisa, señaló los lazos del peligro venéreo y sus consecuencias nefastas.

No haremos aquí un informe detallado del desenvolvimiento científico relatado por el doctor Pierre Vachet, pero sí diremos que estos verdaderos cursos de educación sexual han obtenido el más grande éxito y fueron seguidos con toda atención. Es en aquellos momentos donde se veía bien en el público su deseo de instruirse acerca de asunto tan primordial con el fervor y la disposición mostrada al escuchar los consejos ilustrados que aportan indisolublemente el saber y la experiencia.

JEANNE HUMBERT

De La Voix des Femmes.



La obtención de la Verdad



La comprensión de la Verdad nos llega por la plenitud de la vida, y por darle la más amplia perspectiva para su expansión es como se obtienen la liberación y la felicidad. Quiero hacer de esto la base de todo pensamiento y de todo sentimiento, porque yo sostengo que la liberación es la meta que ha de alcanzar toda la humanidad. Cuando hayáis visto esa meta, ya seáis artistas, músicos, estadistas o educadores, crearéis bajo la sombra de la eternidad y no a la sombra de lo manifestado. La mayor parte de las gentes del mundo están enredadas en el presente porque no quieren llamar al futuro. El presente es un inmenso fantasma y en su sombra crean sin comprender lo eterno.

Había una vez un hombre que deseaba comprender la verdad. Fuése a buscar un gurú, un maestro, y preguntóle si podía tomarlo por discípulo. El gurú respondió: "No tengo tiempo que dedicarte, así es que hazme el favor de marcharte". Y el hombre se fué, pero regresó al poco tiempo y pidió al maestro que lo tomase y le enseñara el camino hacia la verdad. Volvió a decirle el maestro: "No tengo tiempo que dedicarte, haz el favor de irte". Pasó algún tiempo y el buscador de la verdad persistió en su demanda. Y el maestro le dijo: "Ven conmigo", y llevólo a un estanque cercano lleno de

agua. Entraron ambos en el estanque y el maestro mantuvo al aspirante debajo del agua por largo tiempo. Cuando estaba a punto de ahogarse, el maestro lo soltó y le preguntó qué era aquello que más deseaba cuando estaba debajo del agua. El hombre replicó que lo que más había deseado era el aire. El maestro dijo: "Cuando tu anhelo por la verdad sea tan desesperado como tu deseo de aire, la obtendrás".

Quiero despertar en vosotros el mismo ardiente deseo, el mismo anhelo de alcanzar la Verdad, que tiene el que se está ahogando, por el aire. La Verdad sólo puede ser alcanzada cuando deseáis llevar la vida, y no evitarla o temerla; cuando no la evitáis o la retorcéis, o tratáis de guardarla en el encierro de las comodidades y de la existencia fácil, sino que deseáis el dolor, el placer, la pena y el gozo, y los dejáis que llenen vuestro corazón hasta desbordarlo.

Mientras que vuestra meta sea irreal, la Verdad será igualmente irreal, y así creáis barreras innumerables entre vosotros y la eterna meta. Porque en cada mente existe el deseo de evitar las experiencias de la vida, se levanta la ilusión del bien y del mal. Todas las religiones sostienen que, conquistando esto y evitando la tentación, podréis comprender la verdad, que por hacer el bien podéis esperar el entrar en los

cielos. Para mí, eso es la evasión de la vida más que su plenitud. Una vez que hayáis establecido por vosotros mismos lo esencial que es la búsqueda de la verdad, todo lo demás se hace poco esencial e inútil y la tentación deja de ser un problema.

Para ayudar a los hombres a vencer la tentación, se han establecido fundaciones basadas en creencias, dogmas y temores. Una araña teje su tela con exquisito cuidado y delicadeza; pero cuando el viento se agita, la intrincada red es destruída en un instante; así ocurre cuando soplan los huracanes del dolor y la tempestad de la duda estalla: aquello que habíamos creado para conquistar la tentación, es destruído y desaparece.

Tenéis innumerables teorías y credos, y, sin embargo, cuando se os muere alguno a quien amáis, os viene una inmensa soledad: vuestras teorías, vuestras doctrinas no llenan de ninguna manera ese vacío. En tanto que, si tratáis cada incidente como un paso hacia la plenitud de la vida, como una experiencia que os permita crecer y aproximarnos a vuestra meta, entonces llamáis todas las cosas a vuestro corazón, el dolor y el placer y lo que os parece bien y mal.

Las gentes se ocupan de la política, de la educación, del servicio y de las innumerables actividades que les ayudan a olvidarse de sí mismos; pero yo sostengo que, cuando la vida interna no se ha llenado, cuando a esa vida no se le ha dado toda amplitud para su desarrollo, hay solamente la certidumbre del dolor y la miseria. Para completar la vida, debéis recibir bien y meter en vuestro corazón toda experiencia, por desagradable o deliciosa que sea. No puede haber otra meta para la humanidad que la plenitud de la vida, la que sólo puede llegar si sois por completo vuestros propios amos, si no dependéis de autoridad externa, o del apoyo de las religiones, o de la evitación de las tentaciones.

Como baja la lluvia sobre las tierras abrasadas, así es presentada la Verdad ante vuestra mirada. Y así como la lluvia de nada sirve en las tierras que no están preparadas, talmente la Verdad no hará crecer su semilla en vuestra mente y en vuestro corazón, si no hay en vosotros mismos la lucha para dar a vuestra vida su plenitud.

Para mí, la única meta, el único mundo que

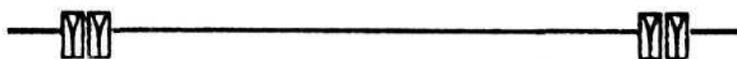
es eterno, que es absoluto, es este mundo de la Verdad. Este mundo no se nos impone, no puede ser discutido, ni se puede emitir sobre él una opinión. Pero si habéis preparado el suelo y queréis sembrar las semillas de la Verdad, con cuidado y deleite exquisitos, entonces, por vuestros propios pasos, entraréis en este mundo. Al presente, la verdad, la felicidad y la libertad de la vida son solamente palabras, a las que daís vuestra personal interpretación, amplia o estrecha, agradable o desagradable. Yo quiero crear tan ardiente deseo en vosotros de encontrar la Verdad, que la única cosa que es eterna permanecerá y todo lo demás será barrido como una nube por el viento.

El deseo de ser vuestro propio amo, sin descansar sobre autoridad alguna, ni construir sobre esperanzas, ni de escapar del temor, ni de evitar las tentaciones, sino de trascenderlas, es ajeno a la mayoría de las gentes. Casi todos vosotros estáis siendo llevados hacia el cielo por la engañosa esperanza que se os mantiene delante; pero no hay cielo ni esperanza en él en sentido absoluto; éstas son creaciones de la mente de los hombres, y por eso no pueden tener el sello de la eternidad.

Debéis ser discípulos verdaderos de la eterna Verdad, discípulos llenos de comprensión, y no simplemente imitadores que repiten las ideas o las palabras de otros. Sed creadores de vuestra propia vida sin forma. Las gentes, en su mayoría, adoran una idea y se apegan a su forma, y se olvidan del inmenso mundo que vive tras de todas las formas; no se trata de un mundo misterioso o escondido, sino de un mundo que existe dentro de cada uno de nosotros y que es encontrado sólo por cada uno.

Cuando la vida no está llena, hay sitios vacíos, y tales sitios vacíos producen torbellinos de dolor y de sufrimiento y lucha constante. Al llenar esos espacios vacíos es cuando la vida fructifica.

J. KRISHNAMURTI



Si en la localidad en donde reside no hay corresponsal de esta Revista, facilítenos una persona solvente que se encargue de su venta, o conviértase usted mismo en corresponsal, recomendándola a todas las personas amantes del estudio.



Una página maestra



De la elección de amigos



Escríbeme que has entregado cartas para mí a un tu amigo, y me encargas que nada le diga de lo que te atañe, porque así acostumbras a obrar con él. En una misma carta lo confiesas y niegas por amigo. De creer es que has usado la palabra según se acostumbra, y que le llamas amigo de la misma manera que llamamos hombres honrados a los que aspiran a las dignidades, y damos el nombre de señor al que encontramos, si no recordamos al punto su nombre. ¡Pase por esto! Pero si tienes un amigo en quien no confíes tanto como en ti mismo, o te engañas profundamente, o no conoces la suerte de la verdadera amistad. Examina todas las cosas con tu amigo, pero ante todo examínale él. Después de la amistad, todo se debe creer; antes, todo debe deliberarse. Gentes hay que, invirtiendo el orden, y en contra de los preceptos de Teofrasto, examinan después de amar y cesan de amar cuando han examinado. Medita largamente si debes recibir en amistad a alguno, y cuando hayas resuelto hacerlo, recíbele con el corazón abierto, y háblale con tanta confianza como a ti mismo. Vive, sin embargo, de tal manera, que no hagas nada que no puedas decir a tus propios enemigos; pero, fuera de ciertas cosas que la costumbre ha hecho secretas, debes comunicar a tu amigo todos tus pensamientos y todos tus cuidados. Le harás fiel, si le consideras fiel. Inspira deseos de engañar el temor de ser engañado, y parece se concede

el derecho de cometer falta a aquel que se supone capaz de cometerla. ¡Cómo! ¿He de contener mis palabras en presencia de mi amigo? ¿Por qué no he de considerarme solo cuando estoy con él? Personas hay que cuentan a todo el mundo lo que solamente a los amigos debían confiar, y descargan lo que les oprime en los oídos del primero que encuentran; otras, por el contrario, se ocultarían de buen grado a sí mismas, y no se atreverían a descubrirse a sus mejores amigos, y en su interior encierran todos sus secretos. Necesario es evitar ambos extremos; porque tan vicioso es confiar en todos como no confiar en ninguno; pero el uno es más honesto, el otro más seguro. Igualmente reprenderías a quien se agitate continuamente como a quien permaneciese en perpetuo reposo; porque, a decir verdad, la actividad que se agita tumultuosamente no es otra cosa que comezón de espíritu inquieto; y el reposo que no puede soportar ninguna agitación, no es quietud, sino flojedad y languidez. Graba en tu memoria esto que leí en Pomponio: "Personas hay que tanto se han hundido en la oscuridad, que todo lo que es luz les parece turbación." Estas dos cosas deben tomarse alternativamente: el trabajo cuando se ha descansado, el descanso después de trabajar. Consulta a la Naturaleza y te dirá que ha hecho el día y la noche. Adiós.

SÉNECA



**Divulgaciones
médicas**

Cómo se evita y cómo se cura la sífilis

(Continuación)



La sífilis hereditaria

La sífilis de los padres se transmite a los hijos por vía hereditaria. El hijo engendrado por padres sífilíticos es probablemente sífilítico y sufre todas las consecuencias de la enfermedad como si la hubiera tomado directamente.

Las condiciones en las cuales se produce el contagio hereditario son muy variadas y están en relación con la situación misma de los padres — padre y madre — con respecto al período de la enfermedad.

Si la sífilis del padre está en su período primario, esto es, de chancro, como la infección está localizada todavía, el esperma no es virulento, y no puede transmitir la enfermedad directamente al nuevo ser que va a formarse. Pero el chancro infectará a la madre por el contacto sexual, y el organismo materno tendrá al cabo de cierto tiempo—siempre menor que la duración del embarazo—una sífilis que se transmitirá al nuevo ser antes que nazca.

Si la sífilis del padre está en período secundario, que es, como ya lo sabemos, el período más contagioso, la infección del niño que va a formarse es segura, pues será contagiado por su madre, hecha sífilítica, o tendrá directamente el contagio del esperma del padre, que en el período secundario es virulento.

En el período terciario, las probabilidades del contagio son menos numerosas; pero si el niño no nace siendo un sífilítico, puede nacer hecho un degenerado, por las razones que daremos luego.

En lo que se refiere a la *madre sífilítica*, como se comprende, las condiciones no varían, y aun se puede afirmar que en la gran mayoría de los casos es siempre por intermedio de la madre que la sífilis se transmite al niño.

Veamos ahora en qué condiciones nace un niño cuyos padres le han transmitido la enfermedad.

Hay dos formas de herencia sífilítica.

En la primera forma, el niño nace sífilítico, propiamente dicho. Su cuerpo contiene millares de millares de spirochaetas, que se encuentran alojadas en su sangre, en el tejido de sus órganos más importantes e indispensables para la vida. La sífilis puede desarrollarse en él antes de nacer (sífilis fetal); poco después de nacer (sífilis hereditaria precoz), o mucho tiempo después de haber nacido, ocho o diez años, o más (sífilis hereditaria tardía).

Las lesiones son entonces idénticas a las que produce la sífilis adquirida en el adulto, y, como en éste, se asientan en la piel, en los huesos, en los órganos profundos, etc.

Con gran frecuencia, el débil organismo embrionario no resiste la infección que le ha sido transmitida por sus padres, y la muerte se produce antes del término del embarazo. Así tiene lugar el *aborto* o expulsión prematura del embrión.

Los abortos repetidos en la madre son la señal más característica de la sífilis de los padres. Su frecuencia es aterradora. Si el padre solo es sífilítico, y ha contagiado su sífilis al niño sin que la madre presente signos evidentes de la infección, se produce alrededor de treinta abortos por cada 100 embarazos.

Si la madre es sífilítica, sin serlo el padre, se producen 60 abortos por cada 100 embarazos.

Si el padre y la madre son a la vez sífilíticos, se producen 90 abortos por cada 100 embarazos.

En la segunda forma de herencia, el niño no nace un sífilítico, pero nace un degenerado. Su cuerpo no contiene spirochaetas, pero como el organismo de sus progenitores ha estado enfermo, atacado y lesionado por ellas, es débil y deformado, presentando entonces estigmas de degeneración, *estigmas de sífilis hereditaria*, como se dice en Medicina.

Los niños nacidos en tales condiciones, pre-

sentan el aspecto de verdaderos degenerados. Su talla es reducida, el tórax estrecho; la frente, muy saliente, ha recibido el nombre de *frente olímpiana*, por cuanto los dioses del Olimpo eran figurados con frentes prominentes por los antiguos griegos; los dientes son deformados en manera variada y característica. La resistencia a las enfermedades comunes está muy disminuída, de tal manera, que son estos niños los primeros en pagar tributo a las epidemias y engrosar las listas de defunciones en las epidémicas.

Una gran parte de las enfermedades nerviosas que se desarrollan tardíamente en el adulto, tiene su origen, seguramente, en la sífilis hereditaria.

Todos estos trastornos producidos en los hijos de padres sífilíticos, pueden evitarse o atenuarse, si éstos se tratan convenientemente antes de engendrarlos.

Importancia social de la sífilis

La sífilis puede ser considerada como una de las plagas más terribles que azotan a la humanidad. Con la tuberculosis, representa, sin duda, las dos principales causas de degeneración de la especie, cuando no su destrucción lenta y segura.

Tres características de la enfermedad hacen de ella un verdadero mal social, a saber:

Los daños irreparables que ocasiona en los organismos atacados.

La posibilidad de transmitirse por herencia. Su gran frecuencia.

Hemos insistido ya sobre las dos primeras condiciones enunciadas. La enfermedad, adquirida directamente o transmitida por vía hereditaria, posee sobre el organismo un poder destructor enorme. No hay tejido que resista la acción nociva de las *spirochaetas* y de sus toxinas. Los órganos más nobles son directamente atacados, produciéndose su destrucción más o menos total. En la gran mayoría de los casos, sin la intervención oportuna de un tratamiento apropiado, la invasión de los agentes infecciosos terminaría rápidamente con la vida. Pero si su acción deletérea puede ser yugulada en esa forma, se produce a menudo, a pesar de todo, lesiones más o menos importantes que perturban para siempre la vida del ser y actúan toda-

vía sobre los organismos que de él descienden o que con él están en relación. La acción de la enfermedad se ejerce, pues, en la especie, ya sea directamente o a través de las generaciones. ¿Cuál es su límite?

Se habla en Medicina de la sífilis de tercera generación, esto es, de sífilis que se ha transmitido de los padres a los nietos a través de los hijos. El hecho es posible, como se comprende, ya que no hay razón alguna para que un sífilítico hereditario que posee en su organismo las *spirochaetas* que ha recibido por herencia no tenga la posibilidad de transmitirlos al ser que ha engendrado. Debe aceptarse, sin embargo, que esta transmisión de la enfermedad en *sustancia*, por decir así, es rara, pues la sífilis hereditaria tardía es terciaria, y ésta, como lo hemos dicho, es poco contagiosa. Pero si es poco probable que la sífilis se transmita en *sustancia* a la tercera generación, en cambio, la degeneración que la enfermedad produce sobre los organismos, en su forma y en su funcionamiento, se transmiten fácilmente, no sólo a los individuos de la tercera generación, sino también, seguramente, a los de la cuarta, y a los de muchas generaciones sucesivas, que reciben en esta forma, de sus antecesores, una herencia de disminución en las energías totales de la vida.

La enfermedad tiene, por otra parte, una enorme difusión. No hay pueblo de la tierra que no conozca actualmente los horrores de la terrible plaga, pues allí donde ha llegado por un instante el hombre civilizado, ha llevado consigo el germen inagotable de la infección, que se multiplicará después mil veces a través de millares de organismos. Son precisamente los pueblos primitivos los que sufren en forma más terrible los efectos de la enfermedad, pues ésta evoluciona en ellos con sus formas más virulentas y graves, repitiéndose así lo que pasa con la tuberculosis. Ello es debido a que los organismos vírgenes, los que no han recibido a través de las generaciones la infección de los generadores anteriores, no gozan de la relativa inmunidad de que disponen los que ya han pasado la infección. La sífilis es particularmente grave en las tribus salvajes que son atacadas por primera vez. Los indios y los negros de Africa son ejemplos bien demostrativos del hecho.

En nuestro país la sífilis es frecuente y gene-

realizada a todas las regiones de su vasto territorio. No escapan a sus terribles consecuencias ni los indios del Chaco o de la Patagonia, ni los pobladores rurales, ni los habitantes de las pequeñas poblaciones y de sus grandes capitales.

Ella no perdona edad ni sexo. Para la sifilítica, es lo mismo el cuerpo del niño que la recibe como herencia, el de la esposa que ha sido contaminada por su marido, o el de los seres gastados por la degradación y la orgía. En todos ellos, una vez que ha penetrado, se multiplica, pulula, destruye.

Precauciones relativas al medio

La sífilis es evitable.

La realización de las funciones sexuales del organismo es tan indispensable e imperiosa como la de las otras funciones generales; las de nutrición, por ejemplo. La abstinencia sexual es, pues, tan ilógica, y casi diríamos imposible, que no puede ser tomada como norma de conducta para evitar los males que de su realización dependen. Ahora bien; en las condiciones actuales de nuestro medio social, la satisfacción de tales funciones no puede ser obtenida sin graves peligros para el organismo, los que sólo pueden ser evitados mediante una precaución inteligente y constantemente mantenida.

La primera condición de éxito está naturalmente en el conocimiento pleno de los hechos, tal como puede ser obtenido de la lectura atenta de este librito, el cual sólo pretende adelantar, en buena parte, lo que la experiencia un poco tardía podría enseñar, cuando el mal fuera ya irremediable.

En una enfermedad tan difundida como es la sífilis, las probabilidades de contaminación y la manera de impedirla no pueden ser, naturalmente, determinadas de una manera absoluta. Puede establecerse, sin embargo, que ellas dependen de factores de diverso orden, entre los cuales debe contarse, sobre todo, el medio en el cual se actúa.

Cuanto más frecuentes y variadas son las relaciones sexuales de una mujer, más son las probabilidades de que adquiera la infección y la transmita.

Las mujeres que ejercen la prostitución en casas organizadas, ya sea en forma aislada o formando grupos, son examinadas por las auto-

ridades sanitarias. Semanalmente deben presentarse a la oficina correspondiente para recibir la visita médica y obtener el certificado de sanidad que las habilite para ejercer su profesión. Parecería a primera vista que este requisito hace, si no imposible, al menos muy difícil el contagio; pero, en realidad, no es así, y la experiencia de todos los días demuestra el poco valor que tienen estos certificados. Las dificultades del diagnóstico médico de la sífilis en las mujeres son a menudo muy grandes; las lesiones contagiosas pasan fácilmente desapercibidas al estar profundamente colocadas y disimuladas en los pliegues y recovecos que forman los órganos genitales en este sexo. Por otra parte, el examen debe ser realizado, a menudo, en malas condiciones, por médicos unas veces poco escrupulosos, y encargados, otras, de realizar un trabajo excesivo, que impide toda minuciosidad. Por lo demás, ya hemos dejado establecido que una mujer sana puede transmitir la sífilis en determinadas condiciones.

Las probabilidades del contagio se encuentran, sin embargo, disminuídas en estas mujeres, por el hecho de la inmunidad profesional. Un buen número de ellas son, en efecto, sifilíticas terciarias; pero esta circunstancia tiene sólo, como se comprende, un valor muy relativo.

El contagio es todavía más fácil en las relaciones con mujeres que ejercen libremente la prostitución, sin ser controladas por las autoridades sanitarias, las que pertenecen a la prostitución clandestina. En ellas reside, sin duda, la fuente más importante del contagio de la sífilis, ya sea que ellas acepten las relaciones sexuales permaneciendo en sus domicilios, solas o formando pequeños grupos, ya sea que concurren a sitios públicos, en donde encuentren sus clientes ocasionales. Las calles de las grandes ciudades, los llamados *pigales*, los *cabarets* o *cafés conciertos*, todas aquellas reuniones realizadas con el fin directo de proveer a las necesidades genitales de una población de tránsito o fija, ven pulular estas mujeres ofreciendo su cuerpo al primero que quiera pagarlo, cualquiera que sea su edad o condición. Cada mujer de éstas está, pues, noche a noche, en relación con individuos distintos. El contagio de la enfermedad se realiza fatalmente por su intermedio.

Las relaciones sexuales no deben ser mantenidas con esta clase de mujeres, sino cuando no pueden ser evitadas por cualquier circunstancia, y, en este caso, deben ser rodeadas de las más minuciosas precauciones.

Pero la prostitución, en el verdadero sentido de la palabra, está lejos de ser la única causa de la contaminación de la sífilis.

En cuestión de contagio de sífilis, nada es seguro, todo es posible.

No tratándose de una virgen, si la mujer es casada, la seguridad ha quedado anulada por el posible contagio del marido; si es soltera, por el contagio producido en una relación anterior.

(Continuará.)



En esta Sección publicaremos un juicio crítico de todas aquellas obras cuyos autores o editores nos remitan dos ejemplares.

Carteles de ayer y de hoy, por R. González Pacheco.—Un haz de gritos y protestas; un ramillete bien matizado, de ideas nobles y elevadas; un puñado, a manos llenas, de caricias y de esperanzas para los que sufren y luchan; una promesa que se hace realidad evidente, de un porvenir equitativo, feliz y justo. Eso nos traen en sus inspiradas líneas estos soberbios *Carteles* de Pacheco.

Si no fuera nada más que esto, si sólo se tratara de prosa de combate escrita en la brecha con viril ardimiento, valdría la pena por esos solos méritos, de saborear las páginas de este bello libro. Pero es más. No sólo lo hincha la pasión, la rebeldía, el espíritu varonil y tierno de un luchador generoso que sabe por qué fustiga y por qué besa, sino que, además, le atavía con su manto hechicero y delicado la belleza.

Pacheco es al mismo tiempo que un combatiente, un poeta. Y así se revela en sus *Carteles*, que arden en llamas vivas y bordan un comentario todo mordacidad o ternura sobre el cañamazo de la triste realidad ambiente. Un poeta viril, que escribe poemas bellos y bravos en prosas llenas de resonancias, componiendo sus estrofas con el barro y la luz de la vida. Sus escritos contienen tantas imágenes luminosas como pensamientos atrevidos de honda significación. Os conmueven por modos muy diversos. Si protesta, sentís que un violento aquilón os azota, os tunde, os arrebat. Si acaricia, per-

ciben vuestras mejillas el beso suave de la brisa, o la caricia de seda de unas manitas infantiles, o el leve mariposeo de los ósculos maternos sobre la frente ardorosa. Si ironiza, todos los alfileres de sus ironías se clavan en vuestras carnes. Si canta al Ideal, todo se anima y adquiere sonoras armonías, todo reverdece, se cuaja de flores y sonrío. Si sueña, todos los cuentos de hadas que poblaron de quimeras nuestros años infantiles palidecen ante el poder de evocación y el supremo encanto de sus ensueños. Y siempre, cuando protesta y cuando acaricia, cuando ironiza y cuando canta y cuando sueña, se ve palpar en sus escritos la misma ansia noble de acabar con la vileza, la desdicha y la injusticia.

Confesamos que no siempre estamos de acuerdo con él. Pero hasta cuando no compartimos su criterio, nos agrada. Casi diríamos que nos agrada más cuando de él diferimos, por el cúmulo de ideas que nos sugiere. Porque el mayor mérito que le reconocemos, es ese: que nos hace pensar y sentir, que nos sugiere ideas y nos impulsa a amar y a odiar, sin reservas, con todos los ímpetus de nuestra alma.

En resumen: Pacheco es un luchador y un poeta que ha volcado en estos *Carteles* los múltiples y variados matices de su alma. Leerle es soñar, rugir y amar con él. El aire puro de las alturas y la suave fragancia de los valles floridos y perfumados, se perciben, netos y puros,

en sus escritos. Y una enorme cantidad de fuerza emotiva, de ilusiones, de esperanzas y de gestas magníficas. Todo eso ataviado con un bello ropaje y valorado por la esencia de un ideal grande y noble, que es la musa del autor, se halla cumplidamente en estos *Carteles de ayer y de hoy*.

H. NOJA RUIZ

Vivre Intégralement. — Tenemos a la vista el número 47 de esta notable publicación que ve la luz en París, y cuyo principal objetivo es abogar por la observancia de una vida natural y sana, en su doble aspecto físico y psíquico. Su colaboración es muy valiosa y la presentación excelente.

El médico de las familias, por el doctor A. del Real.—Editorial Lux, Barcelona.—En este libro se vulgarizan, en forma clara y precisa, conocimientos de Medicina e Higiene, para preparar, especialmente a las madres de familia, a ser buenas enfermeras, capaces de comprender sin esfuerzos y de ejecutar con inteligencia y habilidad las prescripciones del médico. Es, además, este libro de suma utilidad para asistir de primera intención al enfermo, en cualquier caso dado, y paliar su mal hasta la llegada del médico. Por todo esto, *El médico de las familias* es una publicación interesante y útil para todos.

Nova Catalunya.—Hemos recibido los números 25 y 26 de este periódico que editan los catalanistas residentes en Montevideo. Está bien editado y su contenido es ameno e instructivo.

Revista de las Españas. — Digna de todo aplauso es la labor que viene realizando esta revista que publica en Madrid "La Unión Ibero Americana". Inmejorablemente informada en cuanto se refiere al desenvolvimiento espiritual, político, económico, cultural y artístico de España y la América latina, cuenta, además, con una selecta colaboración que abarca todos los sectores del humano saber. *Revista de las Españas* es una publicación que no debe dejar de leer toda persona estudiosa.

Tarzan el gran jeque, por Edgar Rice Burroughs.—Un libro de aventuras, en el que volvemos a encontrarnos con la noble figura de Tarzán de los Monos y con los peligros y atractivos de la selva del Continente tenebroso.

Gustavo Gilí, editor de esta serie de narraciones sugestivas, amenas, emocionantes, a las que tanto colorido y animación presta la pluma de Burroughs, ha presentado este libro con su acostumbrado buen gusto y pulcritud.

Horizontes.—Arrestos juveniles y nobles propósitos—propósitos que ya en este primer número empiezan a ser realizados—nos trae esta publicación, que tiene su sede en Quito (Ecuador).

De educación y letras trata esta revista, y en este su número inicial nos obsequia con trabajos muy notables de Zulueta, Tagore, L. García, L. F. Torres, y otros autores de señalado mérito.

Deseamos al simpático y nuevo colega próspera vida.

Galería de maestros españoles, por A. Ballesteros de Martos.—Editorial Lux, Barcelona.—Ballesteros de Martos, en esta nueva obra, viene a llenar un vacío, o, por lo menos, a realizar una función hasta ahora mal atendida: la de llevar a la masa del público el conocimiento exacto de artistas españoles tan gloriosos como Ordóñez, Berruguete, Morales "el Divino", Becerra, el Greco, Gregorio Hernández, Martínez Montañés, Ribera, Velázquez, Zurbarán, Carreño de Miranda, Murillo, Valdés Leal, Claudio Coello, Lucas Jordán, José de Mora y Goya.

El fin único de *Galería de maestros españoles* es llevar al conocimiento del gran público la figura de esos maestros, muchos de los cuales son poco conocidos fuera del reducido círculo de los eruditos y de los especialistas de esta clase de estudios, sin que esto signifique que, dado su carácter divulgador, sea un libro sumario de simple anécdota histórica. Al contrario, esta obra de Ballesteros de Martos, por su contenido y por su orientación, es digna de ocupar un hueco en la biblioteca de toda persona culta.

Ilustran la obra cuarenta reproducciones fotográficas de las mejores obras de los artistas mencionados.

Revista Hispano Americana de Ciencias, Artes y Letras. — Tan interesante como todos los publicados, es el núm. 73 de esta revista. Casi todo el número va dedicado á las Exposiciones de Sevilla y Barcelona, sin descuidar otros aspectos interesantes de la actualidad. La publicación, como siempre, muy bien presentada.

SELECCIÓN LITERARIA

La Novela Mensual de ESTUDIOS**PANDORGA****Por Ramón Pérez de Ayala**

A Gregorio Marañón, viejo amigo.

I

ESCENARIO

Pandorga es uno de tantos pueblecitos extraviados en las desnudas soledades de la paramera castellana. Tierra y cielo.

Los señores sabios nos aseguran que las dos más señaladas características de los seres vivos consisten en la aptitud para adaptarse al medio, forma defensiva del vivir, y asimismo en la agresiva exigencia de mudanza, novedad y aumento.

Si a eso vamos de la adaptación al medio, entonces ni las más robustas y agitadas urbes del mundo—Londres, París, Nueva York, Roma—están la mitad de vivas que Pandorga. Y otro tanto decimos de los demás pueblecitos de la región. Sobre la morena segura de la planada, no ya se adaptan, sino que se confunden con el medio, pegados a la tierra y del color de la tierra misma, como todo lo que allí vive: la liebre, el conejo, la perdiz, la calandria, a la cual por otro nombre llaman terrera; el cuquillo, la abubilla, el autillo o engañapastor, el alcaraván, la avutarda... y el hombre.

No sólo la calandria, también el resto de esas criaturas animadas debieran llevar el sobrenombre de terreras o ferrizas. No parece sino que el Sumo Hacedor, según andaba por el mundo poblándolo, revisiéndolo y adornándolo, venido que fué a Castilla, después de modelar en barro unas cuantas personas y animales, se distrajo, y desde luego les insufló la respiración, sin antes haberlos pintado de gayos colores ni plantar árboles y tender praderas, donde se solazasen, como había hecho en otras partes. Ni siquiera las ranas son allí de color verde, sino de color rapé, que se confunden con los sapos. Proviene de que estas pobres ranas son de secano, pues no hay más agua que la que aúpan con noria de las cisternas para que se abrevén las bestias de labranza, ya que los cristianos beben vinillo a loque a pasto, y la que, de tarde en tarde, cayendo de las nubes, al mezclarse con los terrones desmoronados y enjutos, se convierte en cieno. Pero tan pocas veces llueve, que las ranas claman hacia Júpiter, a lo largo de las noches ardorosas, en demanda de un poco de este cieno.

No hay exageración en afirmar que en el páramo castellano y sus pueblecitos las únicas notas de color son el pico y las patas de la cigüeña; color de cangrejo cocido, bien que los míseros terrazgueros no puedan apreciar esta similitud, porque no saben del cangrejo sino que anda hacia atrás, según reza el proverbio.

En fin; que el pueblo de Pandorga, en eso de la adaptación al medio, sin duda está vivito y coleando. Pero lo que es en lo de la exigencia de mudanza, aumento y novedad, está más que

difunto, puesto que está momia. Desde que nació, hace ya muchos siglos, claro que no se ha movido del sitio; esto nada tiene de particular. Pero lo admirable es que, desde hace varios siglos no ha medrado, ni ha menguado, ni se ha percatado del curso del tiempo, ni ha marcado en sus anales ningún suceso notorio.

Y así va tirando el pueblo de Pandorga, como muerto vivo, en maravillosa inmovilidad, que se asemeja al estado de beatitud en que es de presente continuo. Sólo que este andante sin variaciones está colmado de trabajos y escaseces.

Como no pasa casi nada en el pueblo, dijérase que lo poco que pasa se perpetúa. El tiempo es allí igual que la tierra: raso y monótono. Y así como, en torno al pueblo, el lejano horizonte se muestra claro y limpio, al alcance de la mano, así en el horizonte de los días, los hechos remotos destacan como actuales. Rencillas entre deudos, desde cuatro generaciones, surgen flamantes y enconadas cada amanecer con el despuntar del sol. Estas rencillas son de origen testamentario. Aquella tierra suele ser tacaña, avarienta. Pide mucho y apenas devuelve. Mas, de raro en raro, aquí y acullá, a retazos, inesperadamente, caprichosamente, se ablanda, dulcifica y paga con largueza afanes y sudores de quien la labra. Estas parcelas dadivosas son escasas. Al que le tocan en herencia yugadas de tierra mollar y agradecida se le reputa un potentado. El resto de los parientes aseguran que han sido desposeídos merced a las malas artes y embelecos del privilegiado, y le llamarán "ladrón" ellos y la descendencia.

El agigantamiento de tales minucias es obra de la falta de historia. Y la falta de historia es uno de los pasmosos contrastes de Pandorga. Los grandes excesos engendran las grandes acidias. Pandorga carece de historia en los postreros cuatro siglos, porque en los otros diez anteriores fué uno de los pueblos más afligidos por la historia.

Pudiera pensarse que, después de aquella dilatadísima época, hartó y escarmentado para el resto de sus días, el pueblo de Pandorga, con gesto furtivo, sin que nadie parase atención, se escabulló fuera de los acontecimientos cronicables, tumbóse en una cuneta del real arrecife por donde transita la bulliciosa caravana de la historia pública y, en un abrir y cerrar de ojos, le corrieron nada menos que cuatro siglos. ¡Y los que le han de correr, en la propia posición de reposo supino y enervado sopor...!

Pandorga conoció a iberos y romanos; pero esto pertenece a la puericia prehistórica. Amanecen los fastos de la pubertad pandorgueña con el reinado de los godos. Como que toda esa región de llana yerma donde Pandorga está perdida se conoce en las viejas cartas y crónicas manuscritas por el apelativo de "Campi Gothici": campos góticos. Algún arqueólogo sostiene haber hallado por aquellos andurriales ciertos restos, muy mezquinos en verdad, de arquitectura visigótica de los tiempos del buen rey Sisebuto. No lejos de Pandorga gobernaba Wamba la yunta uncida al arado, cuando vinieron a brindarle la Corona de España. En memoria de esta acción peregrina, de que no hay en la historia humana sino otro ejemplo, el de Cincinato, se fundó un pueblo, que ahora es dilapidada aldehuela, con el nombre del rey labrantín.

(La leyenda lo transmite. Yo no lo certifico. ¡Libreme Dios!)

Tras de los godos vinieron los moros. Y aquí comienza Pandorga a padecer. Como reliquia de la dominación africana quedan en los campos góticos dos ciudades, dos Medinas: la del Campo y la de Río seco.

Ganaron nuevamente aquellas tierras los cristianos, o, por mejor decir, unos ricos homes y magnates pendencieros, que se apropiaban en feudo villas y villanos, y luego, desde ellas y con ellos, movían sin cesar querrela al rey, para lo cual—y con el trabajo ajeno, ni que decir tiene—levantaban recios castillos donde, en la ocasión adversa, se hacían fuertes.

Aunque desguarnecidos y despedazados, se ven todavía bastantes de esos castillos, que, al cabo, proveen en alguna utilidad: ora corraliza de ganado trashumante, ora cobijo y aduar de gitanos andariegos.

Reyes y ricos homes armaban gresca sin punto de vagar, hasta que en el reinado del César Carlos V, arrastrando los nobles en su hueste a los plebeyos, con achaque de defender las libertades castellanas, después de muchas vueltas y revueltas, en Villalar chocaron entrambos bandos.

De donde se siguió que los nobles, de allí en adelante, continuaron tan terner y honrados; pero los plebeyos sufrieron una paliza que les molió los huesos y les dobló cabalmente la cerviz.

En la rota de Villalar participaron no pocos vecinos de Pandorga.

Entonces fué cuando este pueblo, y otros pueblos sus hermanos, tentándose las costillas, exclamaron en su corazón: "De aquí no pasó Cristo con la cruz. Basta de historias, *per secula seculorum*." Y como lo dijeron, lo hicieron.

Echáronse a dormir largo y no interrumpido sueño, apenas turbado, en el rodar de los años, por una a manera de breve pesadilla, que los pandorgueños denominan "la francesada".

Véase cómo el abuso de la historia provoca la desgana de la historia.

Por las venas de Pandorga corre mezclada muchedumbre de sangres añejas, y cada cual se declara con un ademán: la íbera, por la indisciplina; la romana, por el estoicismo; la gótica, por la altivez; la mora, por la pereza.

Además del de la historia, Pandorga ofrece otro contraste estupendo entre la simetría absoluta y la absoluta falta de simetría.

Toda la tierra—tierra paniega—del contorno está pautada. La reja ha ido dibujando infinitos surcos rectilíneos, cavones paralelos, no de otra suerte que la lanzadera imprime la memoria de sus idas y venidas en las diagonales del paño pardo.

Pero en llegando al pueblo se concluyó la simetría. En el suelo de la calle—la única calle—no hay un palmo de terreno liso. De las casas—amasadas todas ellas con adobe y tapial—no hay dos enfiladas a rasante, ni muro a plomo, ni alero horizontal, ni ventana que empareje con otra. Sobre el puñado de casucas, aventajada y bronca se empina la iglesia.

Todas estas circunstancias dan al pueblo—magüer su pobreza—cierto carácter ingenuo y caprichoso, como si hubiese brotado de la imaginación y la industria de un niño.

Quizás los pandorgueños edificaron sus moradas de esta manera con fantástico arbitrio por libertarse de la obsesión geométrica, tornando de las faenas a poblado.

II

ENTREMES

Agosto. Prima noche: las diez.

El pueblo de Pandorga está ya dormido.

Es noche de luna.

En lo alto de la calle, entre las sinuosidades y muescas de los aleros, el cielo es un retal de seda azul índigo, deshilachada, apolillada de estrellas.

Sobre un costado de la calle bate el resplandor de la luna. Al mezclarse la luz azulina con la amarillez de los muros, se suscita una fosforescencia verdosa. Del lado frontero la sombra es morada, casi negra, como hollejo de uva.

Puertas y ventanos están atrancados.

Silencio.

Sólo se oye, en tejanía, el croar de las ranas, clamando a Júpiter por un poco de cieno: y un temblor monorrítmico, asordinado, como de tren.

No todos duermen dentro del pueblo. En la sombra de la calle se densa un bulto junto a una reja. Es un mozo con su cortejo. En la plaza de la iglesia un hidalgo lunático pasea. Ya se zambulle en lo oscuro. Ya se manifiesta en una clara. A veces habla solo palabras inconexas.

En redor del pueblo se extiende hasta el horizonte la llana morena y redonda, un tanto convexa, como viejo escudo de cobre, bajo la luna.

Se escucha acaso el lamento de un niño perdido en el páramo y en la noche: es el engaño pastor. Apenas si se advierte el tintineo y temblor tímido de un hato en un rastrojo.

Como aprensión del oído, los zumbos (1) del yeguarizo envían su susurro desde la distancia. De vez en vez un murciélago pendula raudo, suspendido de un hilo invisible.

Corre una ráfaga y se alzan torbas (2) blanquinosas, como si la llanura comenzase a arder a trechos.

Acuéstase el viento. Los torbellinos se aquietan.

El terruño trasuda un vaho a modo de calina. Enrojecidas las estrellas a través del aire polvoroso es como si del firmamento al páramo descendiese ceniza de brasas. Y las ranas croan acongojadas, con acento casi blasfematorio.

A buen espacio, pone cerco al pueblo un cinturón irregular de luces extáticas, diamantinas.

El rumor monorrítmico, como de tren, repercute seco en la noche. Estos luminares y bataneo residen en el solar de las eras. Alumbrándose con un farol de carburo, en cada era un gañán agostero arroja a bieldo el trigo de la parva sobre la máquina aechadora; otro apila la paja; otro amontona el trigo cribado. ¡Qué pulcro y qué redondo se comba y reparte espontáneamente el montón de trigo, más que seno moreno de doncella!

Todo el verano, sin vado ni respiro, dura la labor de las eras. La Iglesia, durante este tiempo, dispensa a los agrícolas de los deberes religiosos dominicales. Duermen, cuando más, tres horas al día. Pero la labor no cesa. Mientras unos reposan, otros se ahincan y afanan. Algunos mozos hurtan el sueño en regalo al amor. Día y noche, o siegan, o recogen y agavillan, o acarrean, o trillan, o aparvan, o aechan. A la postre, cuando ya ven el trigo mondo y acrisolado, el usurero se hace presente en la era a cobrar y medir en especie—ciento por uno—el trigo que les prestó para sembrar. El mismo trigo que les volverá a prestar y a cobrar—ciento por uno—en la hora difícil de la sementera. Y lo que no se lleva el prestamista, se lo toma el fisco en gabelas, para que el Gobierno de la nación tenga de qué pagarse lujos y arrastre carrozas el rey.

A lo largo de la calle, como náufrago que, arrastrado de la corriente, tan pronto se sumerge como emerge a flote, una muchacha, a medio vestir, corre en zig-zag y braceando de la sombra al claror de la luna. Según avanza, despide grandes clamores y golpea las puertas mudas:

—¡Tío Olegario! ¡Tía Eufrosiana! ¡Señá Prisca! ¡Tía Apolinaria! ¡Que el tío Fulgencio se muere...! ¡Señá Benedicta! ¡Don Semproniano, los Santos Oleos, que el señor Fulgencio se muere! ¡Señá Pascasia! ¡Tío Macario...!

Todas estas tías y señoras de villorrio, viejas, amojamadas y de sueño de liebre, se incorporan en el camastro, tesa la oreja. Encienden el candil. ¡Bendito Dios, el tío Fulgencio se muere...!

Levántanse con diligencia. (Todas estas ancianas son cenceñas y ágiles.) Vístense los arreos y luctuosas tocas con que van a misa de fiesta. Sacan un pañuelo limpio de la cómoda y lo embeben parsimoniosamente en agua de colonia. Esta ceremonia de perfumar el pañuelo es muy trascendente; el gran refinamiento, el único refinamiento, en estos pueblecillos ascéticos. No usan de esta molicie las mozas, sino las viejas, que son quienes cuidan la hacienda y disponen de la pecunia. Es allí dictado popular que el buen olor redunde en atributo de gravedad y señorío. Existe de antiguo competencia sobre cuál de las tías del pueblo gasta mejor agua de colonia. Las más la compran—nunca un frasco entero, sino dos reales; por mucho, una peseta—a los buhoneros de paso. Es un agua de colonia que huele a lacre. Algunas alardean de perfumarse con colonia de El Globo, comprada en una botica de Río seco. Esta marca está admitida como la mejor del mundo.

Las tías se encaminan con alacridad a la casa del agonizante. Con alacridad, sí, con secreta y celada alegría, porque en la hermética y letárgica vida del pueblo no hay otro acontecimiento importante si no es la muerte de una persona mayor. ¡Velar a un moribundo; volver a velarle, muerto; formar en el entierro, de plañidera; concurrir al funeral; alhajarse con lo mejor del arca; participar en el cogüerzo o banquete mortuorio; tres o cuatro días seguidos de zarandeo, de expectación, de sociabilidad severa, de obligada elocuencia, recordando lances biográficos del

(1) Cencerras.

(2) Remolinos de tierra.

difunto, encareciendo sus virtudes, emitiendo sentenciosas consideraciones sobre la fragilidad del humano destino...! Verdaderamente, esto es muy ameno, siquiera sea por lo desacostumbrado. De las criaturas tiernas casi ninguna se logra. Las más mueren sin alcanzar la adolescencia. Pero al que arriba con bien a puerto de mocedad, a ése no lo parte un rayo, y tira hasta la vejez extrema. La vida humana es allí moneda de mezquino aprecio. La vida de los viejos es moneda falsa; el que desgraciadamente tiene en casa moneda de este linaje, quisiera desprenderse de ella y cambiarla en moneda efectiva, como es una herencia.

Llegan a casa del agonizante las viejas y algún viejo. Atraviesan un tenducho, donde huele a sardina arenque y tocino rancio. Penetran en un aposento holgado, que da a la calle por una ventana con reja. En el fondo del aposento hay dos catres. Uno, vacío y revuelto. En el otro yace un hombre formidable; el vientre colosal; oprimida la garganta por un dogal de carne inflada, tensa, rubicunda, que ahogándole y congestionándole el rostro, le proyecta hacia afuera los ojos, luego de haberle vuelto las pupilas a mirar por dentro el cogote, y le fuerza a resollar como fragua. Las orejas son enormes, delgadas y de color morado; dos abanillos inútiles, porque no se puede dar aire con ellas. El tío Fulgencio, alias *Botijas*, frisa en los setenta años.

Sobre un escabel, entre las dos camas, luce un velón de aceite de cuatro mecheros.

Tinacra, la hija del tío Fulgencio, cuarentona, de cara ancha y palidez de harina, recibe a los visitantes y les refiere lo ocurrido:

—Estaba ya en cama y traspuesta. Parecióme que padre hacía glu-glu-glu, como olla. Enciendo un misto. ¡Señor, me tengas! Ahí me le veo con sofoco de agonía. Llámole, y no me responde. Requerí la moza. Salió la moza a voces y en camisa. El trance ya me lo temía yo. Seis meses lleva padre alebrado, de que le dió el derrame. Don Manolito, el doctor, díjole que si repetía muerto era; que tuviese tiento en la comida. Pero él, dale que había de comer hasta que le rebasaba el galillo. Hoy cenó huevos revueltos, escabeche de atún, media hogaza y pilongas. De beber, por el medio azumbre. ¡Velay! Que le repitió el ataque, y ahora es el finiquito.

Viejos y viejas, uno por uno, se acercan a la cabecera del doliente.

El tío Macario, alias *Parleta* (apoyando las manos en el colchón e inclinándose sobre el oído del tío *Botijas*, para que no pierda sílaba):

—Animo, señor Fulgencio; esto tenía que venir, y más vale en la cama que en la horca.

El tío Olegario (dando al agonizante unas fraternales palmaditas en el vientre):

—A todos nos llega la hora de pagar la deuda; el toque está en no deber réditos al prestamista del otro barrio.

La tía Eufrosiana (sin acercarse demasiado al enfermo):

—Consuelo que deja sólo una hija, y no blandecica, que bien se azacanea y atiende el cajón de los cuartos; argadillo y urraca.

Y otras fortificaciones del mismo jaez.

El tío Fulgencio asoma un poco de pupila por el ángulo de los ojos, junto a la nariz; le corren estremecimientos por el corpachón; gruñe con mayor violencia.

Viejos y viejas se sientan en corro, cara al lecho del moribundo; las caras rugosas, como frutos puestos a secar en el sobrado, camuesas del último otoño.

Llega don Semproniano, el párroco, revestido de roquete, con los Santos Oleos; el monacillo, a la zaga. El cura, con aspecto rubianco y pachucho de gato capón que ya no caza ratones. El monacillo, morro afilado y nervioso, ojillos bailadores, de azabache, como ratón en la casa donde no hay mantenimientos.

Mientras el cura unge al moribundo y salmodia la recomendación del alma, los circunstantes permanecen de rodillas.

El monacillo (agitado, como si en el pecho sintiese la impaciencia de las campanas por vibrar y gemir):

—¿Doblaré ya a muerto, señor cura?

Salen cura y monacillo.

Llega el doctor, arrienda el caballo a la verja y penetra en la estancia.

Don Manolito (traje de dril agarbanzado, chaqueta de trabilla, cabeza urbana, de maniquí de peluquero):

—Nada hay que hacer en este aprieto. La suerte se está barajando. Veremos qué naipe pinta. Mañana temprano volveré.

Varias voces (alternativamente, en el corrillo velatorio):

—No hay más sino ver que es mal maligno.

—Faltándole van los fuelles de las entrañas.

—Ya lleva la cédula rubricada por el señor cura.

—¿Saldrá de la noche, don Manolito?

—Las mantecas juntado se le han.

—Alguna vena interior se le ha quebrado, según lo subido de la color berneja.

—Justamente; otra hemorragia cerebral—responde el médico—. Si saldrá o no de la noche, no lo puedo asegurar. Esperemos que sí.

Esta conjetura anima los rostros. ¡Otra noche más de función!...

Sale el médico, cabalga y vaise a un pueblecillo próximo, a pasar la noche jugando al tresillo con unos amigachos.

Vuelve el cura con el monacillo y asientan en el corro.

Pasa el hidalgo lunático por la calle. Se le oye declamar:

—Dan Pamiolo, el gran bandolero napolitano, me arruinó. Zumalacárreguí, su compinche. Justicia del cielo pronostican las estrellas. Ya brilla la guadaña vengadora. Y los perros aúllan.

En efecto; aúlla un can. El tío Fulgencio lanza fiero resoplido y se rebulle. Las viejas se santiguan.

Diversas voces:

—Quéjase el loco y quéjase los perros a una.

—Peor agüero que lechuza siniestra.

—Lobo y vulpeja, de una conseja.

El cura (enfurruñado):

—Callen con esas supercherías.

La señá Prisca (abriendo los brazos de suerte que el pañuelo, en una mano, roza, como al descuido, las narices de la señá Benedícta):

—Esto es ido; de esta remata el señor Fulgencio.

—Si Dios no lo remedia—corrige el cura.

La tía Eufrosiana:

—Llegada la hora, la muerte no demora, y pierde saliva quien a Dios implora.

La señá Pascasia (adelantando las leñosas manos entretrejidas, de cuyo hueco pende esmeradamente el pañuelo, como en las dolorosas de las procesiones):

—Va para ocho años que me faltó mi Senén. Sano y sin alifafes, ¿quién lo dijera, sino quien lo vido de cuerpo presente?

El tío Olegario (con cabeceo magistral):

—Senén fué el postrer difunto que hubimos.

La tía Apolinaria (enderezando una mirada elocuente al tío Fulgencio):

—Cuasi que el tío Fulgencio es medio cadabre.

La señá Pascasia (enjugándose los ojos):

—Muchos van a casa del muerto; cada cual llora su duelo.

El tío Olegario:

—Todos hemos de cruzar el mismo vado; no haya engaño.

La tía Apolinaria:

—Domingo Jimeno, por su mal vido el ajeno.

La señá Benedícta:

—Duelo grande perder el padre, Tinacra. Gracias a Dios, quedas no mal apañada. Y del mal el menos. Una tienda es una mina.

Tinacra:

—¿A lo nuestro llama tienda, señá Benedicta?

La señá Benedicta:

—Tienda es, y no hay otra en el pueblo.

Tinacra:

—Al cabo, de ella comemos.

El tío Olegario:

—Dígalo el tío Fulgencio. Dígalo su porte lucio. Grano a grano hínche la gallina el papo.

El tío Parleta:

—Aquí, todos cecina. El, magro y tocino. Todos flacos; él, gordo. Era orgullo del pueblo. Así da gusto ir a la gloria.

La tía Eufrosiana (sollozando):

—Mal se cubre la cabra con el rabo, decimos los probes. Y a la postre, hasta el rabo nos han de desollar.

El tío Olegario (como en un soliloquio):

—¡Pobreza, escala del infierno!

Tinacra:

—La pobreza es huésped a so muchos techos con semblante de bien retejados.

La señá Prisca (con visajes de escandalizada):

—Pues ¿quejaráste tú, Tinacra? Blasfemia sería.

Tinacra:

—Poco haber, más honrado haber; que quien merca y miente, su bolsa lo siente. Y ganancia menguada, que el pueblo no da para más. Sin contar lo vendido y no cobrado, como quien dice, regalado. Esta noche misma, antes del parális, padre hizo una caridad.

El tío Olegario:

—Con pulso, mas era generoso ya desde mozalbillo, cual su madre, la señá Salvadora, que *recuesca en pace*. Lo que en la leche se mama, se rezuma en la mortaja. (Dirigiéndose al agonizante.) ¡Ay, Fulgencio; juntos nos criamos; juntos corrimos rondas y parrandas; más que amigos, casi hermanos somos; te echaré bien de menos! ¡Cuida que no te he de olvidar, aunque me esperes allá muchos años, como propongo y deseo!

El tío Fulgencio bufa y asoma un poco más las pupilas.

La tía Apolinaria (sin reparar en el tío Fulgencio):

—De que se muera tu padre, Tinacra, pongo esta mano a que el otro agosto te celebremos maridada.

Tinacra (con mohín de melindre):

—¿Tan casquivana me juzga, tía Apolinaria? Tengo los huesos duros. Gervasio no acuerda más de mí.

La tía Eufrosiana (maliciosa):

—Con más años y huesos más duros otras fueron madres. Por la sagrada Biblia hablo.

El tío Parleta:

—Y Gervasio no aguarda sino que el tío Fulgencio le deje desembarazada la trocha para llevarte a la sacristía.

Tinacra:

—No me malengañio.

El tío Parleta:

—Allá lo veredes.

La señá Benedicta:

—Mala voluntad tenía el tío Fulgencio a Gervasio.

Tinacra:

—Ensañado estaba contra él. Y no de razón; pero yo hija era y obedecer me cumplía.

El señor Fulgencio se agita terriblemente y eyacula un gruñido desgarrado. Todos acuden a él. El monacillo se despabila.

Voces diversas:

—Son las boqueadas.

—Se le escapa el ánimo.

Tinacra (con voz enflaquecida):

—¡Padre; sola me dejás! Las fuerzas se me ahilan. ¡Jesús! ¡Jesús! Desfallecida caigo.

El cura:

—Atiendan a la hija, que no dé en tierra. Pónganle algo a oler.

La señá Prisca:

—Este pañuelo, con agua de colonia, que es un cordial.

La señá Benedicta:

—No, éste, éste, que es colonia de El Globo.

El monacillo:

—¿Voy a doblar a muerto, señor cura?

Los gallos, en sus muladares, lanzan el rayo que prende el fuego de la aurora. La irradiación de los flamígeros quiquiríquies hiende la oscuridad.

El loco (gritando en la calle):

—Zumalacárregui, el compinche. Carlos Chapa, el alcahuete. Si no hubiera alcahuetes, no habría ladrones. El brillo de la guadaña se derrama por el cielo. Aullad, perros, la canción del segador de cizaña.

El señor Fulgencio, aunque no puede comunicarse, se da cuenta de todo. Piensa: “¿Esperáis que me muera? Buen chasco. Os fastidiaré. Me estáis chamuscando la sangre; pero entiendo que estas irritaciones pueden costarme caras. Calma, calma, Fulgencio. Oyelos como música de dulzaina.”

Voces diversas:

—No da pie ni mano.

—Acabóse Sansón con los filisteos.

—Cruz y raya.

—*Recuesca en pace.*

El monacillo:

—¿Voy a doblar a muerto, señor cura?

El cura:

—Tirte allá, mozuelo. Retírense todos y sosieguen. El señor Fulgencio vive todavía. Está más tranquilo y respira mejor.

Vuelven viejos y viejas a sentarse. Por la ventana entra la luz del día. Tinacra ha recobrado el sentido y se mezcla en el ruedo de charla, que prosigue como antes, hasta que a las ocho de la mañana retorna el médico.

Don Manolito (después de examinar al enfermo):

—¡Caracho! Está sobremanera aliviado. Pasó la gravedad. Queda un golpe de naipes en la baceta. Hasta otra, y ojo, Tinacra, con lo que tu padre trasiega y embaula.

“Os he amolado”, cavila el tío Fulgencio, viendo partirse a viejos y viejas, en tanto éstos van meditando: “Qué atento, qué político, el tío Fulgencio; no ha querido morirse por volver a darnos otra buena noche”.

Resuena de pronto un tropel con cencerrada como de burlas. Luego de haber pasado la noche al sereno y al frescor, pastando cardos y agostadas hierbezuelas, el yeguarizo entra al trote, por la calle, entre el dinguilindón de esquilonos y zumbos; las yeguas de vientre, y las paridas con el potranco ceñido al anca; los mulos que han dado cabo al acarreo y la trilla; los jumentos. Cada cual entra en su casa, atravesando el zaguanillo, en derechura al corral.

Silencio.

Los cerrigales (1) chillan, volando sobre la iglesia, al sol.

Óyese, como tren imaginario, el bataneo de las máquinas aechadoras, la única cosa de la civilización moderna que ha penetrado en Pandorga.

III

DRAMA

El ganado de casco pasa la noche al relente, pastando de lo que halla, y vuelve mañanero al corral.

El ganado de pezuña sale a pastar mañanero y vuelve al establo al caer de la tarde, a la hora de los vencejos y del toque de oración.

Antes de partirse y acabando de entrarse, ordeñan a las vacas.

Todo el ganado vacuno —hasta seis vacas, siete yuntas de bueyes y tres terneros, de diversos amos— va junto en un rebaño. Lo pastorea el tío Filemón.

Este tío Filemón es como un pastor de égloga, tan viejo, tan viejo que probablemente data de los tiempos de Virgilio y Teócrito, o, cuando menos, de los de Juan del Encina. Va vestido a la usanza clásica: abarcas, pellico, montera, zurrón. Antaño habitaba las viñetas iluminadas de los infolios, donde todavía se le puede contemplar de hinojos ante el Niño-Dios, o adoctrinando, bajo un roble, una majada de zagales. Al presente —un presente de ochenta años mellizos— vive en Pandorga. Va envuelto, aun en el rigor de la canícula y en la sazón de la solanera, en copiosa capa de paño sayal, siempre caballero sobre una borriquilla rucia. Aliméntase cada día con un zoquete de pan, más que posado empedernido, y un poco de queso ovejuno. Nunca se le ha visto beber agua, porque no la hay; vino porque no lo tiene. Así está de reseco. Ni jamás ha despegado los labios, acaso porque no se le seque más la boca. El ganado le entiende por signos imperceptibles o le adivina el querer. En Pandorga, donde las cerraduras, cuando no miran, oyen, y nadie respira sin que el vecino le mida el aire que sorbió, el tío Filemón es un ser misterioso como una sombra.

Volviendo del pasto, la vaca de la tía Apolinaria muchó (2) en el ijar a la vaca de la tía Eufrosiana. Sucedió esto en el mismo umbral del pueblo.

La vaca que atacó es retinta, joven y revoltosa. La víctima es colorada, vieja, escuálida, tuberculosa. Todos los animales del hato, hasta los recentales, abusaban de ella.

En el primer momento no pasó más sino que la vieja res exhaló una quejumbre. A las pocas zancadas, el tío Filemón advirtió que cojeaba de los cuartos traseros. Antes de llegar al establo, le había salido un bulto en la coyuntura de la barriga y las patas.

El tío Filemón, a horcajadas en su borrica, está plantado frente la puerta de la tía Eufrosiana.

—¿Qué se detiene ahí, como estatua? ¿Qué tripa se le ha roto? —pregunta la tía Eufrosiana, sorprendida con la novedad.

El tío Filemón asiente, con la cabeza.

La tía Eufrosiana suéltase a reír y repite:

—¿Qué? ¿Se le ha roto alguna tripa?

El tío Filemón asiente, con la cabeza.

Insiste la mujer, en chanza:

—Ea, que al tío Filemón se le ha roto una tripa.

El tío Filemón deniega, con la cabeza.

—Pues ¿a quién, hombre de Dios? Que me impacienta.

(1) Cernícalos.

(2) Embestir.

No hay otro remedio; el tío Filemón tiene que hablar:

—Muchado te ha Apolinaria en la ijada y quebrado la tripa madre.

Vuelve grupas y se alonga impasible.

La tía Eufrosiana lo ha adivinado todo. Se le hiela el corazón. Se le demuda el rostro. La voz no le asiste. Está paralizada.

Cuando se repone, precipítase en el corral, adonde había ido la vaca por sí renqueando.

Anochece.

En la penumbra, los ojos de la vaca son más grandes, más negros, más tristes. Al ama le parece que lagrimecen de sufrimiento. A tientas recorre la barriga del animal, hasta dar con el poderoso bulto. La vaca vierte un lloro desvalido, como de recental.

—¡Jesús me ampare! ¡Ira de Dios! Centellas del *pocalipsis!* (Apocalipsis.) ¡Trompetas del juicio! —vocífera, cada vez con mayor denuedo, la tía Eufrosiana, mesándose y desbaratándose la cenizosa pelambre.

Échase a la calle. Estira los brazos a la altura. Sacude la despeinada cabeza. Clama:

—¡Vecinas, acudan! Séanme todos testigos. A la asesina baldono y señalo; señalada será por el dedo del Eterno. A la tía Apolinaria, a la asesina mortífera. En la misma ijada me dió; el alma y la alcancía me ha rompido. Justicia demando. Miserable quedo. A mendigar caridad me arrojan. No caridad, sino justicia demando.

Cerró la noche.

Las viejas se congregan, haldeando, a los clamores de la tía Eufrosiana. Han encendido un velón; penetran en el corral. La vaca está temblorosa, como perlática; la cabeza, abatida.

Diversas voces gimen:

—Por filo está de estírar los remos.

—Los bofes echa fuera.

—¡Qué dolor!

—¡Qué tragedia!

—Pobre tía Eufrosiana. Agotado se le ha la fuente do bebía, la levadura con que amasaba su pan.

—Solica ya en la vida, con marido viejo e hijo casado, que nada le granjean.

—Terrones tiene, aunque ingratos y casa honda.

—Mas los terrones, ¿quién se los trabajará, si no hay haber para arrendar gañanes? La casa, ¿quién la abastecerá?

La vaca doblega los brazos y cae en tierra, no lejos del velón. Todas se arrodillan en ruedo, consternadas y curiosas, por mejor escudriñarla. Álzanse lamentaciones y sollozos, como de coro fúnebre.

—¿Dó anda el albéitar?

—Cátale aquí.

Llega el albéitar; peinado de tufos, un cigarro detrás de la oreja, lunar cerdoso y rizado en la barbilla, chaqueta corta con coderas. Le abren paso. Hay un silencio profundo.

—Hernía —falla el albéitar—. La vaca está herida de muerte. Tía Eufrosiana, siga mi parecer. Mate luego la vaca. Llame a Caifás, el cortador, que la remate. Eso sacará de más: el precio de la carne, que no es mucho, porque está en los huesos, consumida de tuberculosis.

—¿Acelerar la muerte de la vaca? —ruge la tía Eufrosiana, dilatadas las pupilas por la iracundia y el terror—. ¿Rematarla yo, o permitir que Caifás, que por algo lleva el nombre de judío, la remate? ¡Ah, sayón de albéitar! Tu alma no es bautizada. ¿Quién te trujo en mal hora a este honrado pueblo? ¿Cúya es tu mala casta? Rematar... Rematar deberían a la asesina y homicida que me dió en la ijada. Al juez lo demando; testigos me sois.

—Repórtate, tía Eufrosiana, que no está el alcacer para zampoñas. Digo que si matan a la vaca consentiré que se venda la carne; de lo contrario, no. Conque, agur la compañía.

—Tente, albéitar de Satanás. Que no me la sanarías, bien lo sabía yo. No te llamé por tu cenicia, sino por tu concencia. Si mato la vaca, ¿a quién reclamaré? Muérase la pobrecica, que todos

hemos de morir. Sólo que no hay persona que valga lo que ella. Y a eso vienes, a que digas ante testigos, como es tu obligación, lo que vale la vaca, lo propio que me ha de satisfacer, duro sobre duro, la asesina; forzada de los civiles, si es menester.

—Cuando me lo exija quien puede, ya tasaré la vaca. Queréllate ante el juez. Tasaré yo. Pagarás tú el peritaje, que por arancel anda alrededor de los diez duros.

—Y diez mil. Pon a tu talante, que no seré quien pague, sino la otra.

—De posibles, allá se va contigo.

—Déjalo ahora, y respóndeme. Que la leche me reditaba un duro diario, no me lo negarás.

—Calculo que sí.

—Testigos me sois los presentes. Pues aquí de la justicia. A tal renta tal venta. Es ley de tasación.

—Estás chalada, mujer. Según eso, la vaca valía más de cinco mil duros. ¡Qué burrada! Buenas noches.

Se va, malhumorado.

Prosigue el velatorio en redor de la vaca: suspiros, condolencias, trenos, jermiadas.

Poco antes de rayar el alba, la vaca muere. Allí reposa, en el estiércol del corral, esquelética, hinchado el bandullo. La lengua le pende fuera del belfo y brilla con reflejos argentados. Los ojos abiertos; en aquel menudo orbe de vidrio esférico, la noche se concentra y dramatiza. Las moscardas, de un negro de acíbar, vienen a posarse en ojos y lengua.

La tía Eufrosiana despide sus alaridos hasta las estrellas. El coro fúnebre llora de piedad.

Al día siguiente, el tío Filemón no pudo dejar su yacija. Murió deseguida, solo y callado, como había vivido.

Comenzaron las disputas entre la tía Eufrosiana y la tía Apolinaria sobre el pago de la indemnización.

Al principio, la tía Eufrosiana pedía mil duros. La tía Apolinaria ofrecía cincuenta duros.

El cura fluctuaba de la una a la otra, persuadiéndolas y acabildándolas. A la tía Apolinaria le decía:

—El daño de tí procede, aunque sin culpa. Enmiéndalo, como Dios manda. No dar sino cincuenta duros es como meterle mano a la faltriquera y robarle otros cincuenta.

Respondía la tía Apolinaria:

—¿Y de dónde he de sacar, yo más de aquel caudal? Aun así, veo por delante todo un año de flaca cuaresma. Harto me extiendo. ¿Soy yo mi vaca? Pues si le hubiera caído encima una teja de mi tejado y descalabrado, ¿había yo de pagar también?

A la tía Eufrosiana decíale el cura:

—Con lo que pides, podías mercarte sobradamente ocho o diez vacas cual la tuya. El albéitar sostiene que con cien duros estás bien pagada.

Y la tía Eufrosiana que, como beata, era muy afecta a emplear metáforas del *Antiguo* y del *Nuevo Testamento*, respondía:

—Un cántaro de agua vuelco por tierra, y os digo: volved a recoger el agua en el cántaro. Danme otra agua; yo pido la mía. Traíganme mi vaca, que yo estimaba por diez:

El cura redarguía a entrambas:

—Todo lo perderéis si echáis por la vía judicial, que, aunque parece atajo, es camino de perdición.

Terció asimismo el hidalgo lutánico.

—Sanguijuelas os chupen la sangre —decía— antes que curiales. Ateneos a mi oculta doctrina, mujerzuelas sin seso. El gran emperador Justiniano Rodríguez, tío carnal mío por parte de madre, fué quien inventó el tinglado de códigos y tribunales. Al oído me lo confesaba: "Señor sobrino, mejor muerto que en pleitos; mejor enterrado que en uñas de escribano."

La tía Eufrosiana rebajó hasta doscientos duros, de un golpe. La tía Apolinaria se corrió, en veces, hasta los ochenta. Tras de nuevas mediaciones del cura, el hidalgo, el albéitar, el cortador

y otros vecinos graves, la tía Eufrosiana se plantó en los ciento treinta; la otra, en los ciento diez, Aquí se clavarón, y no hubo componenda.

Una nombró un abogado de Villalón; la otra, otro de Tordesillas. Del Juzgado de Pandorga, se alzaron al de Ríoseco, en apelación.

En el año que duró el litigio, el hijo de la tía Eufrosiana se fué a las manos varias veces con los hijos de la tía Apolinaria. Total, unos juicios de faltas y unos duros en multas y costas.

El pueblo se dividió en dos banderas: a favor de la causa de la tía Eufrosiana y en apoyo de la tía Apolinaria. A lo cual glosaba el cura: "Los canes de Zurita, pocos y mal avenidos."

Breve intersticio de movimiento y pasión; un año, mal contado, de maraña y rebullicio.

En resolución: para pagar a la curia, embargaron a las dos familias los menguados bienes que poseían —casa, ajuar, bestias y aperos de labranza—, hasta que les exprimieron el último ochavo.

Unos murieron de años y de dolor; otros emigraron a las Américas; otros viven de limosna.

FIN

Delaissl. - El petróleo. (La plutocracia yanqui.) 4 ptas.
Delelós. - El contador universal, 1 pta.
Dunóis. - El secretario universal; 2 ptas.; tela, 3'50.
Debay. - Venus fecunda y calipédica, 3 ptas.
Edmund. - El catecismo de la ciencia, 1'50.
Enguerrand. - Las razas humanas; 3 ptas.; tela, 4'50. - Nociones de las primeras edades de la humanidad; tela, 3 ptas.
Estévanez. - Resumen de Historia de España; tela, 3 ptas.
Espronceda. - Obras poéticas; 3 ptas.; tela, 4'50.
Eulate, C. - La mujer en el arte; 6 ptas. - La mujer en la Historia; 6 ptas. - La mujer moderna; 6 ptas.; tela, 9.
Fischer, A. - La mujer médico del hogar. (Ilustrada con 448 grabados y 28 láminas en colores.) En tela, 50 ptas.
Ferrer, F. - La Escuela Moderna; 2 ptas.; tela, 3'50.
Fola Igúrbide. - Leyes del Universo; 4 tomos, 16 pesetas; tela, 24.
Goethe. - Fausto; tela, 5 ptas.
Grave, J. - Las aventuras de Nono; 2 ptas.; tela, 3'50. - Tierra Libre; 2 ptas.
Gourmont. - Física del amor; 3 ptas.; tela, 4'50.
Heine, E. - El libro de las cantares; tela, 5 ptas.
Hugo, Víctor. - Dramas. Tomo I: Hernani. - El rey se divierte. - Los burgraves. Tela, 5 ptas. Tomo II: Lucrecia Borgia. - María Tudor. - La esmeralda. - Ruy Blas. Tela, 5 ptas.
J. Hire. - El infierno del soldado, 1'50 ptas.
Homero. La Iliada; 2 tomos; tela, 7 ptas. - La Odisea; 2 tomos; tela, 7 ptas.
Istrat, C. - Curso metódico de Química y Mineralogía. (Con 234 grabados.) 15 ptas.; tela, 20.
Jaquet. - Compendio de Historia Universal; 3 tomos, 6 ptas.; tela, 10'50.
Koheer. - La calvicie. (Cómo se evita y cómo se cura.) 4 pesetas.
Khune. - La nueva ciencia de curar; tela, 15 ptas. - La expresión del rostro; tela, 20 ptas.
Kropotkin. - La Gran Revolución. (Con 653 ilustraciones.) Tela, 25 ptas.
Lamartine. - La Revolución Francesa; 3 tomos, 9 pesetas; tela, 12.
Lara M. - Primeros socorros que deben prestarse en toda clase de accidentes; 2 ptas.
Leopold. - Manual de Obstetricia. (Ilustrada.) Tela, 12 ptas.
Leghan. - Química biológica; 8 ptas.
Letorneau. - Psicología étnica; 4 tomos; tela, 12 ptas.
Lluria, E. - Evolución superorgánica; 2 ptas.
Manaut, P. - Higiene de la mujer; 2 ptas.
Marestán. - La educación sexual; 3'50 ptas.
Malvert. - Origen del Cristianismo; 2 ptas.
Malato. - Primer Manuscrito; tela, 3 ptas.
Meyer. - Léame usted y sabrá francés; 1 pta.; tela, 2 ptas.
Mantegazza. - Higiene del amor; 2 tomos, 4 ptas.; tela, 7. - Fisiología del placer; 2 tomos, 4 ptas.; tela, 7. - Los amores de los hombres; 2 tomos, 4 ptas.; tela, 7.
Monlau, F. - Higiene del matrimonio. (Ilustrada.) Tela, 7 pesetas.
Martínez. - Botiquín escolar; 0'75.
Mas Tayeda. - La revolución numérica; 15 ptas.
Marcilla. - El amor en verso; 1 pta. - Oratoria en verso, 1 pta.
Méndez, N. - José Martí. (Su vida y su obra.) 4 ptas.
Milton, J. - El paraíso perdido. (Con láminas.) 7 ptas.; tela, 10.
Montilla. - Historia Universal para niños, 1'50 ptas.
Nergal. - Evolución de los mundos; tela, 3 ptas.
Nin y Tudó. - Para la mujer; 2 ptas.
O'Neill. - La voz humana. (Con láminas.) 6 ptas.; tela, 9.
Orts, R. - Novísimo secretario universal; 2 ptas.; tela, 3'50.
Palasí, P. - Compendio de Gramática castellana; 2 ptas.
Pargame. - El origen de la vida; tela, 3'50 ptas.
Petit, M. - El niño y el adolescente; tela, 3'50 ptas.
Polacco, R. - Lo que deben saber todas las mujeres; 3 ptas.
Reclus, E. - El hombre y la tierra. (Historia social del mundo, desde sus orígenes hasta la edad contemporánea.) Obra monumental; 6 grandes tomos, con 1.786 ilustraciones; en tela y planchas doradas, 180 pesetas la obra completa. Por cuadernos, a 0'75 cada uno. Consta de 166 cuadernos. Se envía también por tomos sueltos, a 30 pesetas cada tomo.
Rubén, L. V. - Evolución de los seres vivientes; tela, 3 ptas.
Ruiz, L. - Clave matrimonial; 3 ptas.
Samaniego. - Los animales hablan; 1'50 ptas.
Sauerwein. - Historia de la Tierra; tela, 3 ptas.
Shakespeare. - Dramas. Tomo I: El mercader de Venecia. - Macbeth. - Romeo y Julieta. - Oteló. Tela, 5 ptas. Tomo II: Sueño de una noche de verano. - Medida por medida. - Coriolano. - Cuento de invierno. Tela, 5 ptas. Tomo III: Hamlet. - El rey Lear. - Cimbelina. Tela, 5 ptas. Tomo IV: Julio César. - Como gustéis. - Comedia de equivocaciones. - Las alegres comadres. Tela, 5 ptas.
Schiller. - Dramas. Tomo I: Guillermo Tell. - María Stuardo. - Doncella de Orleans. Tela, 5 ptas. Tomo II: Don Carlos. - La conjuración de Fiesco. - Cábales de amor. Tela, 5 ptas. - Tomo III: La novia de Mesina. - Vallystein. Tela, 5 ptas.
Sánchez R., J. - La Aritmética del obrero, 1'50 ptas. - El abogado del obrero. (Agotado.)
Subirana. - Ortografía castellana; tela, 3'50.
Springer. - El médico del hogar. (Obra importantísima, con 936 grabados, 56 láminas y dos modelos anatómicos desmontables.) En tela, 45 pesetas.

Toulouse. - Cómo se forma una inteligencia; 2 pesetas; tela, 3'50.

Urales. - Sembrando flores; 2 ptas.; tela, 3'50.

Vander. - Nuevo sistema de curación natural. (Obra importantísima y de alto valor científico, ilustrada con multitud de grabados y láminas en color.) Tela, 25 ptas.

Varios. - La verdadera ciencia de curar. (Sin drogas ni operaciones. Sistema Khune. Adaptado a las características de la raza latina. Obra de gran interés y de gran utilidad.) Tela, 20 pesetas.

Vanucci, A. - La cultura alemana contra la civilización; 1'50 ptas.; tela, 3.

Varios. - Enciclopedia del amor. (Ilustrada.) 4 ptas.; tela, 6.

Wagner, R. - Dramas musicales. Tomo I: Rienzi. - El buque fantasma. - Lohengrin. - Tristán e Isolda. - Los maestros cantores. Tela, 5 ptas. Tomo II: Tanhauser. - El anillo de Nibelungo. - El oro del Rhin. - La Walkyria. - Sigfrido. - El crepúsculo de los dioses. - Parsifal. Tela, 5 pesetas.

Wood, M. - Lo que debe saber toda joven; 1'50 ptas.; cartón, 2'50.

X. X. X. - Cartilla filológica española; 1'50.

X. X. X. - Gramática de esperanto; 1'50; tela, 2'50. - ¿Quiere usted hablar esperanto; 0'75. - Ejercicios de lectura francesa; 1 pta.; tela, 2. - ¿Quiere usted saber francés en diez días? 0'75. - ¿Quiere usted saber inglés en diez días? 0'75. - ¿Quiere usted saber alemán en diez días? 0'75. - ¿Quiere usted saber italiano en diez días? 0'75.

Manual completo de cocina; rústica, 5 ptas.; tela, 6.

Zaborowski. - El hombre prehistórico; 2 ptas.; tela, 3'50.

Zimmerman. - Historia Natural. (La más completa y moderna. Consta de 24 tomos, ilustrados con grabados y láminas en colores. Edición de lujo, 105 pesetas. Por tomos, 4'50 pesetas cada tomo. Edición corriente, en tela, 80 pesetas. Por tomos, 3'50 pesetas cada tomo.)

Tarjetas postales de ESTUDIOS

Se han puesto ya a la venta las colecciones siguientes:

SERIE I.—*Kant, Rabindranath Tagore, Goya, Bakunin, Miguel Angel, Beethoven, Gutenberg, Fourier, Colón, Dostoyewski, Larra y Pestalozzi.*

SERIE II.—*Voltaire, Shakespeare, Leonardo de Vinci, Eliseo Reclus, Alonso Cano, Mozart, Alejandro Volta, Roberto Owen, Galileo, Zola, George Brandes y Francisco Giner de los Rios.*

SERIE III.—*Kierkegaard, Schiller, Velázquez, Kropotkin, Benvenuto Cellini, Albéniz, Marconi, Fernando Lassalle, Horacio Wells, Tolstoi, Anton Chejov y Ellen Key.*

SERIE IV.—*Guyau, Goethe, Zurbarán, Luisa Michel, Rodin, Rimsky Korsakoff, Branly, Saint-Simon, Einstein, Balzac, Angel Ganivet y Clapérede.*

SERIE V.—*Rousseau, Heine, Rembrandt, Otto de Guericke, Pasteur, Isadora Duncan, Wagner, William Morris, Salvachea, Linneo, Thomas Munzen y Cervantes.*

SERIE VI.—*Carlos Spittler, Proudhon, Carlos Pisacane, Gabriel Mistral, Rafael, Panait Istrat, Schuman, William James, Berthelot, Esteban Grey, Quevedo y J. M. Fabre.*

Cada serie de 12 tarjetas se vende a 1'50 pesetas.

Descuentos a corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS

REVISTA.—En paquetes desde 5 ejemplares en adelante, el 20 por 100 de descuento, libre de gastos de envío. En los envíos para Francia, el descuento va por los gastos de franqueo. Los pagos deberán hacerse cada mes por giro postal, cheque, sellos, etc. (en este último caso certificando la carta).

LIBROS.—En los libros editados por esta Revista, el 25 por 100 de descuento. En las demás obras aquí anunciadas, el 20 por 100 en rústica, y el 15 por 100 en las obras encuadernadas. En los Diccionarios, el 10 por 100. Los pedidos cuyo importe líquido sea de 10 pesetas en adelante, se envían libres de gastos de franqueo y certificado.

Para todo pedido de libros es condición indispensable el pago anticipado.—Si no se quiere o no se puede anticipar el importe al hacer el pedido, pueden indicar que se haga el envío a Reembolso, y en este caso se abonará el dinero al recibir el paquete de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0'50) van a cargo del comprador en este caso. Los envíos a Reembolso no rigen para el extranjero.

NOTAS.—Los suscriptores de ESTUDIOS deberán tener abonada la suscripción para tener opción al descuento señalado. Las suscripciones se abonarán por años anticipados (12 números, comprendido el Almanaque de 1.º de año, 6'50 pesetas para España, Portugal y América; y 8 pesetas para los demás países). Las suscripciones pueden empezar en cualquier mes del año.

En los pedidos debe indicarse el título y autor de los libros lo más claro posible. Cuando alguno de los libros pedidos se halle agotado a en reimposición, dejamos el importe a disposición del comprador, enviando libre de gastos el libro o libros elegidos en sustitución del que haya dejado de enviarse. Todos los pedidos se sirven inmediatamente de recibido su importe.

Enviamos gratis el Catálogo general a quien lo solicite.



Amenidad. - Interés. - Educación sexual. - Arte. - Conocimientos útiles para la vida privada. - Ética moral y científica. - Colaboración selecta de las más prestigiosas firmas de la intelectualidad mundial.

Precio, UNA peseta. — Pídalos hoy mismo a ESTUDIOS, Apartado 158. — Valencia.

ESTUDIOS



Consultorio Médico de **ESTUDIOS**

DR. ISAAC PUENTE

MÉDICO

MAESTU (Álava)

Precios de consulta

Completamente gratis a los lectores de ESTUDIOS. Basta la presentación del cupón insertado a continuación. Para las consultas por correspondencia, añádase, además del cupón, el sello para el franqueo de la contestación.

Dr. Roberto Remartínez

MÉDICO FISIATRA

Conde Salvatierra, 19. -- VALENCIA

Hidroterapia. Cromoterapia. Fototerapia. Electricidad. Sol artificial. Rayos X. Diatermia, etcétera.

Consultas por correspondencia, rigurosamente reservadas. Pídase cuestionario. Personalmente consultas todos los días laborables de 9 a 12.

A los lectores que presenten el cupón adjunto, descuentos fijos de 5 pesetas en la primera consulta, y 1 peseta en las sucesivas, y de un 25 por 100 en los tratamientos en la clínica, exploración con los Rayos X, etc., etc.

DR. L. ALVAREZ

MÉDICO NATURISTA

Duque de la Victoria, 15, pral.

VALLADOLID

Precios de consulta: Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto se les descontará 5 pesetas en la primera consulta, y 1 peseta en las sucesivas.

Dr. M. Aguado Escribano

MÉDICO FISIATRA

CERRO MURIANO (Córdoba)

Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto, descuento del 50 % en la primera consulta, y el 25 %, en las sucesivas.

J. PEDRERO VALLES

MÉDICO HOMEÓPATA

Tintes, núm. 2. - VALLADOLID

Los lectores de ESTUDIOS que acompañen el adjunto cupón serán favorecidos con un descuento del 50 por 100.

Para las consultas por correspondencia, pídense "Cuestionario de preguntas", adjuntando el franqueo para la contestación.

ESTUDIOS

CUPÓN CONSULTA

Núm. 72. — Agosto 1929

Córtese el adjunto cupón e inclúyase al formular la consulta, para tener opción al descuento especial.